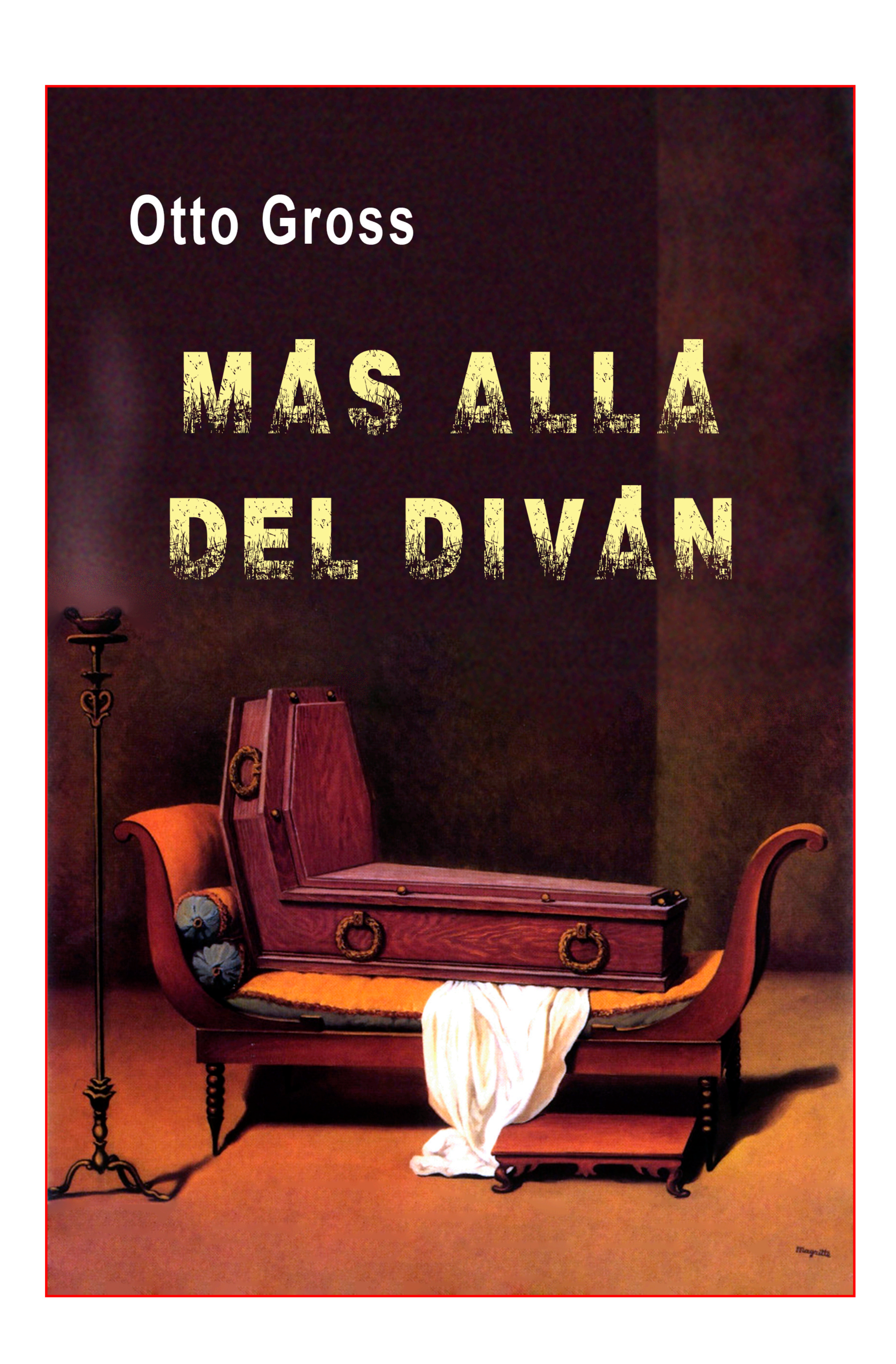

Otto Gross
MÁS ALLÁ
DEL DIVÁN
Magritte

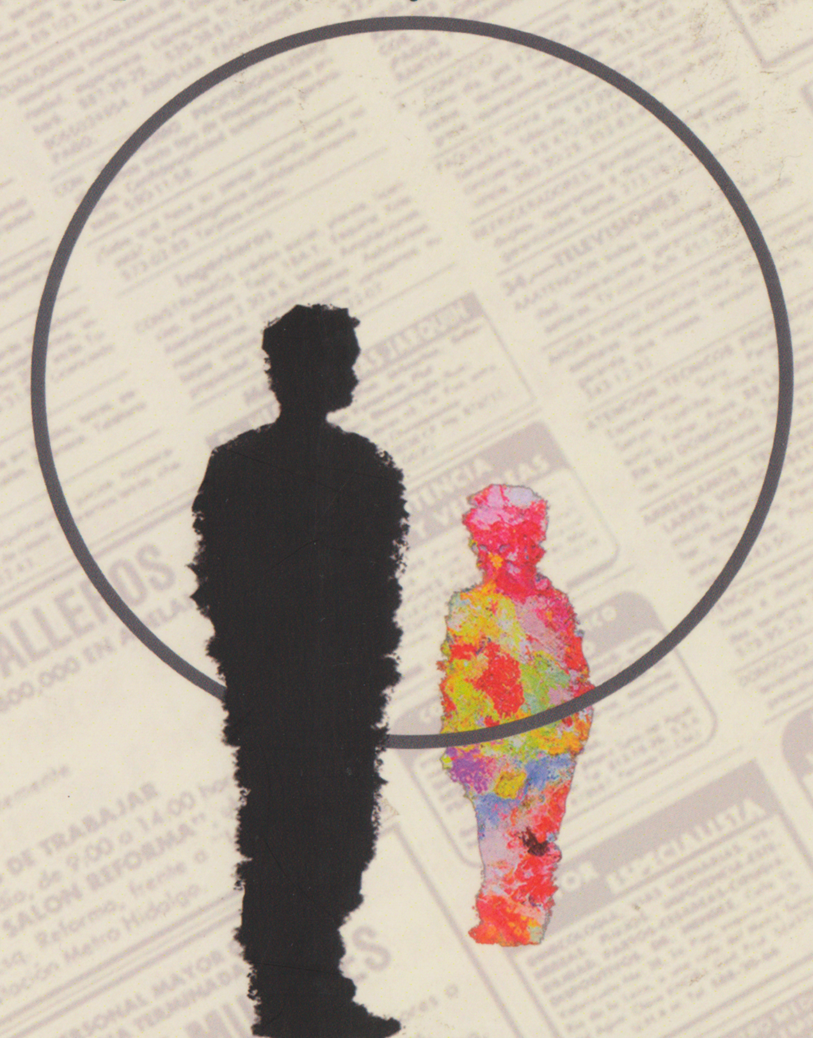
Otto Gross, alumno directo de Freud, supo ver el potencial revolucionario del psicoanálisis más allá del uso clínico e individualizado, para descubrir las causas de los problemas sociales. Gross describe el conflicto entre el individuo que quiere mantener su esencia e individualidad, frente a las imposiciones externas: la familia, la sociedad y el Estado.

Afirma que la vitalidad, la cooperación y las ansias de libertad son las verdaderas pulsiones del ser humano, sin embargo, estas son reprimidas. El dolor humano tiene su origen en la sociedad, algo que la escuela psicoanalítica, en manos de la clase burguesa, no quiso reconocer por las implicaciones que esto tenía.

Anarquista, defensor de la poligamia, crítico de la autoridad paterna y el puritanismo protestante, Gross Influyó en artistas y escritores como Kafka, quien basó *El proceso* en él. Fue precursor de Wilhelm Reich (que a su vez lo fue de Marcuse) y anticipó algunas de las ideas del *Antiedipo*. Fue silenciado por el psicoanálisis oficial y hubo que esperar hasta los años 70, con el interés de los jóvenes por estos autores, para que se reeditaran estos textos.

Más allá del diván

Sexualidad, autoritarismo, psicoanálisis y matriarcado



OTTO GROSS



irrecuperables

Otto Gross

MÁS ALLÁ DEL DIVÁN

Sexualidad, autoritarismo, psicoanálisis y matriarcado

 Irrecuperables: irrecuperables@autistici.org

Traducción: Horst Rosenberger

Diseño de cubierta original: Tom – 1992aortiz@gmail.com

Palabras clave: Anarquismo; Marxismo; Dialéctica; Revolución

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO



Otto Gross y Carl Jung en 1908

INTRODUCCIÓN

Otto Gross nació en 1877 en Tchernovtsy, una ciudad ucraniana que entonces pertenecía al Imperio Austro–húngaro. Era el hijo único de un padre que ejercía de primer fiscal en aquella ciudad. Al cabo de unos años la familia se trasladó a Graz (Austria), donde el padre se hizo cargo del recién fundado Instituto de Criminalística. Fiel defensor del Imperio y de la escuela de la biología criminal había convertido en el objetivo de su vida el reconocimiento de la novedosa disciplina de la criminalística en tanto que método para perfeccionar la eficiencia en la investigación criminal. Darwinista social convencido, perfeccionó un sistema antropométrico para la identificación de personas, mejoró los sistemas de organización de la policía política, introdujo códigos de registro de sospechosos y destacó con otras medidas orientadas a garantizar y ampliar el poder del Estado. En 1893 publicó su Manual para el Juez de Instrucción, que sentó la base de su fama y que, en parte, se sigue utilizando en la actualidad.

Otto Gross creció, pues, en el seno de una familia dominada por un padre autoritario, demiurgo de la obediencia ciega y pedante a más no poder que estaba empecinado en que su hijo siguiera sus pasos. En los primeros años de su juventud a pesar de ser un alumno ejemplar, su padre ratificó tal empecinamiento que le era inconcebible que su hijo tuviera otra nota que no fuera la máxima. Aprobado el bachillerato, se trasladó a Viena para estudiar medicina. Sus compañeros de estudios lo describieron como una persona tímida, retraída y poco sociable que rehuía tanto el alcohol como las mujeres. Después de aprobar su examen, trabajó algunos años como médico en la marina mercante. Finalizados los años de prácticas, se hace asistente de Freud, quien acaba de publicar sus primeros análisis de sueños. Parece que los dos congeniaron bastante bien al principio y Freud le prestó la ayuda necesaria para que pudiera iniciar una carrera docente. Se doctora en Psicopatología en la Universidad de Graz. En 1902 publica La función cerebral secundaria, uno de los primeros intentos de sistematización de la psicología, y a la que C.G. Jung dedica un capítulo entero cuando, a finales de los años 1920, elabora su definición de tipos psicológicos. Es el propio C.G. Jung, quien en los años de Graz y a instancias de Freud trató psicológicamente a Otto Gross (ya achacado de síntomas evidentes de adicción a narcóticos como cocaína, opio y morfina a los que se había aficionado en sus tiempos de médico de a bordo), y quien le diagnosticó primero una “neurosis obse-

siva” y después demencia precoz. Gross se sustrajo del tratamiento saltando el muro del hospital.

En 1906, siguiendo los consejos de Freud, se traslada a Múnich para trabajar en la clínica psiquiátrica de Krape– lin. Allí entra en contacto con la bohemia anarquista que tenía en esta ciudad su centro neurálgico. Los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial y la era revolucionaria posterior se caracterizaron por una parálisis de los movimientos revolucionarios masivos y por una búsqueda intensa de nuevos horizontes por parte de pequeños círculos de militantes. El reformismo moderado que se había impuesto en el Partido Socialdemócrata había dejado huérfanos de una organización de masas a todos aquellos que no querían o no podían renunciar a la utopía de un nuevo mundo. En el otro bando se hallaba el bloque compacto de una alianza compuesta por la oligarquía agraria, industrial y financiera y el estamento militar unidos en la estructura estatal del Imperio. Hombres vetustos, máscaras de hierro

que marcaban las pautas de una cultura que descansaba a nivel micropolítico en el poder dictatorial que ejercían los “jefes de familia”. La industrialización masiva de finales del siglo XIX, las necesidades de una diversificación de conocimientos y habilidades derivada de ella, así como el rápido crecimiento de las ciudades y el consiguiente incremento de la complejidad social dieron como resultado una creciente descomposición de las estructuras establecidas e hicieron aflorar y extenderse nuevas disidencias en la juventud que

en muchos casos se expresaban en una búsqueda de otras formas de expresión y de vida. De este modo, en las ciudades del Imperio habían aparecido jóvenes melenudos y desgarbados que vivían a salto de mata y se pasaban los días en los cafés discutiendo los problemas del mundo y atacando todo lo que les olía a pequeño burgués. Eran los tiempos gloriosos de la bohemia alemana.

En este marco general, los descubrimientos de Freud sobre la importancia del inconsciente y la sexualidad abrían unas posibilidades insospechadas para afrontar la sensación cada vez más generalizada de sufrimiento interior. Al ser el psicoanálisis una disciplina nueva y por tanto aún no codificada, se prestaba a numerosas interpretaciones y definiciones. Una de ellas fue el intento de Gross de convertirla en el elemento central de la crítica de la cultura dominante. Arropado por su agudeza analítica podía mostrar al Estado patriarcal y a la figura del padre autoritario como los principales responsables del propio sufrimiento personal. Su conclusión de que el conflicto entre lo propio y lo ajeno –impuesto por el Estado y la familia– era el origen del conflicto interior, respondía perfectamente a la convivencia con una pintora y paciente suya. Tal como explica Raimund Dehmlow en su ensayo Compañeros, el idilio con Sophie Benz no sólo servía para intentar tratarla a ella, sino tambien para explorarse y analizarse a sí mismo. Al parecer, Sophie no podía superar el trauma que había sufrido por una violación y se envenenó ante los ojos de Gross. Este suicidio

–que ya era el segundo que tuvo que vivir con una paciente– hundió a Gross en una crisis profunda. Además, es acusado de negligencia por lo que se dicta una orden de búsqueda y captura contra él. Se somete a un tratamiento psiquiátrico en Austria, luego huye a Suiza, donde quiere montar una universidad libre. Tiene que salir del país por sus actividades anarquistas, le acusan de estar implicado en un caso de contrabando de sacarina, vive los dos años siguientes entre Múnich y Berlín y se instala a principios de 1913 definitivamente en Berlín. Allí vive en casa del escritor, bohemio y corresponsal bursátil Franz Jung, al que había conocido en Múnich y al quien le une una estrecha amistad que duraría casi hasta el final de sus días. Jung colabora en la revista semanal *Die Aktion*, crisol de las tendencias expresionistas críticas de aquel momento. Ambos proyectan la edición de *Sigyn*, una revista que "desde la base de la psicología individual quiere exponer los problemas culturales y económicos para preparar de esta manera la gran transmutación social". La detención de Gross y el comienzo de la Primera Guerra Mundial impiden la realización de este ambicioso proyecto. No obstante, hasta noviembre de ese año Otto Gross publica básicamente en *Die Aktion* el primer gran bloque de trabajos recogidos en esta edición –Cómo superar la crisis cultural, El "psicoanálisis de Ludwig Rubiner, El psicoanálisis o nosotros los facultativos, Los efectos de la colectividad sobre el individuo, Observaciones sobre una nueva ética–. En esos años redacta también Sobre el conflicto y la relación que se publicaría en 1920.

El 9 de noviembre de 1913, un domingo al mediodía, tres hombres de complexión fuerte llaman a la puerta del piso del Franz Jung. Sin embargo, esta vez no vienen a buscar a este personaje excéntrico y controvertido que algunos años más tarde se haría famoso como secuestrador de un pesquero que lo llevaría a la Rusia revolucionaria. Esta vez tienen una orden de detención para Otto Gross. Actúan conforme a la orden de búsqueda y captura promovida por su padre, Hans Gross, que sigue viviendo en Graz (Austria) pero cuyas influencias llegan hasta el lejano Berlín. El informe médico que justificaba el ingreso en un hospital psiquiátrico lo había proporcionado otro discípulo destacado de Freud, C.G. Jung. Otto Gross era un enfermo mental incurable y peligroso, rezaba el certificado. Esto bastaba para transportar al detenido, de 36 años, primero a Viena y después a un hospital psiquiátrico en Austria. El 9 de enero es sometido a tutela por locura, la tutela queda asignada, como no, a su padre.

Las reacciones a su detención no se hicieron esperar. Franz Pfemfert, Franz Jung y otros amigos lanzaron una campaña pública para conseguir su liberación. Editaron miles de ejemplares de un número especial de la revista *Die Aktion* y los enviaron de forma selectiva a universidades, bibliotecas, librerías y cafés –es decir, a los lugares de encuentro de la juventud–. Al mismo tiempo consiguieron implicar a publicaciones austríacas en la campaña de liberación, y al cabo de poco tiempo, también una serie de publicaciones

“burguesas” se hicieron eco del caso. La campaña estaba centrada en la figura del padre, su intromisión en asuntos internos de Alemania (lo que despertaba el interés de la prensa burguesa) y en el conflicto entre padre e hijo explicado en clave psicológica, una disciplina que en los últimos años se había convertido en una actividad respetable. Al mismo tiempo daba cuenta de la fisura masiva que en los años antes de la Primera Guerra Mundial se había producido entre los hijos y los padres, el primer conflicto generacional de la modernidad a punto de entrar en su primer cataclismo.

“Es un hecho criminal operar con certificados médicos si dos personas luchan por la pureza de sus vivencias”, afirmaba Franz Jung en la circular. “Estamos dispuestos a intervenir a favor de Hans Gross. Queremos creer en la posibilidad de un entendimiento entre la juventud y la gente mayor... Pero queremos que nos devuelvan a Otto Gross”.

La presión produce pronto sus primeros efectos. Al cabo de poco tiempo lo trasladan a una clínica en Silesia y, finalmente, el padre tiene que rendirse: atribuye todo el asunto a un malentendido y declara que su hijo ingresó voluntariamente en la clínica. Finalmente, el 8 de julio de 1914, Jung puede recoger a Gross que, a pesar de su condición de tutelado, había llegado a ejercer como asistente en la clínica. Sin embargo, la alegría de su liberación duraría poco, ya que el 1 de agosto estalla la Primera Guerra

Mundial. Gross se traslada a Austria para seguir el tratamiento (por su drogodependencia), mientras Jung se presenta como voluntario de guerra. En octubre del mismo año, Gross hace lo mismo. Que dos enemigos tan declarados del orden existente se presentaran voluntarios en la guerra sólo se explica por el hecho –bastante generalizado en los ambientes contraculturales, muy influenciados por Nietzsche– que consideraban la guerra como el acto supremo de la liberación psíquica de una humanidad paralizada por una crisis social insoluble. En el caso de Gross también influiría la posibilidad de independizarse económicamente de su padre. En todo caso, las circunstancias reales en el frente defraudarían pronto estas esperanzas de una catarsis, por lo que muchos se decidieron a desertar.

Gross empieza a trabajar en un hospital en los Cárpatos. En diciembre de 1915 muere su padre sin que este hecho le liberara de su condición de tutelado, ya que su progenitor había tomado las medidas pertinentes para el caso de su fallecimiento. El hijo es destinado a un hospital militar, pero su estado empeora de tal manera que pasa a engrosar la lista de pacientes y se tiene que someter a una nueva cura de desintoxicación. En septiembre de 1917 finalmente le conmutan la tutela por locura, por una tutela parcial. Liberado de este peso viaja con su nueva mujer y el hijo común a Budapest y Praga, donde establece amistad con Franz Kafka sobre el cual ejerce una influencia considerable que, según se desprende de un estudio de Thomas Anz, llega hasta tal

punto que su novela El proceso podría haberse basado en las circunstancias de la detención de Otto Gross. De hecho, la influencia de Gross se extendió considerablemente por los círculos literarios de su tiempo (sus huellas se rastrean en las primeras novelas de Franz Werfel, y en Leonhard Frank) hasta el punto que algunos autores (Helmut Kreuzer) la equiparan a la de Stefan George, aunque el maldito Gross fue sistemáticamente olvidado por críticos e historiadores.

En 1918 vuelve a Austria. Parece que está implicado en los preparativos de la revolución, ya que pide para sí un “Ministerio para la liquidación de la familia y de la sexualidad burguesas”. Fracasada la revolución en Austria se traslada a Múnich donde intenta conectar con los comunistas consejistas. Decepcionado por el fracaso de la revolución y enfrascado en un autoanálisis demoledor vuelve a refugiarse en la casa de Franz Jung en Berlín. En esta época se publican sus textos más políticos: La concepción fundamentalmente comunista de la simbólica del paraíso, Situación de los intelectuales, Acerca del parlamentarismo, protesta y moral en el inconsciente, Sobre la formación intelectual del revolucionario.

A pesar de la claridad analítica y lógica de sus textos y la esperanza que emana de ellos, Otto Gross se hunde cada vez más. Ya no hay nadie ni nada que tenga un bálsamo para sus heridas abiertas y su sensibilidad desnuda por tantos años de exploración del alma humana. Se ve de nuevo dominado por recuerdos traumáticos de la infancia, por miedos que no

es capaz de controlar. Pierde el sentido de las reglas mínimas de convivencia social y se deja consumir por los narcóticos. Cuando finalmente también se rompe la relación con Franz Jung, empieza a deambular por las calles de Berlín en tal estado de abandono que incluso pierde las recetas que aún puede conseguir gracias a los pocos amigos que le quedan, hasta que una noche helada de febrero de 1920 se arrastra hacia un pasillo de una nave industrial en desuso y se deja caer allí. Al cabo de dos días lo encuentran agonizando a causa de desnutrición y de una pulmonía. De esta manera, ni siquiera pudo cumplir su fantasía de superar el trauma causado por su padre mediante un acto revolucionario que perpetraría a los 45 años y en el que mataría a un fiscal o a un presidente de alguno de los jurados que habían condenado a sus amigos, y en el que él mismo moriría.

A pesar de la gran importancia que tuvo para toda una generación de literarios, bohemios y artistas apenas hubo necrológicas. Demasiado atareados estaban sus amigos de antes en los preparativos de una nueva revolución, demasiadas sensibilidades había herido Gross con sus enfoques analíticos en sus relaciones –demasiado grande había sido el sufrimiento que padecía de sí mismo y de la sociedad como para que le importaran las convenciones sociales–. Silenciado por las ciencias psicológicas, no será hasta los años 60 y 70 del siglo XX –justo cuando una nueva generación de gente joven y no tan joven se había levantado para derrumbar los fundamentos considerados caducos de la

sociedad erigida por sus padres– cuando sus enfoques volvieran a cobrar actualidad social.

En las convulsiones que llevaron al Mayo 68, y que determinaron el panorama sociocultural de los años 1970, se volvieron a poner sobre el tapete problemáticas como la educación antiautoritaria y libre de represión, la destrucción de la familia patriarcal y la liberación de la mujer.

No obstante, los referentes más importantes para esta generación fueron las obras de Wilhelm Reich[1] y Herbert Marcuse, así como los enfoques pedagógicos de A.S. Neill[2], Paulo Freire o Francisco Ferrer.

Las manifestaciones más conocidas de la crítica social a partir del sufrimiento psíquico individual fueron los planteamientos antipsiquiátricos de Cooper y Laing en el mundo anglosajón, Guattari en Francia, Basaglia en Italia y la versión radical de la autoorganización de pacientes psiquiátricos en el Colectivo de Pacientes Socialistas (SPK) en Alemania. Los textos de Otto Gross no fueron reeditados

---

1 En el caso concreto de Wilhelm Reich, a quien Franz Jung había calificado de copia directa de Otto Gross, algunos autores se preguntan acerca de la posible relación entre ambos. Sin embargo, en la obra de Reich no hay ninguna referencia a Gross, y no está claro que aquél llegara a conocer sus trabajos.

2 Véase Record of a friendship. The Correspondence between Wilhelm Reich and A. S. Neill, 1936–1957. Edited and with an Introduction by Beverly R. Placzek. Londres, 1982 (NdE)

hasta finales de los años 1970 y principios de los 1980.

Ya han pasado 80 años de la muerte de este gran seductor, rebelde contra la cubierta de las convenciones que, equipado con el instrumental del analista y a base de una concepción platónica del ser humano, quería unir el psicoanálisis con la crítica cultural y social y liberar las fuerzas interiores para ponerlas al servicio de la revolución. Sin embargo, no es sólo esta actitud del rebelde y su certeza de que la revolución ha de empezar en el interior de cada uno, por lo que sus enfoques han conservado una amplia actualidad. La “revolución del 68” ha ocasionado, entre otras cosas, que los paradigmas de la sociedad patriarcal hayan cambiado las formas. Sin embargo, siguen produciendo los mismos estragos, no solamente en la configuración interior de las personas sino, y sobre todo, en un aumento generalizado de la violencia sexista y racista alimentado por un complejo juego de seducción y represión desde las esferas de poder y de sus medios de comunicación. La soledad de los individuos ha alcanzado niveles inéditos, al igual que el número de personas que padecen manifiestamente una u otra enfermedad psíquica o psicosomática, en tanto que expresión de su incapacidad de cumplir con las exigencias de competitividad y de rendimiento planteadas por una estructura social que precisa que la disyuntiva entre la voluntad de poder y la voluntad de relación siga manteniéndose a favor de la primera, por más que se revista de formas de consenso y de cooperación. Quizás hoy día la quintaesencia

de este poder no sea tanto el dios Padre sino el dios Dinero que determina y atraviesa cualquier expresión vital para arrastrarla en su vorágine devastadora.

HORST ROSENBERGER

Fuentes:

La autobiografía de Franz Jung: *Der Weg nach unten, Edition Nautilus*, Hamburgo. [Hay ed. en castellano: Franz Jung (2017). El camino hacia abajo. Logroño, Pepitas de Calabaza],

El ensayo *Compañeros* de Raimund Dehmlow, y otros estudios reproducidos en la página web de la "Sociedad internacional de Otto Gross" que desde 1999 viene celebrando anualmente congresos internacionales sobre la obra y significación de Otto Gross.

VIOLENCIA PATERNA

Estimado Sr. Harden, le ruego que permita la publicación de un caso que, a mi entender, ilustra una peligrosa tendencia general.

El ocho de septiembre, el escultor muniqués Hermann Lang ingresó a su hija Elisabeth, de 19 años, en el Hospital Psiquiátrico de Tubingen. Desde hace más de un año he tenido a Elisabeth Lang varias veces en tratamiento neurológico, por tanto, sé la importancia que tiene su familia en su estado y su evolución. No se trata en absoluto de una enferma mental que tenga que estar recluida en un hospital psiquiátrico; mas ahora existe el peligro de una alteración psíquica especialmente grave, causada por el choque de privación de libertad.

El motivo que me obliga a dirigirme a la opinión pública es

mi certeza de que el origen y la importancia de casos de este tipo sólo se podrán comprender y controlar aplicando el novedoso método analítico elaborado por el profesor Sigmund Freud que, por otra parte, la mayoría de mis colegas siguen desconociendo. Los métodos tradicionales de reconocimiento psiquiátrico no pueden demostrar la decisiva relación entre los distintos estados psicológicos de Elisabeth Lang y la opresión constante a la que estaba sometida por su familia siendo menor de edad, de forma tan desprotegida que ahora no se puede responder a su resistencia con el ingreso en un manicomio.

Cabe señalar aquí que el método de Freud consiste en hacer conscientes factores psíquicos relegados al inconsciente y recuperar de esta manera la armonía perturbada de la psique humana. El método de Freud permite el desbloqueo de asociaciones que se pueden atribuir a experiencias afectivas sufridas básicamente en la infancia, es decir, que se pueden atribuir especialmente al tipo de momentos afectivos que tienen carácter de conflictos psíquicos. Los elementos de los conflictos reprimidos y, por tanto, perturbadores pierden su efecto enfermante cuando el paciente tenga conciencia de ellos; a partir de ahí, él mismo puede ponerlos en sintonía con su personalidad y con las motivaciones que la integran. La toma de conciencia de los motivos del conflicto depara la posibilidad de una autocorrección. El verdadero origen de los conflictos enfermantes reprimidos es la contradicción que se produce

en la infancia entre las tendencias innatas de desarrollo individual y las tendencias moduladoras externas, instituidas por la educación.

Sólo la exploración del inconsciente mediante la técnica de Freud permite dar una idea sobre la psicología de los conflictos de la infancia y la ingente importancia patológica de las sugestiones educativas como causa de una neurosis represiva. Son precisamente los individuos mentalmente más fuertes y más resistentes contra la influencia sugestiva en los que la lucha interiorizada de lo propio contra lo ajeno lleva a una desintegración más intensa que se manifiesta en alteraciones especialmente fuertes de la armonía y del equilibrio interiores. Precisamente, para este tipo de individuos la terapia psicoanalítica ofrece la única posibilidad de curación. Porque cualquier imposición por parte de un carácter y una voluntad ajenos actúa sobre el conflicto patógeno en el mismo sentido que antes lo ha hecho la educación: donde el momento de la individualidad haya podido mantenerse a lo largo de la infancia ya no podrá ser eliminado por ninguna fuerza externa. Mantendrá una oposición inexpugnable frente a todas las sugestiones que, en estos casos, o no surgen efecto o intensifican hasta niveles peligrosos las tensiones patógenas interiores. Frente a ello el procedimiento inductivo del "psicoanálisis", el poner al descubierto de forma meramente empírica el material psíquico detectado en el inconsciente del individuo, lleva a integrar una personalidad armónica que se comprende cabalmente en

una continuidad psíquica, y comporta su liberación de los motivos ajenos causantes de los conflictos. Sin embargo, este hecho implica la anulación de los resultados de la educación en aras de la autorregulación individual. La consolidación de los valores individuales significa la curación. Quiero añadir que para mí el propio criterio de "salud" es algo relativo que sólo puede determinarse para cada individuo concreto, de acuerdo con su idiosincrasia individual preformada.

Son especialmente los individuos de una singularidad indestructible, que desde la tierna infancia se muestran inaccesibles a las sugestiones externas y cuyo ser íntimo nunca se deja modificar por una influencia externa, los que pueden desarrollar un tipo determinado de neurosis. Toda la evolución psíquica de estas naturalezas tiene una determinación típica; puesto que la educación nunca llega a suprimir su individualidad y a suplantarla por elementos ajenos, todas las motivaciones introducidas desde el exterior se hallan en un contraste permanente con los propios, de modo que nunca pierden el carácter de cuerpos psíquicos ajenos, por eso actúan como causantes de conflictos. Y puesto que cualquier nueva influencia de la educación aumenta estos conflictos, es decir, aumenta el desgarramiento interior, se produce inevitablemente un estado permanente de rechazo que se expresa de forma diferente en función de las tendencias individuales, pero que en cada caso se manifiesta en una radical resistencia afectiva del niño contra sus padres.

Entonces, el conflicto exterior viene a potenciar el interior: de esta manera el desarrollo del niño se realiza en un círculo vicioso dentro del cual se producen inevitablemente una serie de escisiones interiores de graves consecuencias.

Elisabeth Lang es una personalidad extraordinariamente dotada de una idiosincrasia muy marcada. Su infancia estaba determinada por un contraste especialmente grave entre el ambiente paterno y su tendencia individual, en el que el empecinamiento rígido de sus padres venía a ocasionar conflictos especialmente profundos. Estos conflictos son los únicos causantes de su alteración nerviosa y cualquier futura incidencia del entorno paterno minará su salud.

Elisabeth Lang me visitó a mediados del año pasado con síntomas de una grave neurosis conflictiva. Después de un análisis provisional, su estado mejoró hasta tal punto que se podía prospectar un aumento progresivo de su auto–curación siempre y cuando no incidieran influencias negativas del entorno. Tuvimos que interrumpir el análisis porque Elisabeth Lang abandonó a su familia y tuvo que salir de Múnich. Los meses siguientes, los primeros en que vivía sola, parecen haber respondido a las expectativas, a pesar de ciertas dificultades materiales. Al final del año pasado, la familia mandó arrestar a Elisabeth Lang para llevarla de nuevo al seno familiar. La vi el día después de su llegada y pude constatar su buen estado de salud. Al mismo tiempo conocí a su familia. Durante varios días intenté en vano conseguir un mínimo de comprensión de las condiciones especiales y

los peligros que comportaba un caso como el suyo. A continuación, los padres llevaron a Elisabeth a un colega muniqués y le prohibieron seguir el tratamiento conmigo. Puesto que su estado volvió a empeorar enseguida, al estar en el viejo ambiente familiar, Elisabeth acudía de vez en cuando a mí sin que sus padres lo supieran. También en esa ocasión tuvimos que interrumpir el tratamiento al cabo de cierto tiempo porque sus padres la llevaron lejos de Múnich. En verano me escribió desde un sanatorio suizo y me volvía a brindar la oportunidad de compartir unas horas con ella para concluir, al menos, lo más perentorio de su análisis. Después de nuestro último encuentro, me hizo llegar una nota diciendo que nos habían visto juntos. Al cabo de unos días, su padre vino a buscarla al sanatorio y la ingresó en el hospital psiquiátrico de Tubingen. Desde el principio, Elisabeth Lang había puesto toda su confianza en la terapia psicoanalítica. Con todas las medidas coactivas disponibles le fue impedido acudir al médico que la había ayudado y en quien confiaba. Fue forzada a interrumpir varias veces la continuidad del tratamiento y a exponerse a los efectos nocivos de unos análisis inconclusos; yo me vi obligado a ayudarla en secreto para que no sufriera dicho daño.

En la fase más delicada de las transformaciones psíquicas provocadas por el análisis fue sometida al gravísimo choque de la privación continuada de libertad y a la reclusión en una clínica psiquiátrica, a pesar de que –y no obstante todas estas medidas adversas– su estado psíquico había mejorado

clara y constantemente desde el inicio del tratamiento psicoanalítico. Resulta que el motivo de este inconcebible abuso de la patria potestad (que conozco perfectamente por mis largas conversaciones con la madre), no es otro que la falta absoluta de comprensión de la existencia y las necesidades de desarrollo de la idiosincrasia individual.

La importancia que representa este caso, y por tanto su especial interés para la colectividad, radica en la demostración de las inconcebibles posibilidades que la sociedad otorga a la patria potestad frente a los menores de edad.

Dr. Otto Gross,

Docente de Psicopatología de la Universidad de Graz
(1908)

CÓMO SUPERAR LA CRISIS CULTURAL

Estas líneas son una respuesta (tardía) a un ataque que Gustav Landauer esgrimió en su revista “Sozialist” contra el psicoanálisis y contra mi persona al que no pude responder, ya que el Sr. Landauer rechazó la publicación de mi nota en su periódico. Sólo responderé a las cuestiones objetivas; en cuanto a sus ataques personales sólo podría decir: el Sr. Landauer tergiversó la verdad de manera infame.

Por lo demás, voy a editar a partir de junio, junto con Franz Jung, una revista a través de la cual queremos propagar y defender el psicoanálisis con toda nuestra energía.

La psicología del inconsciente es la filosofía de la revolución, es decir, está llamada a convertirse en ello, al ser el fermento de la subversión dentro de la psique y el instrumento de liberación de la individualidad atada por el propio

inconsciente. Está llamada a capacitarnos interiormente para la revolución, está llamada a preparar el terreno[3] para la revolución.

La incomparable transmutación de todos los valores que colmará el futuro arranca en el presente con el pensamiento de Nietzsche sobre el trasfondo del alma, así como con el descubrimiento de la denominada técnica psicoanalítica por Sigmund Freud. Es este el método práctico que permite por vez primera abrir el inconsciente al conocimiento empírico, o sea, nos permite conocernos a nosotros mismos. De esta manera, nace una nueva ética que se basará en el imperativo ético del verdadero saber de uno mismo y del prójimo.

Lo más extraordinario de esta nueva obligación de comprensión de la verdad es que, hasta ahora, hemos desconocido lo verdadero, lo esencial; hasta ahora no hemos estado en condiciones de plantear la cuestión más intrigante, previa a cualquier pregunta sobre nuestro ser, nuestra vida interior, sobre nosotros, sobre el ser humano. Ahora empezamos a aprender que cada uno de nosotros, tal como es actualmente, sólo comprende y conoce un fragmento de aquello que integra su personalidad psíquica en su totalidad.

En cualquier psique, sin excepción, está escindida la unidad de la función total, la unidad de la conciencia; y se ha

---

3 Así en el original (NdT).

separado un inconsciente que se escapa de la guía y control de la conciencia y de la percepción de sí mismo.

Tengo que partir de unos conocimientos generales sobre el método de Freud y sus resultados esenciales. Desde Freud, comprendemos las disfuncionalidades e insuficiencias de la vida psíquica como consecuencias de experiencias interiores cargadas de efectos causantes de conflictos que, pareciendo insuperables en su momento –sobre todo, en la primera infancia–, fueron eliminadas de la continuidad de la vida interior consciente y, desde entonces, actúan de forma destructiva en el inconsciente, como contramotivaciones fuera de control. Creo que el conflicto interior juega un papel más esencial en la generación de las represiones que el factor sexual (ver también la excelente exposición de Carl Wenicke sobre el conflicto como factor patógeno). La sexualidad es motivo universal de un sinfín de conflictos interiores, no en sí misma, sino como objeto de una moral sexual que se halla en un conflicto irresoluble con todo lo que tiene que ver con valor, voluntad y realidad. Se demuestra que la verdadera esencia de estos conflictos siempre puede atribuirse en el fondo a un principio universal: al conflicto entre lo que le es propio al individuo y lo ajeno, entre lo que es individualmente innato y lo que es sugerido, aprendido e impuesto desde el exterior.

Este conflicto de la individualidad con la autoridad exterior introducida en el interior del individuo es el contenido trágico del período de la infancia.

Se vuelve tanto más trágico cuando más rica y más firme sea la propia individualidad. Cuando más pronto y más intensamente se active la función protectora de la capacidad de resistencia contra la sugestión y la intervención exterior, tanto más pronto e intensamente se profundiza y agrava el conflicto desgarrador. Sólo se salvan las naturalezas cuyas disposiciones individuales están tan poco desarrolladas y son tan poco resistentes que, presionadas por las sugestiones ambientales –la influencia de la educación–, caen en una especie de atrofia y acaban desapareciendo; se trata de naturalezas cuyas motivaciones determinantes acaban componiéndose exclusivamente de valores ajenos y de hábitos reactivos. En aquellos caracteres de segundo orden podrá mantenerse una salud aparente, es decir, una sintonía de la totalidad anímica o, mejor dicho, de los residuos anímicos. En cambio, el individuo que de alguna forma se salga de esta normalidad no podrá evitar en las actuales condiciones de vida el conflicto enfermante, y no podrá alcanzar su salud individual, es decir, la realización armónica y suprema de sus posibilidades de acuerdo con su predisposición natural.

De todo lo expuesto se comprende por qué tales caracteres, independientemente de las formas en que se manifestarán –ya sea como infractores de la ley y de la moral, ya sea destacando positivamente sobre la media, o enfermos y destrozados– fueran considerados con desprecio, adoración

o compasión, como excepciones inquietantes a las que se intentaba eliminar. Es comprensible, también, que la exigencia actual sea considerarlos como ejemplos de salud, lucha y progreso, por lo que habrá que aprender de ellos y con ellos.

Ninguna revolución del pasado ha conseguido abanderar la libertad de la individualidad. Todas acabaron en nada, en un ansioso querer integrarse en los estados de normalidad reinante.

Sucumbieron porque el revolucionario de ayer transportaba la autoridad en su seno. Sólo ahora se puede comprender que la familia es el foco de toda autoridad, que la combinación de sexualidad y autoridad, tal como se manifiesta en la familia dominada por el derecho patriarcal, subyuga cualquier individualidad.

Los tiempos de crisis de las grandes civilizaciones siempre iban seguidos de quejas sobre el relajamiento del matrimonio y de los lazos familiares (el matrimonio es básicamente una institución campesina). Sin embargo, estas quejas impidieron oír el grito afirmativo de salvación de la humanidad inherente a esta “tendencia inmoral”. Todo volvía a venirse abajo y el problema de la liberación del pecado original, de la esclavitud de la mujer en aras de los niños, quedaba sin resolver.

El revolucionario actual, que con la ayuda de la psicología del inconsciente hace visible la relación de los sexos en un

futuro libre y prometedor, lucha contra la violación en su forma originaria, es decir, contra el padre y el patriarcado.

La revolución que viene será la revolución por el matriarcado. No importan las formas ni los medios en que esta se realice.

(1913)

LOS EFECTOS DE LA COLECTIVIDAD SOBRE EL INDIVIDUO

El domingo, 9 de noviembre, el famoso científico doctor Otto Gross recibió en su piso de Wilmersdorf (Berlín) la visita de tres hombres corpulentos que, presuntamente, se habían identificado como policías judiciales y que le retuvieron contra su voluntad. Los colaboradores de *DIE AKTION* a los que había encargado la retirada de unos manuscritos no pudieron hablar con el "prisionero". Por la noche sacaron a Gross (que estaba redactando su nuevo libro científico) de su piso para llevarlo seguramente a un manicomio austríaco. El asunto será tratado en el Reichstag. F. Pfemfert

Para plantear esta cuestión, primero tenemos que remitirnos a los enfoques y descubrimientos del pensador a quien debemos el desarrollo más fructífero de la investigación biológica aplicada a los hechos sociales: Friedrich Nietzsche. Entre los descubrimientos imperecederos de

Nietzsche figura la revelación del efecto patógeno de la sociedad sobre el individuo. Gracias a él sabemos que, especialmente en los individuos más sanos, residen tendencias expansivas que son objeto de las tendencias represivas de la colectividad. Este conflicto, cuyas leyes fueron estudiadas en el contexto de su necesidad histórica, resulta patógeno en dos sentidos. Nietzsche mismo analizó el primero a fondo y fundamentó a partir de ese análisis la disciplina de la sociología biológica: demostró que ese conflicto lleva precisamente a la eliminación de los individuos más sanos y fuertes –dotados de las mayores tendencias expansivas– a causa de las represalias por parte de la colectividad, produciéndose una selección negativa y, con ella, una decadencia de la raza y un aumento progresivo de la degeneración hereditaria. El otro efecto patógeno es el daño directo que sufre el individuo aislado por el trauma psíquico del conflicto. Sobre este problema Nietzsche ha aportado una fuente inagotable de reflexiones que tienen una importancia inestimable para la psicología individual y social. Sin embargo, para poder descubrir la importancia de esta cuestión para la patología se precisaba otro descubrimiento: el descubrimiento del efecto propiamente patógeno de los afectos reprimidos. Por eso me atrevo a afirmar que las investigaciones realizadas por Freud en estos campos son la continuidad directa de las investigaciones de Nietzsche.

El conflicto entre el individuo y la colectividad, inscrito en la naturaleza de las cosas, se transforma, bajo la presión de

la vida en sociedad, y por la misma necesidad natural, en un conflicto dentro del propio individuo ya que este empieza a sentirse a sí mismo como el representante de la colectividad. Es, en efecto, este conflicto interior lo que actúa de forma patógena. Por eso nos planteamos la pregunta: ¿Cuáles son los factores ideales típicos que provocan que el individuo entre en conflicto consigo mismo?

En primer lugar, es en el inmenso campo de la sexualidad donde los factores ideales adquieren una dimensión patógena particularmente importante. Evidentemente, esta circunstancia es especialmente cierta en el caso de la mujer, ya que sufre muchas más contra–sugestiones en el ámbito sexual que el hombre. De ahí se comprende que la propensión específica de las mujeres a la histeria no se deba a una predisposición de su sexo, sino al contenido de las ideas generales sobre la moral sexual.

Se puede decir que la morbilidad psíquica, la deformación patológica de la personalidad, tal como se nos presenta en la forma del carácter histérico y en otras depravaciones patológicas, más sutiles y menos evidentes que todas estas psicopatías específicamente femeninas tan extendidas, pueden atribuirse a ese conflicto sexual estereotipado. El desarrollo psicológico de la mujer viene determinado por la imposibilidad de establecer una unidad global y general de los procesos interiores, una continuidad sin fisuras de la vivencia psíquica. Porque las sugestiones que integran desde la infancia el ambiente ético de la mujer, el contenido del

conjunto de valores dominantes, son incompatibles con sus impulsos y emociones más profundos y más intensos. Toda la fuerza plástica de la vida interior se aplica bien en reprimir completamente los impulsos sexuales, bien en darles una forma y una interpretación admisible para la conciencia. Y este proceso de modulación consiste básicamente en una represión. Los deseos sexuales, en su verdadera esencia, no aparecen nunca bajo la forma de las tendencias exclusivamente monógamas y familiares que son admitidas por la conciencia. Y todo lo que se ha reprimido en este proceso y lo que se sigue reprimiendo produce al final el vasto campo de una vida interior asediada por los afectos más intensos que, al mismo tiempo, se sustrae a la continuidad de la conciencia y a una síntesis coherente de los procesos psíquicos interiores. Y este terreno excluido de la cohesión interior de la personalidad, da lugar a rasgos extraños e incomprensibles, a instintos perversos y anormales en el interior de la personalidad. Dicho de forma más precisa: la energía acumulada del material reprimido se introduce en la vida psíquica consciente a través de vías predeterminadas por relaciones asociativas sobre las que la personalidad y sus valores y sensaciones no ejercen ningún control. Allí, esta energía se traduce en efectos modificadores, excitantes o inhibidores; anula o debilita ciertos componentes y refuerza otros, confiere una intensidad inexplicable a impulsos paradójicos, extraños y malos, modifica el carácter y le imprime rasgos que traicionan su origen en el inconsciente por una existencia autónoma de

motivación, a menudo, misteriosa, y por cierta analogía de contenido con los complejos reprimidos. El elemento característico que se vuelve a encontrar siempre en las formas más diversas en estos caracteres femeninos devenidos mórbidos es esa inclinación bien conocida, aunque típicamente compulsiva, por lo prohibido, por todo lo que repulsa los propios valores dominantes y por lo que se encuentra en oposición a los propios instintos básicos. Se trata de un rasgo característico –sistemático y constante, que en su esencia siempre se repite– independientemente de si el sujeto aún siente lo ajeno y opuesto de estos impulsos o si toda la personalidad se ha dejado impregnar por ellos. La compulsión patológica hacia lo prohibido actúa como un elemento constitutivo que deforma y degenera el carácter. La encontramos en forma de crueldad o de tendencia masoquista, como un impulso voraz de búsqueda continua de algo nuevo y de una necesidad de cambio constante, de gusto acrítico por lo estrafalario y como bloqueo inexplicable e insuperable de los sentimientos. Se interpone ante cada acto funcional, ante cualquier sentimiento natural y positivo, ante cualquier inclinación justificable y convencional. Y siempre refleja la imagen del conflicto patológico original entre el deseo sexual y su rechazo por parte de la voluntad.

Pongamos un ejemplo sencillo. La típica tendencia ideó–gena de una cantidad insospechada de mujeres de afearse, una tendencia que el médico sólo nota muy raramente y que

casi nunca reconoce como algo patológico, pero que casi siempre tiene un significado trágico para ellas. Detrás de esta tendencia se esconde una propensión hacia lo prohibido que data de la infancia y que se ha anclado en el inconsciente donde se ha mantenido intacto como parte del instinto de lo prohibido.

Mientras que el conflicto patógeno de la vida sexual afecta especialmente al género femenino, su equivalente para el sexo masculino se halla en el terreno de los instintos de lucha o de las compulsiones agresivas. Sabemos que se trata del instinto básico específicamente masculino, e igual que en los impulsos sexuales de las mujeres, todo el peso de las tendencias morales opuestas pesa sobre los instintos agresivos del hombre. La única diferencia reside en la cantidad y, sobre todo, en el grado de interiorización de esas tendencias opuestas. El deseo agresivo, la concepción interior y consciente del pensamiento agresivo, no están totalmente ni directamente sometidos a la censura. Dicho en otras palabras: el hombre tiene más posibilidades de sostener la lucha contra este conflicto interior hasta el final. Cuando más se restringe también esa posibilidad tanto más patógeno deviene el conflicto. Esto será más cierto en la medida en que estas tendencias opuestas aumenten en intensidad y amplitud. La magnitud de estas tendencias opuestas es muy variable, cambiante en lugar y tiempo, pero por lo general se encuentra en rápida expansión. De acuerdo con Nietzsche, la aspiración dominante apunta a que en algún

lugar y en algún momento ya no habrá nada que temer. El camino hacia esta meta se llama hoy en Europa “progreso”. Si este axioma es cierto, si el miedo interior a lo peligroso, a lo repentino y a lo agresivo realmente se ha convertido en un factor decisivo, el conflicto interior se convertirá en una fuente cada vez mayor de desdoblamiento neurótico de la personalidad.

Schopenhauer fue el primero, pero ni mucho menos el único, que explicó que en los helenos un acto de agresividad, por ejemplo, un maltrato físico, no deshonraba al atacado sino al atacante. Si realmente era cierto, tal inversión y deformación de los instintos suponía la existencia de un conjunto de procesos de represión comparable con las tendencias sexuales actuales. Sin embargo, llama la atención que la poesía helénica gira esencialmente en torno a las emociones de la agresión, al igual que gran parte de nuestras emociones sexuales. En ambos casos, el arte se basaría en la tendencia a posibilitar el “desahogo” de los instintos más reprimidos de su época.

Resulta fácil reconstruir en qué sentido el conflicto interior con tendencias agresivas ejercerá una influencia más o menos patológica sobre el carácter.

De nuevo encontraríamos en los síntomas el reflejo de su procedencia, y esta condición previa se cumple en el cuadro clínico de la angustia neuropatológica, quiero decir, en la cobardía patológica. Se sabe su frecuencia y se sabe cómo se

configura y cómo se puede convertir en la base de una desconfianza enfermiza y en una concepción del mundo deformada, de acuerdo con esa desconfianza.

La conexión asociativa de estos rasgos del carácter con el conflicto patógeno es fácil de reconstruir; su elemento común tiene más o menos el contenido siguiente: “No debo o no puedo atacar, no puedo vengarme ni defenderme”.

(1913)

EL "PSICOANÁLISIS" DE LUDWIG RUBINER

Hace muchos años hablé en el congreso de psicoanalíticos en Salzburgo de las perspectivas que, con el descubrimiento del "principio psicoanalítico", es decir con la posibilidad de la exploración del inconsciente, se abren de cara a los problemas generales de la cultura y a los imperativos del futuro. Entonces S. Freud me contestó: "Somos médicos y queremos limitarnos a serlo".

Hoy sabemos que el regalo ha sido mucho más importante de lo que el mismo donante se había permitido esperar. Hoy día, la psicología del inconsciente nos da la única y primera garantía segura de encontrar respuestas verdaderas a preguntas verdaderas y caminos correctos hacia las metas correctas –ya tenemos un órgano que está dando los primeros pasos en este camino, aunque todavía sean inseguros. Sin embargo, los literatos aún quieren creer –con candidez y

simpleza– que "lo único que importa es su utilidad brutalmente práctica, el éxito en la curación".

Pero nosotros creemos que su éxito práctico radica en el hecho de que el ser humano ahora se puede conocer a sí mismo, que los humanos ahora pueden y tienen que anhelar un entendimiento recíproco, que se ha hecho superable la soledad eterna en torno al individuo, que se está anunciando una nueva ética con raíces auténticas en la vida.

Evidentemente, hasta ahora sólo ha sido el arte el que ha arrojado luz sobre los procesos psicológicos inconscientes, y dependerá de la fuerza del artista el volver a adelantarse en los nuevos caminos del conocimiento. Un arte que no se atreva a adentrarse en las preguntas últimas de la psicología del inconsciente ha dejado de ser arte.

Nosotros, que queremos superar esta soledad, ya no creemos que el espíritu legislador será el creativo –aunque la idea como tal es violadora– sino que creemos que sólo la idea que se proyecte más allá de la soledad, es decir en el amor, será creativa y libre, esto es, espíritu libre.

El espíritu libre que no esté en el amor libre, siempre será conservador o destructor, Dios o Satanás, pero nunca espíritu libre.

Ludwig Rubiner revela un error fatal al oponer la mujer y el espíritu libre. Creemos que la única revolución verdadera

será la que ponga en una misma unidad a la mujer, la libertad y el espíritu.

(1913)

EL PSICOANÁLISIS O NOSOTROS LOS FACULTATIVOS

Si el artículo de Rubiner fuera algo aislado, archivaríamos sin más ese producto atrabiliario... Mas el caso es bastante representativo. Por eso adquiere interés la pregunta: ¿a qué se debe este afecto y qué encierra?

Creo que la motivación salta a la vista: Rubiner nos dice: técnico, quédate en tu clínica. Y esto es lo más importante para todos –para todos los que "coincidían" con Rubiner "en ese aspecto central"...–. Quien en la actualidad esté implicado en los problemas de la humanidad –en el sentido más amplio de la palabra– sólo puede optar ante el psicoanálisis entre un cuestionamiento profundo de todo lo aprendido y conseguido hasta el momento, incluso aunque se hubiera adelantado a su tiempo, o gritar con todas sus fuerzas: zapatero, déjanos nuestros zapatos. Pero, ¿cuáles son los límites de las posibilidades de esta técnica? Pues todo el

sufrimiento que la humanidad padece de sí misma y toda la esperanza de transformación: esta es nuestra clínica.

He convertido en el objeto de mi vida la tarea de demostrar que cada individuo –especialmente el individuo valeroso a consecuencia y en la medida de sus valores–, tiene que estar necesariamente enfermo como resultado directo de las instituciones autoritarias existentes. Este descubrimiento es la exigencia de la revolución en tanto necesidad de higiene humana, así como la exigencia de la liberación interior del ser humano revolucionario bajo la forma de un trabajo clínico preliminar. Tiene como base la reivindicación vital de la individualidad y define como "salud" el pleno desarrollo de todas las posibilidades individuales innatas.

La psicología del inconsciente que recupera el deber–ser del individuo desde el material latente "reprimido" es capaz de esbozar ya la futura noción de "salud" para el caso individual: a partir de la restauración de la demanda vital del individuo fijamos nuestras exigencias específicas y generales. Hay que entender que sólo partiendo de esta base, de la demanda empírica de la individualidad a la vida, se podrán establecer valores y normas vivas.

He hablado de la superación de la soledad. Rubiner sostiene que llego demasiado tarde porque él ya ha aclarado todo lo que había que aclarar en este terreno. Él y Einstein. Conozco lo suficiente los trabajos de Einstein para poder afirmar: se trata de proyecciones estremecedoras de colores

y luces en cuyo juego los procesos interiores continúan funcionando de forma escindida y cuyo reflejo nos conmociona desde la profundidad de nuestro ser.

La acción artística, la libre creación de nuevos casos representativos es una cosa aparte; respecto a la soledad humana se limitan a ser lo que era posible con los medios disponibles hasta ahora: relámpagos que muestran el abismo... Nosotros queremos más: la superación de la soledad, que es nuestra esperanza y deber, exige restablecer las relaciones humanas sobre una base completamente nueva, con posibilidades hasta ahora inéditas en cuanto a su autenticidad, su constancia y su intensidad productiva.

La apuesta por una mayor individualización del psicoanálisis pretende ser una réplica a nuestra esperanza de poder superar la soledad. ¿Acaso no se sabe que cada simulación se basa en la comprensión de uno mismo, que a la superación del conflicto interior de la acción del autobloqueo, seguirá la superación del destino, que el amor es lucha y el ser humano está siempre solo?

¿Cómo es posible que los humanos puedan olvidar lo miserables que son –lo miserables que se hacen–? Esta pregunta necesita respuesta. Es la pregunta de la psicosis de la humanidad... a la que nos sentimos llamados a responder.

Hasta ahora, sólo el autor de la historia de la construcción de la Torre de Babel ha concebido el problema en su

totalidad: “Parece ser una ley que cunda la confusión cada vez que se intente construir una torre hacia el cielo”.

(1913)

OBSERVACIONES SOBRE UNA NUEVA ÉTICA

Del manuscrito de Otto Gross sobre una nueva ética, que desapareció en el transcurso de su internamiento forzoso, me han llegado estas "observaciones".

F.P.

Si perverso viene de pervertere (invertir), el Estado tiene que garantizar por instinto de conservación la función que supuestamente le protege –el matrimonio– y mantener por tanto el artículo 175[4]. La contradicción reside en la misma base del Estado. El propio Estado es el portador del símbolo

4 Donde se establece la prohibición de la práctica de la homosexualidad (NdT).

homosexual, el Estado tiene una estructura jerárquica, esto es, uno siempre carga sobre otro.

Freud considera demostrada la predisposición bisexual del ser humano en su primer estadio de vida. Mas el individuo, opina Freud, tiene que reprimir este lado en el curso de la vida. Esto ya no debe ser así y ya no será así. Con la liberación progresiva de la individualidad ya no se le ocurrirá a nadie dejar marchitar una disposición natural.

La constelación que emana de la familia –violación por uno de los cónyuges, dependencia absoluta de la mujer frente al hombre, falta de relación con el niño en la medida en que el niño no puede participar en la vivencia (erótica del cuarto contiguo), sino que debe ser educado (los principios pedagógicos vigentes tienden a la asexualidad), el hijo como centro de un foco de complejos de repudio por parte de la madre y objeto de celos por parte del padre que se contrae entre impotencia y odio ferviente, y se relaja en sentimentalismo– imposibilita generalmente que el niño avance en la experiencia de su disposición bisexual.

Al contrario: en un niño con un sentido más marcado de la conservación de su individualidad, la constelación familiar empuja el instinto moral con su necesidad de superación de la soledad en una sexualidad que ciertamente encuentra en sí misma una confirmación de la disposición bisexual, pero cuyo camino hacia ella no está libre de la constelación familiar y, por tanto, no constituye una experiencia

auténtica. En un desarrollo libre de represiones, esta sexualidad se puede dividir en una homosexualidad activa y pasiva; en el caso contrario, o bien está dominada en sus manifestaciones por la posibilidad de una represión absoluta hasta el automatismo (individuo normal), o bien está dominada por una represión parcial donde, a causa de una individualidad enfermiza, la voluntad de vivir a costa de los demás marca las pautas (la forma más pura: la negatividad, el esnobismo, una espiritualidad marcada, *l'art pour l´art*[5]).

Esta homosexualidad que se tiene que calificar de secundaria tiene que combatirse desde el punto de vista de una nueva ética. Tiene claramente, y por su propia naturaleza, las características del matrimonio, los signos de la violación. El acto homosexual contemplado en el artículo 175 constituye la misma violación que se realiza impunemente en un matrimonio normal. Esta homosexualidad secundaria sigue siendo inmoral porque no tiene por objeto la relación, la fe, los terceros. La forma sólo interviene en un segundo plano y únicamente cuando tiene que camuflar el contexto entre la actitud y el símbolo.

La nueva ética se topa con una especie en la que la relación de hombre a hombre viene marcada por la consideración: ¿me robará la mujer o me violará; la relación de la mujer con el hombre: ¿mantendrá a mis niños y me dejará vivir a mí también, o (con una preocupación atormentada) se hundirá

---

5 En francés en el original (NdT).

bajo la venganza de mi naturaleza (constelación de la maternidad)? En todas partes acecha la soledad que envuelve a los humanos y devora su tiempo.

La destrucción de la monogamia y de su forma aún más enfermiza, la poligamia, no sólo significará la liberación de la mujer sino, sobre todo, la del hombre.

El descubrimiento de que la sexualidad como medio de superación de la soledad no se identifica con la persona, sino que constituye lo tercero por excelencia y en estado puro, es la condición previa indispensable, la fuente de una intensidad expansiva que representa la vida nueva. Sólo esta intensidad posibilitará la realización de la disposición bisexual.

La homosexualidad primaria liberada no conoce ni la violación ni la perversión. Es el elemento de vida en el que se expresa la experiencia y el placer compartidos. Está libre de sentimentalismo, celos y masoquismo, la única constelación que conoce es la de la humillación cuya superación significa al mismo tiempo un impulso vital.

Las formas actuales de sexualidad están dominadas por la angustia del enfriamiento. La seguridad de una relación duradera estará garantizada cuando la relación entre hombre y hombre sea conforme a la que tiene con la mujer, cuando la sexualidad haya dejado de ser la vivencia del ser escindido.

Para que esta vivencia se mantenga libre de cualquier constelación interviene, mediante un mecanismo de autorregulación, una técnica que intenta eliminar cualquier residuo de fuerzas indeseables en el individuo, considerados como inmorales desde la óptica de nuestra sociedad y como un atentado a la personalidad.

LA SIMBÓLICA DE LA DESTRUCCIÓN

Iniciaré las consideraciones siguientes con tres ejemplos concretos a modo de ilustración que no pueden conside-rarse como material de demostración analítica.

1. El doctor Neumann, del hospital psiquiátrico de Troppau, me reporta la observación siguiente:

Una niña de seis años que está jugando recibe de repente un golpe por detrás que la hace caer al suelo. Se cae sobre las rodillas y se hace una pequeña lesión externa. Como se-cuela, la articulación de la rodilla queda rígida, una con-tracción que se revela de origen claramente psicógeno y que se puede solucionar gracias a métodos de sugestión.

En este caso no se podía realizar un reconocimiento psicoanalítico. Mas el caso muestra una sencillez tan clásica, el origen de la enfermedad es tan evidente y tan lógico para

el especialista que sólo lo discutimos aquí por razones de contexto.

Si recordamos los hechos psicológicos que Freud describió como las "teorías infantiles" del coito y el nacimiento, y que cada analista debe considerar en la actualidad como indudables, el sentido interior de la anamnesis y el objetivo de la enfermedad saltan a la vista.

La doctrina de Freud sobre las "teorías sexuales infantiles" dice que, en la imaginación de los niños, el acto sexual aparece habitualmente bajo alguna forma de violación de la mujer por el hombre, como un acto sádico de una forma u otra, y que el nacimiento y el embarazo se proyectan en el imaginario infantil como enfermedad, operación, lesión o muerte. El hecho de esta simbolización infantil ha sido demostrado con la mayor precisión posible por Otto Rank en el plano mitológico, sobre todo a partir de temas de cuentos infantiles. Más adelante analizaremos cómo se forman estas imágenes infantiles de la sexualidad y del nacimiento, por qué se forman regularmente así y qué conclusión se puede sacar de este hecho psicológico.

El caso expuesto muestra la transformación inmediata de esta concepción infantil de la sexualidad en un acontecimiento vivo. Jugando y bromeando, y bajo un impulso repentino, un niño pequeño tira a una niña pequeña al suelo. Su acto está determinado por el inconsciente, ejecuta un acto sexual tal como su inconsciente concibe la sexualidad.

Y es la misma disposición, el mismo sentido, a partir del cual el inconsciente de la niña reacciona a la acción: responde al acto sexual simbólico con un embarazo simbólico.

El hecho de que el problema patológico de la niña sólo se pueda considerar como un símbolo de embarazo resulta del principio que hemos de considerar como un axioma psicoanalítico, es decir, que cada fenómeno producido por el inconsciente –síntoma o sueño– significa necesariamente la realización de un deseo simbólico, estoy tentado a decir, de un tropismo. La concepción determinista no nos permite creer en la existencia de acciones psíquicas sin causas ni sentido, ni siquiera en acciones no realmente fundamentadas.

En el caso descrito aquí, el tropismo sexual se ha trasladado a la vida de modo infantil: con la ignorancia infantil sobre la naturaleza de la sexualidad y con la seguridad y pureza infantiles del deseo sexual. Queda por aclarar el problema de cómo se produce este desconocimiento infantil de la naturaleza del acto sexual y de su proceso de generación y por qué toma sistemáticamente la simbólica de la "destrucción" en el sentido formulado por Sabine Spielrein.

2. Un médico me cuenta el sueño siguiente:

"Un animal hembra, al principio una perra. Está estirada en el suelo, de lado, y tiene un cachorro que acaba de nacer

junto a ella. La acaricio, le hablo y le digo que me deje jugar con su pequeño y que no le haría nada malo, pero ella se muestra desconfiada. Más tarde se convierte en una cerda. Una mujer está a su lado, podría ser mi madre, y me dice algo como que se había hecho una sangría al animal para aliviarlo. Pienso confusamente que se creía que tenía un flemón, pero que seguramente era una distorsión cicatrizada, que se habían equivocado, que era una negligencia brutal y me siento horrorizado.

Después examino la herida, se trata de una lesión terrible en el pliegue inguinal, se ve la cabeza del fémur, la herida no está vendada, se diría al contrario que se ha abierto y ensanchado. Parece la herida de un animal sacrificado en un matadero".

Se pudo hacer un análisis bastante exhaustivo de este sueño. El momento esencial del sueño, la expresión del tema del nacimiento mediante la simbólica de la destrucción, salta a la vista –con una evidencia especialmente clara porque el tema del nacimiento se presenta una vez abiertamente como imagen de un ser femenino con un recién nacido– y otra vez en el modo "regresivo" de la simbólica infantil –en la imagen del animal herido–[6]. Y es muy significativo que primero se presente en la forma directa y después en la simbólica. El carácter infantil de la simbólica de la

---

6 Asociación con la herida en la que se ve la cabeza del fémur: la cabeza del niño que aparece en la vagina de la madre.

destrucción respecto al proceso de nacimiento sólo queda camuflado de forma superficial por la transposición secundaria en términos médicos.

Sólo quedan dos elementos todavía problemáticos en este caso: la naturaleza del deseo motivador y el significado de la simbólica animal, la representación del principio "mujer" por los símbolos "perra" y "cerda". La solución aporta otra imagen onírica de la misma noche: la imagen onírica de una situación homosexual. El examen analítico solucionó ambos problemas a partir de la ocurrencia inmediata y muy sorprendente para el mismo soñador: "como las mujeres son tan caninas[7] y cochinas para tener niños me gustaría ser homosexual".

En lo que se refiere a la primera secuencia del sueño, se descubre como tropismo mental de la motivación una fantasía de asesinato sádico que se podía atribuir a la fijación del inconsciente en la simbólica infantil de la destrucción representante de los hechos sexuales y generativos. El hecho de que, al impulso sexual en forma de expresión sádica, se oponga el mayor rechazo interior explica la sucesión llamativa de la representación onírica directa e indirecta del mismo tema que hemos subrayado más arriba: el tropismo sexual se impone con más dificultad, y por tanto más tarde, en su forma sádica simbólica que, en su forma más directa y

---

7 En alemán, la palabra "canina" tiene siempre la connotación de "servil". (NdT).

rectificada, conforme a la realidad. De acuerdo con este resultado, el verdadero deseo del sueño se podría traducir exactamente en lo siguiente: “Prefiero ser homosexual antes que vivir en la heterosexualidad cargada de fantasías de destrucción”. En esta formulación final, la ocurrencia asociativa citada, que en un primer momento podía parecer una paradoja brutal, se revela como expresión inmediata del conflicto profundo entre la postura ética general y las formas instintivas de la sexualidad que actúan de modo deformado en el inconsciente.

3. En la novela *Kameraden!* (¡Camaradas!), de Franz Jung, una mujer resume la naturaleza de su sufrimiento consigo misma con las palabras: “Odio a todas las mujeres. Quiero ser hombre y homosexual”. Yo puedo añadir que estas palabras, al igual que la historia de la neurosis en esta obra maestra de realismo psicológico, están sacadas de la vida misma.

Esta declaración nos conduce directamente al gran problema que Alfred Adler abordó como la “reivindicación de masculinidad”. Queremos explicar de lo que se trata en esta formulación citando las palabras con las que I. Birstein expresa el principio básico de la idea de Adler: “Como triste consecuencia del prejuicio social de la supremacía del elemento masculino se produce la concepción esquemática y dicotómica siguiente: de un lado, el elemento inferior,

femenino, débil, que se encuentra “abajo”, y por otro, el elemento plenamente válido, viril, fuerte que se encuentra “arriba”. Este sentimiento inconscientemente dominante lleva a la mujer, en última instancia, a la “reivindicación de la masculinidad –al deseo de convertirse en hombre–”.

Que una mujer quiera ser hombre puede explicarse sin duda alguna a partir de la existencia del “prejuicio social de la supremacía del elemento masculino” –retomaremos más tarde la discusión sobre este hecho central–. Mas las palabras de la mujer en la novela de Jung encierran otro deseo que presupone unos mecanismos más complicados y que no pueden explicarse sin más por la “tendencia a ponerse a salvo” en el sentido de Adler, es decir, de la “autodefensa de la personalidad, a saber, la resistencia contra la penetración de sentimiento de inferioridad en la conciencia. El aspecto problemático reside en la segunda parte de la frase: “Quiero ser un hombre y homosexual”.

Parece bastante evidente que este segundo deseo no se puede explicar a partir del sentimiento de inferioridad de la mujer en su feminidad ni por la tendencia de la super–compensación de este sentimiento de inferioridad. Estas tendencias meramente egoístas de imponer a toda costa el propio yo, que Adler y su escuela suponen como el único principio activo en el origen de todas las expresiones del inconsciente, sólo podrían producir en una mujer el deseo de convertirse en hombre en el sentido habitual de la “virilidad”, es decir, en un violador de mujeres.

La motivación compleja se hace comprensible cuando comparamos el último ejemplo con el sueño descrito arriba. Lo común en ambos casos, el del hombre y la mujer, es el deseo de ser un hombre homosexual. Este deseo común tiene que basarse aparentemente en una motivación que se puede dar tanto en un hombre como en una mujer. Aunque este motivo no se expresa en el caso de la mujer, en el caso del sueño masculino resulta claramente del análisis por lo que se puede trasladar sin dificultad a la construcción psicológica del último caso. Ya hemos resumido la fórmula para este motivo: es el deseo de liberarse de la heterosexualidad gravada en el inconsciente con material infantil, es decir, de los tropismos de la simbólica de la destrucción que gravan sobre la heterosexualidad.

Veremos a continuación lo que resalta de los tres casos y lo que hemos podido concluir de ellos. La base la constituye en todos los casos –en parte demostrable a partir del análisis, en parte como evidencia– la fijación del inconsciente en la definición simbólica destructiva de las representaciones de la sexualidad y del nacimiento, cuyo principio esencial en el inconsciente es la violación de la mujer por el hombre y la patología y el sufrimiento que resultan de ello. En el primer caso, el del niño, la sexualidad se traslada en esta forma a la vida porque en la infancia domina la vitalidad de los deseos inmediatos sobre las inhibiciones. En los otros dos casos que afectan a adultos, dominan las inhibiciones: es la resistencia contra los tropismos de la destrucción que

en ambos casos se manifiestan como deseo del inconsciente. En ambos casos, tanto en el hombre como en la mujer, hemos podido reconstruir la motivación de no querer tener ninguna relación sexual con la mujer porque la sexualidad con la mujer significa una violación de la misma. Y esta motivación es una motivación psicológica ética.

La literatura psicoanalítica nos ha dado a conocer la importancia del elemento moral en tanto que componente del conflicto interior. W. Stekel puso al descubierto la acción conflictiva de las motivaciones religioso–morales e I. Marcinowski ha dilucidado con una claridad insuperable el carácter patógeno del conflicto interior como consecuencia de la contradicción irreductible entre la naturaleza humana y los valores establecidos. Mas la tendencia fundamental de orden ético, de la que se habla aquí, no tiene nada que ver con los juicios morales que Marcinowski define así: “La moral es el miedo ante la venganza de los demonios” y que yo mismo he definido como “la suma de todas las sugestiones ajenas que llamamos educación”. Se trata más bien de un instinto primitivo congénito, propio de los humanos que gira tanto en torno a la conservación de la propia individualidad, como en torno a la relación ética de amor por la individualidad de los demás. La esencia de ese instinto se puede definir concretamente como el deseo de no dejarse violar y no querer violar a los otros.

En el contexto actual, esta definición sólo tendrá el significado de un principio heurístico ya que estoy preparando

un trabajo más detallado al respecto. Aquí sólo quisiera subrayar que ese instinto ético fundamental, conjuntamente con la simbólica de la destrucción de la sexualidad en el inconsciente, produce el conflicto de dos fuerzas antagónicas: no dejarse violar y no querer violar, por un lado, y por otro, la fijación afectiva del instinto más incontrolable de violar o ser violado.

"En mis investigaciones sobre los problemas sexuales me ha interesado particularmente la pregunta: ¿por qué el instinto más poderoso, el instinto de procreación, encierra junto a los sentimientos que a priori se podían esperar, sentimientos negativos como el miedo y la repulsión que primero tienen que ser superados para poder llegar a una activación positiva?", Sabine Spielrein define de esta manera el problema al comienzo de su profundo ensayo sobre "La destrucción como causa del devenir". Con estas palabras aborda la cuestión más profunda con la que ha de tratar la psicología moderna y la plantea en su carácter general y universal. Yo añadiría aquello que escribí hace tiempo: "La experiencia clínica del psicoanalista comprende todo el sufrimiento interior de la humanidad consigo misma".

En el fondo del alma humana reina un conflicto que rompe la unidad psíquica. Este conflicto se halla en todas las personas, este malestar interior afecta a toda la humanidad y, al descubrirlo, tendemos a considerar este sufrimiento personal como algo inevitable y el conflicto interior como algo "normal". Sin embargo, nuestro afán científico de

conocimiento tiene que rechazar que algo tan contraproducente se pueda concebir como un carácter propio de la especie, como una disposición innata del ser humano.

Esta consideración incorpora un planteamiento sociológico a la psicología de los conflictos interiores. He expresado esta concepción en mi trabajo sobre “Las anomalías psicopáticas”: “Parece que sólo se podrá explicar el conflicto sexual y su enorme importancia en tanto que expresión de un hecho general social y psíquico.

Las relaciones definidas por la educación y el entorno del niño en la familia determinan el carácter exógeno, la elevada receptividad a las sugestiones propias de la fase infantil y la etiología endógena de las alteraciones ideógenas. Las tendencias individuales innatas hacia la autonomía y las tendencias de desarrollo y asimilación muy precozmente sugestionadas desde el exterior constituyen las verdaderas tendencias antagónicas que dominan el conflicto interior. La sugestión precoz de la tendencia educativa y la coacción de la imitación en el entorno familiar fijan los impulsos ajenos que se hallan en una oposición irreductible con la individualidad y que determinan de esta manera los conflictos patógenos a largo plazo.

Los contrastes realmente desintegradores de la psique desgarrada sólo pueden constituirse como oposición entre lo propio y lo ajeno. Por eso creo poder afirmar: la curación psicoanalítica del desgarramiento ideógeno supone que el

sujeto se libere de la adaptación individual preestablecida, impuesta a través de la sugestión por la voluntad extraña del entorno infantil.

El niño de la familia actual experimenta que su naturaleza innata, su voluntad innata de amarse a sí mismo, no son comprendidas ni queridas por nadie, y que no obtiene respuesta a su necesidad de mantener su propia personalidad y poder amar conforme a sus propias leyes innatas. No hay más respuesta a esta exigencia que su propio descubrimiento de ser repudiado y reprimido sin poder defenderse, el descubrimiento de la soledad absoluta y completa. La única respuesta de la familia actual al miedo inmenso del niño en su soledad es: vive solo y llega a ser como nosotros.

Nadie puede renunciar al amor siendo todavía niño. Resulta imposible porque el instinto de arrimarse a los demás es tan central para la conservación de la especie como la voluntad de mantener la propia naturaleza innata. El niño de la familia actual tiene que convertirse en aquello que los que le rodean son: si pertenece a la mayoría, esa semejanza será más o menos completa, si pertenece a los pocos que nunca pueden perder del todo su forma de ser innata y la necesidad de vivirla, sólo será parcial.

El miedo a la soledad, la necesidad de contacto obliga al niño a adaptarse; esa sugestión de la voluntad ajena, la llamada educación, es integrada en su propia voluntad. De modo que la mayoría se componen casi exclusivamente de

voluntades ajenas asimiladas, de una voluntad ajena a la que se han adaptado, y perciben esa voluntad extraña como su propia personalidad. Se han convertido en seres uniformes porque toda la voluntad ajena, que es la que los integra de verdad, tiene una esencia y unos objetivos finales uniformes. Se han ahorrado el desgarramiento interior, se han adaptado a las cosas tal como son. Pertenecen a la gran mayoría.

Aunque, tal como están las cosas, no hay nadie que pueda sustraerse completamente a lo impuesto, los hay que nunca pierden del todo la propia naturaleza. El destino de estas personas es el conflicto interior entre lo propio y ajeno, el desgarramiento interior, el sufrir consigo mismos. Se trata de la clase de personas cuyas motivaciones fundamentales e indestructibles se mantienen inconciliables con su primer gran compromiso.

El miedo a la soledad, es decir la primera vivencia interior del niño, viene condicionado por el contraste del propio modo de ser innato con el entorno, y el miedo comporta la obligación de adaptarse a los demás. Sólo la tendencia a llegar a ser como los demás le abre la posibilidad de satisfacer la necesidad de contacto, y al mismo tiempo contiene la posibilidad, si bien no de conservar la propia naturaleza, al menos sí de poder hacer valer frente a los demás el propio yo en forma adaptada. La angustia de la soledad experimentada por el niño es la primera coacción decisiva para transformar la voluntad de conservación de la individualidad

en la “voluntad de poder”, de cuya ingente importancia en los conflictos interiores me convencieron los estudios de Alfred Adler.

Con esta transformación de la voluntad de conservación de la individualidad en voluntad de poder se da una disociación completa y una oposición de los dos impulsos que en un principio estaban armónicamente reconciliados y que en otra ocasión he sintetizado en la sentencia: no permitir que te violen y no querer violar a los demás. Y es sólo esta oposición secundaria y adquirida de los tropismos egoístas y altruistas la que produce las dos fuerzas antagonistas del conflicto interior que encuentra su expresión disfuncional en la lucha por la preservación personal, tal como lo define Alfred Adler.

Como consecuencia de esta oposición, del roce mutuo en el conflicto interior, los dos impulsos antagónicos se vuelvan cada vez más disformes e hipertróficos a causa de la supercompensación. Por consiguiente, el dinamismo entre el no–querer–ser–violado y no–querer–violar se manifiesta en forma modificada de ambos impulsos como conflicto interior entre la voluntad de poder y la abnegación de uno mismo.

Las investigaciones de A. Adler no han podido aportar una solución plenamente satisfactoria para el problema de las tendencias a la abnegación. Me parece que su verdadera naturaleza se explica mejor concibiéndolas como expresión

del instinto básico del rechazo de violar a los demás, deformado hipertróficamente por su sobrecarga.

Ya hemos mencionado que la capacidad de conservación de la naturaleza innata y sus instintos básicos varían sustancialmente entre un individuo y otro. Ya hemos dicho que sólo unos pocos son capaces de mantener con vigor su ser innato y sus instintos básicos. De modo que también el componente ético de los instintos congénitos –lo que he denominado no querer ser violados está sometido a unas fluctuaciones individuales tan grandes que sólo en una minoria de individuos se seguirá manifestando como un componente tangible del conflicto interior. Es perfectamente admisible, pues, que en la mayoría de los casos el esquema que traza Adler del conflicto interior entre las fuerzas antagonistas puramente egocéntricas de la angustia personal de inferioridad, por un lado, y del afán supercompensado de imponerse, por otro, sea prácticamente siempre aplicable. No obstante, tengo que repetir que este esquema resulta insuficiente en todos los casos en que aparece el momento de la abnegación de sí mismo. Por otra parte, el fenómeno del masoquismo en el sentido más amplio de la palabra me parece el aspecto más problemático de las explicaciones de Adler. El conjunto de manifestaciones sadomasoquistas no es más que la expresión clínica extrema de la simbólica sexual de la destrucción. Sin embargo, ahora la podemos definir con la formulación general: la simbólica sexual de destrucción es el

resultado de la fusión entre la sexualidad y las actitudes adquiridas que son la voluntad de poder y la abnegación de sí mismo.

Se trata simplemente de la definición de un hecho casi banal. Sin embargo, ahora se plantea la pregunta de cómo se produce esta fusión de los instintos. De entrada, podemos afirmar que los elementos relacionados con la simbólica de la destrucción, los elementos psicológicos de la vida sexual y de la reproducción, la desfloración y el nacimiento, no tienen más importancia para la generación de la simbólica de la destrucción que el material que provee un contenido. Los hechos naturales que implican una reacción directa y automática no constituyen nunca la causa y el núcleo de conflictos interiores y de una simbólica cargada de conflictos. Los conflictos no resueltos del inconsciente que se proyectan en las manifestaciones simbólicas hacia el exterior nacen como reacción a hechos a los que el individuo ya no puede reaccionar de forma adecuada: son hechos que no se pueden cambiar a pesar de que en el fondo nunca se haya podido renunciar al deseo de cambiarlos. Es decir, los conflictos interiores sin resolver y la simbólica de los conflictos emitida del inconsciente nacen a partir de la presión de hechos demasiados fuertes e insoportables, pertenecientes al orden social y familiar.

He citado antes el resumen que hace Bierstein de Adler según el cual los conflictos sociales y sus efectos son “la triste consecuencia del prejuicio social de la supremacía del

elemento masculino”. Más precisamente, se trata de la triste consecuencia de la posición actual de la mujer en la sociedad y especialmente en la estructura familiar. Si antes había dicho que “parece que sólo se podrá explicar el conflicto sexual con su enorme importancia en tanto que expresión de un hecho general social y psíquico”, si vamos al fondo de las cosas, tendremos que añadir que la formación de la posición actual de la mujer en la sociedad y en la familia fue el trauma más universal en la historia de la humanidad del que nació el sufrimiento interior que la humanidad padece de sí misma.

Las investigaciones antropológicas ya no permiten albergar dudas acerca del hecho de que el orden familiar existente, la familia patriarcal, no era un hecho congénito de la evolución de la humanidad, sino que era el resultado de la subversión de un orden anterior. La antropología moderna reconoce como institución originaria el libre matriarcado, el llamado matriarcado de las tribus primitivas. La esencia de la institución matriarcal es que todos los integrantes del grupo social –en este caso de la tribu– se encargan del sustento material de la mujer. El derecho matriarcal confiere a la mujer la independencia económica y con ello su independencia sexual y humana del hombre individual, y sitúade esta manera a la mujer como madre en una relación de responsabilidad directa frente a la sociedad, ya que es ella la portadora de los intereses del futuro. La mitología de todos los pueblos conserva la memoria en el estado prehistórico

del libre matriarcado al conmemorar una era dorada, justa y el paraíso de los tiempos primitivos. Después de los trabajos de Caspar Schmidt nadie podrá dudar que la esperanza de un futuro mejor para la humanidad tiene que estar orientada a un retorno del matriarcado.

De acuerdo con la noble tesis de Marcinowski, según la cual nosotros, los psicoanalistas, estamos llamados a ayudar a quienes buscan nuestra ayuda a encontrar una concepción liberadora del mundo, las consideraciones sobre un futuro mejor forman parte de nuestra disciplina. Esto también es cierto por razones de conocimiento: porque sólo proyectándonos en un orden mejor de las cosas nos permite ver dentro del orden existente los aspectos negativos que tienen efectos traumáticos.

Sobre el proceso de transición del matriarcado al orden familiar existente se baraja actualmente la suposición bastante plausible de que la forma actual del matrimonio nació a partir del rapto de mujeres; es decir, que la base originaria de la familia patriarcal era el abuso de las esclavas raptadas en guerras. Esto significaría que la práctica de asociar la sexualidad con motivos de violación, la simbólica de la violación sexual que habita en toda la humanidad tiene su origen en una violación sexual universal, su etiología es un acto de violación universal que afecta a toda la humanidad. Fuera como fuere, en cualquier caso, tenemos que admitir que el orden familiar existente se basa en la renuncia a la libertad de la mujer y que este hecho encuentra

su necesaria expresión psicológica en el conflicto sexual interior o, más exactamente, en la simbólica sexual de la violación y la destrucción.

El principio básico de cualquier orden social es la atención material de la mujer para posibilitar la maternidad. En el orden social existente, el orden del patriarcado, el hombre individual posibilita la maternidad de la mujer individual, lo que implica la dependencia material, y por tanto universal, de la mujer respecto al hombre en aras de la maternidad.

El instinto femenino de maternidad es más que cualquier otro un instinto básico innato e inalienable. Al situar el orden social existente a la mujer ante la disyuntiva de la renuncia a la maternidad o la renuncia a la libre autodeterminación, está creando una oposición y un conflicto entre los dos instintos básicos esenciales de la mujer: el impulso específicamente femenino de la maternidad y el impulso genéricamente humano de la conservación de la propia individualidad independiente.

El instinto materno está tan intrínsecamente ligado a la condición femenina que la oposición interna contra este instinto sólo puede manifestarse psicológicamente como negación de la propia femineidad y deseo de masculinidad. Lo que significa que toda voluntad de independencia individual, de libertad y de autodeterminación tiene que asociarse en la mujer con la negación de la propia femineidad y con una especie de actitud homosexual. De la misma forma,

de la obligación de renunciar a la independencia individual para poder convertirse en madre, resulta que la mujer tiene que asociar el instinto de maternidad y, con ello su querer ser mujer, con una pasividad humana y sexual, es decir, con un componente instintivo masoquista.

Después de todo lo expuesto, se entiende que el conflicto entre estas dos actitudes resultantes, el conflicto más profundo de la mujer, sólo persistirá en los casos en que la mujer haya podido mantener una voluntad indestructible de conservar su propia individualidad y libertad: su voluntad de no ser violada. Es decir, esto se da en la inmensa minoría. La inmensa mayoría de las mujeres encuentra su equilibrio interior y su unidad interior renunciando a su propia individualidad y practicando una pasividad humana y sexual. Mas en todas las mujeres se mantiene, de forma consciente o inconsciente, y aceptándola o rechazándola, la sensación de ser violadas con su sexualidad y su maternidad: la simbólica de la violación y la destrucción para la sexualidad y maternidad. Al igual que en todos los hombres se mantiene, de forma consciente o inconsciente, y aceptándola o rechazándola, la sensación de que sus relaciones sexuales con las mujeres en el fondo no son sino violaciones.

(1914)

ORIENTACIÓN DE LOS INTELECTUALES [8]

Los presentimientos oscuros y opresivos se extienden inconmensurablemente, en cambio, la clara comprensión de las causas y promesas del gran acontecimiento que ha de producirse es de una limitación asfixiante. La hermosísima nueva que aflora entre los grupos extremistas revolucionarios, la herencia ya imperecedera de profunda unidad y confraternización entre los proletarios y los intelectuales es al mismo tiempo la primera señal de una concienciación creciente sobre los motivos eternamente humanos de la revolución. Se ve claramente que los intelectuales que siguen manteniéndose alejados sólo conocen los objetivos económicos de las aspiraciones revolucionarias. Prácticamente, cualquier alusión acerca del horizonte universal y vital de la auténtica perspectiva del comunismo –y de cuya rica

8 Neue Rundschau, Berlín 1919/3.

perspectiva aquellos apenas tienen nada que decir– puede cambiar esta situación.

Más importantes que las cuestiones de raza, sexo, cultura y clase es la oposición entre el hombre revolucionario y el hombre conservador, afirma Grete Fantl.

El principio elemental del alma humana, cuya diferencia cuantitativa individual, cuya suficiencia y fracaso separa y agrupa a los humanos en esas dos categorías, es la capacidad de resistencia que las personas tienen –especialmente en el desarrollo del individuo– contra las sugestiones del exterior, contra los sentimientos, valores y normas impuestos: la fuerza de preservación personal de la naturaleza humana innata que se aferra tanto a la propia individualidad como a la alegre afirmación impulsiva de todo lo individual en los demás, que se aferra tanto al propio ser ilimitado como al amor ilimitado y que, por tanto, se opone a la violación y a la seducción así, como a las presiones eternas y ubicuas para adaptarse a los demás... Lo más genuinamente humano es conservar esta fuerza primitiva, amante y revolucionaria, en la ingente lucha con el entorno que se inició en la gélida soledad del niño dentro de la familia autoritaria y que deviene lucha de lo existente y vivo contra la violencia feroz de lo mecánico en tanto principio esencial de cualquier orden existente, sea en forma de Estado, leyes o autoridad; tanto como derecho penal como civil, como matrimonio o prostitución, como Capital...

De la magnitud y persistencia de esta fuerza de resistencia a la coacción y la seducción depende que uno evolucione hacia un tipo u otro, hacia el tipo revolucionario o hacia el conservador –es decir: hacia el tipo adaptado–. Y estos dos tipos humanos no comparten otra característica que el profundo conocimiento interior de que cada uno sólo puede vivir y prosperar en unas condiciones generales que ahogan al otro.

La evolución libre y abierta de la humanidad, del amor y de la mente requieren un orden que resulta íntegramente letal para los adaptados al orden hasta ahora existente, un orden que siempre y en todas partes resultó letal para la naturaleza humana, el amor y la mente... Por tanto, de entrada, es mentira todo lo que se aduzca sobre una transición paulatina, una reconciliación de intereses, sobre moderación y compromiso –mentira es todo lo que suponga la existencia o, siquiera, la posibilidad de cualquier interés común entre lo revolucionario y lo adaptado–.

Lo único que puede conseguir la política de mediación es un compromiso de intereses a nivel meramente económico –que es eternamente insuficiente incluso en este ámbito y renuncia definitivamente a todos los valores vitales fuera del mero cálculo numérico...–.

Es el terreno en el que la revolución se disuelve en negociaciones entre partidos que no encierran ninguna diferencia humana: son negociaciones entre grupos de

distintos bandos pero que son portadores de los mismos tipos psíquicos y de las mismas exigencias de ser.

Nunca ha habido un partido combativo que eligiera un nombre tan característico para un tipo psíquico determinado y que designara el momento psicológico común a todos sus caracteres creativos como el nombre de quienes "exigen todo", es decir, de quienes no admiten compromisos.

En cualquier individuo que experimente el comunismo como una vocación interior, actúa un espíritu primitivo heredado de la juventud de la humanidad; un saber inmediato de la diferencia entre un ser humano y otro; un sentirse allí apátrida y aquí en casa, allí apartado y aquí integrado en la vida por el elemento dominante del fuero interior, es decir, el instinto revolucionario del alma humana que a cada ser humano de este tipo aboca indefectiblemente a servir a la vida ilimitada, y suscita una distancia reflexiva con todo lo adaptado, y rechaza adaptarse a lo inferior, al poder y a la sumisión, a la propiedad, la rutina, la tradición y las costumbres.

Por eso, no hay cosa que odiemos más, no hay política que nos parezca más corruptora y peligrosa que la política actual de la transacción, de ese socialismo real de la muchedumbre que ha preparado el terreno para la adaptación entre el proletariado y la burguesía –una adaptación conjunta al espíritu de lo existente–, en aras de la convivencia material, arrastrando consigo todos los elementos esenciales del viejo

orden; asumiendo en su corto vuelo también la idea capitalista de la creación de masas de seres mediocres en todo, basándose, como siempre, en la naturalidad del poder y de la prepotencia de todos, y en torno a cada uno la soledad infinita.

Se trata de la democracia del "último hombre" anunciada por Nietzsche y de la cual la dictadura del proletariado deberá salvar al género humano.

El objetivo último de todo comunismo es un estado en el cual nadie puede ejercer ninguna clase de poder político, social, económico o autoritario sobre nadie. Sabemos que nunca podrá existir un orden que, por ejemplo, garantice que las almas superiores dominen sobre las inferiores; y si alguna vez se produjera tal orden, llevaría a la corrupción de las almas elevadas... Tan sólo la imposibilidad absoluta de ejercer cualquier clase de dominación individual depara la seguridad de que ninguna persona animada por el espíritu primitivo libre y creativo tenga que someterse a elementos de segundo rango.

Queremos dar el poder a los que no lo tienen, a los consejos de los pobres, para que el poder se libre del pecado convirtiéndose en una sensación colectiva entre las personas y en propiedad impersonal del cuerpo social impersonal.

Hasta que un día los humanos vuelvan a construir una

torre hacia el cielo como expresión de su ilimitada compresión mutua y de su alegría de vivir.

Sólo esta construcción se podrá llamar Cultura...

(1919)

NUEVOS TRABAJOS PREPARATORIOS: SOBRE LA ENSEÑANZA

Hundías los dedos pálidos en las cenizas, temblando, palpitando, ansiosos: ¿volverán a atizar?

Stefan George

I

Los últimos valores que hemos salvado del fracaso de la revolución son intentos aislados de trabajos preparatorios para una nueva revolución, más fundamentada y de mayor fuerza interior. Giran en torno a la idea de la educación en el sentido de una cultura revolucionaria, tanto como ense-

ñanza en todos los ámbitos importantes para el revolucionario al servicio del movimiento, como en la conformación de la personalidad. Quiere decir: la enseñanza de la juventud y de las escuelas de agitadores.

Los problemas que se plantean en este ámbito reúnen las cuestiones de la revolución del alma humana con las de la instrucción y la formación en un nuevo contexto que, en gran parte, está por crear.

Parto del conocimiento de la reivindicación de un fundamento técnico de la nueva enseñanza –tal como se parece haber realizado ampliamente en Rusia–. Sin embargo, queda pendiente la pregunta de si esta base por sí sola basta para estructurar una enseñanza que pueda satisfacer todas las exigencias de armonía, de riqueza de contenidos y de profundización interior.

De entrada, nos urge la tarea de capacitar a las personas adecuadas para llevar al pueblo una comprensión más cabal de la naturaleza, del sentido y de la necesidad ineludible de la revolución. La misión de estos órganos esenciales de los trabajos preliminares exige una profunda comprensión y la capacidad de despertar todos los motivos activos que, en las masas, los grupos y en cada individuo, integran el interés por superar lo existente.

La otra parte de la tarea consiste en desvelar estos mismos motivos a la juventud en tanto que elementos guardados en

el interior del alma humana para potenciar de esta manera en cada individuo de la nueva generación, a partir del descubrimiento de esta fuerza revolucionaria original en su propio interior, la creación de su propia humanidad y de sus propias posibilidades.

Mas, para alcanzar estos objetivos, se exige redactar un nuevo plan de estudios y de materias capaces de transformar las bases y los métodos fundamentales de la instrucción. A fin de hacer comprensible el sentido y la necesidad de la revolución y de sus miles de motivos residentes en cada elemento de la vida, se requiere un nuevo conocimiento: conocer al ser humano tal como es, confrontar al ser humano y sus verdaderos dones, sus posibilidades, valores y habilidades innatas, y sus exigencias reales en la vida, con aquello en lo que ha sido transformado por las condiciones existentes de la sociedad actual. Tan sólo a partir del conocimiento de su propia naturaleza y forma de ser prohibidas, denostadas y olvidadas por él mismo puede nacer la reagrupación de todas las fuerzas de la protesta que serán empujadas y atizadas por la voluntad indomable de ser él mismo quien experimenta el individuo que se está descubriendo a sí mismo.

Por eso creo que cualquier enseñanza revolucionaria, y en el futuro cualquier enseñanza, se basará en una dualidad de dos principios básicos. Uno es el principio ya mencionado: el momento técnico, el dominio de las cosas y la utilización de este método de enseñanza que canaliza la violencia.

El otro apunta al interior, a lo intelectual y al aprovechamiento de la profundización interior hasta llegar a los fines superiores de la cultura humana, a la libertad de las relaciones –e igualmente apunta a la terrible pérdida que cada ser humano, independientemente de su posición y clase–, sufre por parte de la sociedad actual, a la aniquilación del derecho a su propia forma de ser y de su libre relación con los demás. Esta transformación inevitable en el ámbito de la enseñanza se está anticipando en la transformación de todas las Humanidades que actualmente está llevando a cabo la psicología moderna del inconsciente[9]. La reconquista por la psicología moderna de la parte de la vida interior que la brutal presión exterior ha relegado al inconsciente significa –siempre y cuando estos métodos se apliquen de forma consecuente y sin compromisos– la reconstitución de la auténtica humanidad al liberar a los humanos de la influencia modificadora, deformadora y restrictiva de la sugestión, la seducción y la coacción; significa en consecuencia la lucha contra la adaptación y, con ello, contra el principio de autoridad en cualquiera de sus formas actuales en el seno de la familia, en las relaciones humanas, así como en la relación con el Estado, el Capital y las instituciones.

---

9 Véanse las obras básicas de S. Freud, A. Adler y W. Stekel, además Paul Federn La sociedad sin padre y la publicación del autor Tres ensayos sobe el conflicto interior (de los cuales se reproduce aquí el primero con el título “Sobre el conflicto y relación”, NdT).

El conocimiento de sí mismo en este nuevo sentido, el extender la envergadura de la personalidad a todas sus fuerzas naturales y libertades perdidas, muestra en cada uno el significado terrible del conflicto existente entre las exigencias vitales del ser humano y las restricciones impuestas por el orden existente. Enseña a cada uno a vivir en sí mismo la ingente pérdida que sufre al adaptarse a la autoridad. Es decir: le enseña su interés por la llegada de la revolución.

Al mismo tiempo enseña cómo se forman los elementos incomprensibles y perturbadores en el alma humana, la disfuncionalidad de todo sentir y hacer a partir del conflicto interior que exaspera la incompatibilidad entre el propio ser y el querer, y las motivaciones inculcadas por presiones autoritarias externas. Enseña a descubrir lo antilibertario en el interior como resultado de la propia integración en una sociedad antilibertaria y a eliminar, a partir de la investigación de tales nexos, las fuerzas oscuras cuya intervención inadvertida y constante destruye los mayores logros de toda victoria revolucionaria: la alegría de la libertad de todos y la eliminación de la alegría del poder.

Es sólo a partir de la expectativa de que el nuevo conocimiento de sí mismo puede descubrir a cada ser humano en su interior el derecho a la revolución y las obligaciones del revolucionario, las obligaciones de la propia preparación, y lo lleva a convertirse al mismo tiempo en la base y el contenido soberano de una nueva cultura, como podremos conservar la fe en la renovación y dar una nueva garantía a

la revolución. Todo lo que nos queda de esperanza en la humanidad se basa en ella.

Por estas razones, la psicología del inconsciente parece estar destinada a convertirse en un factor soberano de la educación y en materia dominante de la nueva enseñanza, siendo el centro de la nueva vida intelectual y complemento y contrapeso de la formación técnico–práctica. Al igual que la instrucción técnica y física pretende desarrollar el conocimiento de la naturaleza y la dominación de sus energías, la nueva psicología del inconsciente será la base para la evolución de una nueva espiritualidad de la que ha de nacer el espíritu de la revolución y una nueva cultura de la libertad.

II

El método psicoanalítico de S. Freud, la técnica de la psicología moderna del inconsciente, es una corrección sistemática de la debilidad actual del órgano psíquico en el tratamiento, la integración y la reactivación de elementos afectivos de tal intensidad que entran en una contradicción interior –aparentemente– irreductible con otras motivaciones importantes de la vida afectiva. El alma humana opone una resistencia elemental a la admisión de un conflicto en su

interior, pero ante la presión demasiado fuerte de elementos conflictivos externos se queda corta en su defensa y sólo puede conseguir un resultado real fatal y contraproducente: la eliminación de los contenidos conflictivos de la unidad coherente del material psíquico conocido y en cada momento reproducible, es decir, su eliminación del ámbito de disposición de la conciencia y de la memoria. Sin embargo, los impulsos han sido apartados –y esa es la gran novedad de este descubrimiento– no han sido eliminados de la psique como tal en tanto que conjunto de intervenciones interiores interrelacionadas, sino tan sólo de la zona de la conciencia, es decir del ámbito de la posibilidad de control y regulación. La suma de todos los anhelos, deseos y ansias que entren en contradicción con las motivaciones dominantes en la conciencia es reprimida en un terreno no consciente del conjunto funcional psíquico, pero mantiene inalterado el peso de su energía afectiva y sigue actuando de forma inadvertida y descontrolada, y, por tanto, de forma contraproducente y fatal.

Los impulsos apartados tienden indefectiblemente a imponerse; la energía afectiva pasa de forma inadvertida a través de las asociaciones a elementos de contenidos afines; los elementos reprimidos modifican la apariencia de su contenido y emergen de forma irreconocible del inconsciente al acontecer de la vida psíquica consciente. Finalmente, se imponen fuerzas psíquicas activas formando relaciones aparentes paradójicas y compromisos forzados con

las líneas directrices de la conciencia, sin tener nunca una unidad verdadera con las motivaciones estructuradas de la personalidad y evidenciando siempre un elevado grado de disfuncionalidad. Se comprende que, de la intervención latente y constante de impulsos interiores, cuya naturaleza se halla en oposición con los impulsos de la conciencia, no puede resultar otra cosa que perturbaciones graves, un desgarramiento profundo del alma y la paralización de toda su fuerza motriz a causa del bloqueo mutuo de tendencias fundamentales opuestas.

La corrección psicoanalítica intenta esquivar las fuerzas bloqueadoras –es decir, las resistencias afectivas contra la admisión de incompatibilidades conflictivas– dando un rodeo por el camino de las asociaciones más alejadas, y por tanto menos expuestas al trauma afectivo bloqueador, abordando primero el material consciente para ir avanzando al inconsciente.

Debilitando lentamente estas defensas bloqueadoras el material reprimido puede ir entrando paulatinamente en la conciencia. De esta manera se vuelve susceptible de ser regulado y corregido por la personalidad, y la conciencia y la voluntad pueden solucionar las contradicciones aparentes o, en el caso de una incompatibilidad real, tomar una decisión unificadora.

El resultado deseado del conocimiento de sí mismo transmitido a través del psicoanálisis es capacitar al

individuo para que pueda asumir el control y la regulación de todas las energías activas acumuladas en su interior y formar una función global unificada.

La sobrecogedora magnitud del desgarramiento psíquico y de la voluntad paralizada que emerge del tratamiento empírico del psicoanálisis plantea una pregunta que encierra su respuesta: es cabalmente imposible suponer que el terrible deterioro de las almas pueda achacarse a una disposición natural de los humanos. Si este axioma no fue reconocido por los más destacados especialistas de la disciplina, ni por el genial descubridor del método psicoanalítico, fue a causa del rechazo de las consecuencias revolucionarias que su aceptación implicaba[10].

Las fuentes más profundas del conflicto pandémico ineluctable que actúa en el alma humana resultan en realidad de los motivos siguientes cuya discusión se dejará para otros artículos:

1. La oposición entre todas las normas existentes y los deseos vitales de la naturaleza humana que, como consecuencia de su eliminación de la zona de la conciencia, han estado más o menos escondidos, si no ignorados en gran parte.

---

10 Véase mi artículo en la revista berlinesa Aktion del 14 de mayo de 1913.

2. La necesidad impuesta de una adaptación antinatural, asumiendo interiormente motivaciones ajenas mediante la autoviolación y el autoengaño hasta tal extremo de que el sujeto ya no podrá diferenciar entre los elementos ajenos sugestionados y sus propios impulsos y creencias.

3. La ingente receptividad de la infancia ante la imposición de normas y valores ajenos a causa de la ingente necesidad de amor y contacto del niño para quien la alternativa restrictiva "adáptate a los demás o te quedarás solo" se convierte en coacción absoluta, en amenaza ineludible con consecuencias fatales, especialmente para las almas geniales en las que el deseo ilimitado de contacto está unido a su tesón inquebrantable de conservar su propia naturaleza. Esta circunstancia significa su abandono a la violencia y arbitrariedad absoluta de los caracteres burgueses que actualmente dominan en todas las clases sociales, y eso precisamente en la única etapa de la vida donde hay una indefensión absoluta: en la infancia. En resumen, la estructura patriarcal de la sociedad, es decir la incapacidad de la humanidad de llegar dentro del orden actual al comunismo matriarcal.

(1919)

LA CONCEPCIÓN FUNDAMENTALMENTE COMUNISTA DE LA SIMBÓLICA DEL PARAÍSO

Me parece acertado llamar, precisamente en estos momentos, la atención sobre una obra que hace tres milenios ya formuló la idea de que toda la construcción de la civilización, desde la destrucción de la sociedad matriarcal–comunista de los tiempos primitivos, se basaba en un error fundamental y que veía como misión del futuro la recuperación del bien perdido mediante la subversión del sistema autoritario construido desde entonces.

Las palabras del incomprendido que pronunció esta idea –las palabras más sublimes que jamás se pronunciaran en la historia– fueron distorsionadas y utilizadas a lo largo de la historia para justificar las mismas instituciones autoritarias que había maldecido en un lenguaje preclaro. Es precisamente ahora, cuando el renacimiento del ideal

comunista anunciado por él está comenzando a convertirse en hechos, que quizás se empiece a comprender a ese pensador...

Si uno se imagina que se encuentra solo en un pueblo completamente extraño y se quiere comunicar con ese pueblo, entonces se verá ante el insondable problema del esfuerzo que cada niño tiene que realizar para aprender la lengua materna, que para el adulto resulta incomprensible. La función intelectual de la primera infancia, en la medida que se puede abarcar en el terreno de la conciencia, resulta de un rango incomparablemente superior a las funciones intelectuales de todas las demás etapas vitales. La etapa siguiente de la presión exterior, de la adaptación y la represión, separa al adulto de sus inicios y cubre con un manto de olvido los primeros tiempos de la experiencia –aún no modificada– del mundo y del propio ser. Del ser innato y de sus dones sólo queda una imagen escondida en el inconsciente, un anhelo y una búsqueda continua y oscura, y la proyección de las posibilidades perdidas en lo sobrenatural.

Naturalmente, se puede partir de la existencia de semejanzas entre la evolución del individuo y la evolución general del género humano. La misma presión del exterior que el principio autoritario de las instituciones y el principio de poder en los propios individuos imponen a cada uno, la presión que separa a cada uno de su propia individualidad, de sus cualidades y valores innatos, separa también a la humanidad en su conjunto de su periodo inicial y del primer

desarrollo de las posibilidades innatas del género humano. Parece haber un sentido profundo en los mitos que sitúan la raza de los superhombres en el remoto pasado del inicio de la humanidad.

No es casual –y es un hecho casi incontestable– que la escritura alfabética fuera inventada por pueblos nómadas de cazadores del paleolítico[11] que no practicaban la agricultura ni la artesanía, y que en este primer escalón de la civilización se produjera por primera vez un verdadero arte que, a lo largo de muchos milenios y con la creciente evolución en el campo de los logros materiales, técnicos y políticos, quedó relegado al olvido.

De esta era inicial de una organización rudimentaria y de un dominio primitivo de los materiales y de unas posibilidades ingentes de desarrollo de la mente humana nos separa la larga fase del desarrollo de la civilización, de la organización de la dominación sobre el material y la vida mediante una carga cada vez mayor sobre los individuos y las individualidades –es decir: el sacrificio del propio espíritu en aras del poder–.

La organización de la dominación sobre la naturaleza y el

---

11 El autor habla de la primera Edad de Piedra, que correspondería en el sistema de datación actual al Paleolítico; sin embargo, el origen de la escritura alfabética es muy posterior. Habrá que atribuir la razón de este anacronismo a las limitaciones del conocimiento de la Prehistoria en el momento en que Otto Gross escribe. (NdT).

hombre, la creación de la cultura material y de las instituciones autoritarias obliga a cada individuo a desplegar fuerzas y conocimientos especiales a expensas de su personalidad, le obliga a la diferenciación específica y a la actividad al mismo tiempo que a la adaptación y a la renuncia, dirige los afectos hacia el poder y la sumisión y no hacia la libertad, fomenta el desarrollo de aptitudes y capacidades pragmáticas en detrimento del experimentar y el estar.

Al igual que cada uno realiza el esfuerzo más sorprendente, el de aprender a hablar, al principio de su vida, mientras persiste la plenitud productiva de las fuerzas libres innatas, también en la evolución del género humano los mayores actos creativos, la formación de las mismas cualidades humanas y la idea de la cultura, la concepción de comunidad y comunicación, de la abstracción y de la lengua se produjeron antes de que la domesticación progresiva haya podido reducir el intelecto a facultades de dominación y sujeción[12].

Las ideas más elevadas le vienen a la humanidad de esos tiempos primitivos. Nosotros las concebimos como el día venidero y como nuestra voluntad, mientras que la antigüedad aún las vivía como memoria. Los valores de la era humana más antigua, “el dorado periodo original”, son definidos por el romano Ovidio, con una sencilla grandeza, como programa ideal del futuro lejano: "... *Vindice nullo*

---

12 “Sin ley ni autoridad, el bien por su propia voluntad...”

sponte sua sine lege bonum...” Concillando acervo y objetivo lejano, la versión artística más elaborada de la herencia de los tiempos primitivos, el Génesis de la Biblia[13], concede el valor supremo a la ausencia de autoridad y poder dentro de las relaciones humanas, especialmente en las relaciones entre hombre y mujer, y define de esta manera el problema global del destino humano desde el principio del pasado hasta la conclusión del futuro.

No deja de ser extraño que la presión interior impida una lectura despreocupada del Génesis... y más extraño aún resulta que algunas partes especialmente expresivas no nos hayan hecho pensar más.

El Génesis expresa con unas palabras muy claras que el matrimonio y la dependencia de la mujer son efectos nefastos de actos contrarios a la voluntad de Dios. (A.T. III. 16).

El significado profundo de estas palabras aumenta si se repara en la expresión que condena el acto de los primeros seres humanos que no se puede interpretar como “maldi-

---

13 Para mejor comprensión del texto del Génesis conviene avanzar la siguiente observación: De entre las dos variantes sobre la creación de la mujer, la segunda –la historia con la costilla– incluso sin la demostración , sólo por el contenido y el espíritu del episodio y por su contradicción con la primera redacción, se revela como versión posterior e insertada como un cuerpo ajeno. Para la creación de la mujer sólo tenemos en cuenta las palabras: “... Dios creó al hombre a su imagen, a su imagen creó un hombre y una mujer, y les dijo: “Creced y multiplicaos...”

ción” o “aplicación de condenas” –la concepción que el Génesis tiene de Dios es demasiado elevada para ello–, sino sólo como manifestación de la comprensión divina de las leyes de causalidad y de las profundidades del alma, como la enunciación del efecto inevitable de una causa dada. Es decir, las palabras de Dios hay que leerlas como: “Serás, por haber hecho esto...”, por lo que determinan una consecuencia.

El nacimiento de la familia en su forma actual, la dependencia de la mujer del hombre, el matrimonio patriarcal, es una consecuencia interior –derivada de las leyes psicológicas– del pecado original. Mas en el resultado interior del acto queda encerrada la expresión de su propia naturaleza.

En el texto, el pecado original se designa simplemente con el símbolo ampliamente discutido: comer del árbol del conocimiento del Bien y del Mal. ¿Cuál es el significado de este símbolo? (11.17)

Sobre todo, se constata un momento negativo. Las interpretaciones que apuntan a un pecado de la soberbia o de la desobediencia son poco serias. El Dios del Génesis “no es como un hombre que se enoja”.

Además: el símbolo del pecado original no hace de ninguna manera referencia a la relación sexual. No hace falta recordar las palabras previas: “Creced y multiplicaos”. Basta pensar en la creación de los humanos como seres sexuales

diferenciados para entender que no tiene sentido la idea de que Dios pretendiera la renuncia a la sexualidad. Lo que sí es indudable es que el acto prohibido interfiere en la sexualidad ya que sus consecuencias afectan a este campo. Mas estas son tan características que resulta difícil errar en la conclusión del tipo de pecado –no comprendo cómo la represión ha podido bloquear este camino...–.

El efecto psicológico inmediato es la creación del pudor sexual (III: 7). Tiene que haber habido, pues, un acto cuya primera consecuencia sea la pérdida –a través de una modificación interior profunda– del saber de la pureza de toda sexualidad, de la libertad magnífica de la vivencia sexual. Dicho de otra manera, un acto que rebajaba la sexualidad, una desfiguración de la relación interior con la sexualidad –en cada caso un pecado contra la naturaleza y el sentido de la sexualidad–.

Ahora bien, en todo el relato del pecado original se establece implícitamente, mediante una técnica artística inalcanzable en el tratamiento del símbolo, que cada expresión de las dos personas que representan los primeros hombres se convierte en un hecho definitivo que perdura. Con una fuerza apremiante se establece un nivel que no admite que algún elemento de lo acontecido se viva como algo único y limitado al momento. Se impone la impresión de que se trata de logros o desviaciones de vigencia para todos los tiempos. De modo que las consecuencias del acto prohibido, también allí donde sólo se narra algo que ha tenido lugar –como esa

reacción automática de la ocultación repentina de la sexualidad–, devienen una transformación duradera y vigente hasta el presente.

El pecado original es un acontecimiento de los tiempos del origen que modificó de forma decisiva tanto la estructura de la sociedad como el carácter de cada persona, y que ha impuesto a toda la humanidad unas normas nuevas en el plano social y psicológico.

Es decir, a este acontecimiento se deben la negación de la sexualidad y el orden familiar dominado por el varón.

Ya no se pueden albergar dudas sobre la naturaleza de este acontecimiento. Este sólo puede referirse a un solo hecho: el abandono del libre matriarcado de los tiempos originales, que el Génesis identifica como el error humano fundamental y que se valora como pecado contra el espíritu y la voluntad divinos. El motivo dominante de la tragedia del Génesis es, pues, la desviación del desarrollo de la humanidad acontecido en la fase inicial de la creación de la sociedad hacia un orden que paraliza el desarrollo de cualquier hecho, devenir y vivencia humanos: el cambio de orientación del espíritu matriarcal del desenvolvimiento sin límites a la construcción de una familia y una sociedad basadas en el principio de autoridad. Desde esta perspectiva, la simbólica del relato del pecado original en su sentido estricto, la expresión “Conocer el Bien y el Mal” adquiere una importancia nueva.

Después de haber comprendido el problema fundamental de toda esta obra, se nos abre sin más el contenido del símbolo que el mismo relato expresa con una sencillez y claridad supremas. “Conocer el Bien y el Mal” sólo puede tener un contenido: la creación de un canon de valores y normas. Es la potencia creadora normativa divina la que necesariamente tiene que poseer el conocimiento de las consecuencias últimas de la nueva orientación que en el Génesis se eleva al nivel de igualdad con Dios.

Casi huelga decir que, en oposición a lo expuesto aquí, no procede la interpretación que percibe la aplicación de un canon de valores ya existentes, es decir la diferenciación en bien y mal según normas tradicionales como algo que se sitúe encima de las medidas humanas.

La culpa trágica en el drama del Génesis es que el ser humano no es capaz de darse nuevos estatutos, poseído de motivos demasiado humanos e incapaz de abarcar las consecuencias de su innovación, aterrorizado por sus primeras secuelas, con su paso en falso desviando la evolución futura y, en tanto que usurpador de competencias divinas, dictando la ley que grava sobre el mundo, que es obra de hombres y profanación eterna de la obra del Señor.

Hemos podido mostrar que el Génesis habla de aquella catástrofe cultural que convirtió el principio patriarcal en el principio dominante. Es esta la gran transmutación de todos los valores por la cual la humanidad imprimió el carácter

autoritario actual a su vida y con la que creó las normas que hoy, como siempre, siguen siendo no orgánicas y no asimilables, y que evidencian su naturaleza de cuerpo extraño precisamente por el hecho de que siempre y en todas partes son la fuente de ilimitados conflictos interiores y de todas las formas de autodestrucción por enfermedad y decadencia.

La ciencia actual de la prehistoria atribuye la creación del orden patriarcal a un número excesivo de mujeres capturadas como esclavas y ha encontrado argumentos de peso para esta hipótesis en los viejos usos del matrimonio, en las leyendas y ceremonias de los raptos, etc. Sin embargo, hay que objetar que estos actos de violencia, de cuya realidad y universalidad no se puede dudar, también se podrían explicar –y hacerlos de esta manera psicológicamente más inteligibles– como efecto secundario de un deterioro ya en curso del antiguo matriarcado.

Es decir, según la moderna prehistoria, un acto de violación perpetrado por el hombre sería el verdadero pecado original, el inicio de la catástrofe. Según la versión del Génesis, fue la mujer la que, aconsejada por un principio del mal –yo diría un símbolo del inconsciente– dio el primer impulso para crear el nuevo orden moral y jurídico cuyas consecuencias insospechadas eran la degradación de la sexualidad a objeto del pudor, el establecimiento del patriarcado sobre la base de la destrucción de la libertad y de la dignidad humana de la mujer, y, como atmósfera espiritual del mundo transformado –¡sólo este puede ser el sentido de las

palabras divinas dirigidas a Adán!, la desolación interior de la actividad humana, también para el hombre, y el hundimiento del espíritu en la gravedad de la materialidad terrenal–.

El texto del Génesis dice que la mujer espera que el cambio previsto traiga comodidades y ventajas –queda claro que se trata de ventajas nimias– y que por eso come la fruta. No puede tratarse de una casualidad: nos vemos ante el símbolo antiguo y universal de cerrar un trato...

Queda por analizar la psicología que actúa aquí. Podemos reconstruir sus rasgos esenciales a partir del cuadro general de la sociedad matriarcal y de las condiciones de su ocaso.

El problema inicial y principal de toda economía es la utilización de una aportación suplementaria de trabajo exterior para permitir a la mujer asumir sus funciones maternas. La solución comunista de este problema es el matriarcado que, al mismo tiempo, es la forma más perfecta de la socialización, ya que libera a cada uno y une a todos al convertir el mismo cuerpo social en centro y garantía de la libertad individual más elevada.

El matriarcado no impone barreras o normas, ni moral o control a la sexualidad. Desconoce el concepto de la paternidad y no precisa su comprobación en el caso concreto. Acepta la maternidad como el mayor trabajo prestado a la sociedad misma en tanto que representante legal legítima

de las futuras generaciones y traslada a la sociedad la obligación de la compensación material; es decir, no tiene motivo para evidenciar la paternidad, justo lo contrario de lo que ocurre en el patriarcado, que se basa en la determinación de un sujeto responsable y obligado a pagar y que, por tanto, necesita convertir las condiciones indispensables para conseguir tal evidencia –en primer lugar la obligación de la exclusividad sexual– en el contenido de su moral y de sus instituciones.

He aquí la diferencia decisiva y esencial. El matriarcado sitúa el conjunto de los derechos y obligaciones, de responsabilidad y vínculo entre los individuos, por un lado, y la sociedad, por otro. La institución patriarcal, en cambio, desplaza el centro de gravedad al vínculo jurídico entre los individuos.

Donde impera el matriarcado toda entrega individual sólo puede hacerse valer en la relación del individuo con la sociedad y toda sensación de poder sólo existe en la colectividad[14]. En la relación mutua de los individuos se da el espacio para desarrollar unas relaciones que pueden mantenerse como fin en sí y que están libres de aspectos de autoridad y poder. El matriarcado no contamina las relaciones

---

14 El poder, en tanto que elemento supra–individual soportado por el conjunto de la sociedad unificada en la comprensión universal entre sí, se expresa para nosotros en el símbolo ingente de la construcción de la torre de Babel.

entre los sexos con obligaciones, moral y responsabilidad, con imperativos económicos, legales o morales. No conoce el poder ni la sumisión, ni la ley contractual, ni autoridad, ni matrimonio o prostitución.

Resulta harto difícil imaginarse los motivos que podían haber llevado a abandonar un orden positivo de estas características. Este hecho sólo se hace concebible partiendo de la negación recogida en el Génesis: que en el momento de la transformación no se alcanzaba a ver sus consecuencias. El Génesis ve precisamente en la empresa de inaugurar nuevos vínculos y, con ello, nuevos valores cuyas secuelas eran imprevisibles, una manera de arrogarse la espiritualidad divina. La intervención sin distancia en la obra divina, el orgullo desmesurado de un intento de esta índole, constituye la culpa trágica para el Génesis, por lo que basta la elaboración del motivo para cumplir con la necesidad artística de su exposición. Por eso el Génesis se limita a indicar que la mujer esperaba una ventaja de la introducción de un elemento legal y contractual entre los sexos.

Tal espíritu supone la existencia de un periodo de transición, lleno de transformaciones civilizadoras e innovaciones técnicas, dentro de un ambiente de una incertidumbre naciente, un periodo de variaciones, lleno de caos, de desviaciones y de nuevas posibilidades. Se trata de uno de esos periodos que, para nosotros, que llevamos el peso de nuestra historia, representan el horizonte de la esperanza, pero que situaban al borde del abismo a una humanidad a

punto de perder lo mejor sin poder ganar nada comparable a cambio.

El punto crítico del matriarcado –también podríamos decir: la sociedad comunista a partir de su unidad más pequeña– es su complejidad social; la cohesión interior de los grupos que permite su establecimiento es al mismo tiempo la condición de su existencia. Reconstruirla sobre una base más amplia será la tarea principal en los tiempos venideros para rectificar la culpa original de haberla abandonado a la hora de la primera ola de complicaciones sociales...

Seguramente era una fase en que el creciente aprovechamiento de los recursos naturales parecía aconsejar la introducción de un sistema económico descentralizado. Era la primera sublevación del individualismo económico contra la vieja moral social: el nacimiento de la propiedad. Parece que el Génesis la relaciona también con el descubrimiento de la agricultura –así al menos se podría explicar la alusión al trabajo de la tierra a la hora de la predicción de la desdicha a venir–[15].

Un periodo de desintegración social, pues, en el que se corrompe tanto la estructura social como el sentimiento de relación natural entre los individuos, la moral elemental.

---

15 El juicio negativo sobre la agricultura no se puede clasificar de forma terminante como una interpretación literaria de una casta de nobles de origen beduino. Tampoco satisface el intento de explicar la palabra de este pensador exclusivamente como expresión de orgullo de un noble.

Este periodo de incertidumbre exterior e interior puede ser el contexto en el que la mujer, para afrontar la difícil situación de la maternidad, puede llegar a esperar una mayor seguridad y un apoyo más fuerte por parte de un individuo y puede llegar a pensar que estaría más segura y materialmente mejor situada si un solo individuo se responsabilizara de este apoyo. Contrato individual en vez de la garantía social hasta entonces natural... Persiste el problema de la contrapartida.

Todo el error del nuevo orden, todo el conflicto moral irreductible de la nueva moral, se concentra en el momento de la contrapartida. La contrapartida de la mujer para el apoyo económico por parte del individuo es fundamentalmente la sexualidad, y esta utilización de la sexualidad es el pecado contra la sexualidad del cual el Génesis nos muestra sus consecuencias inmediatas: la transformación de las sensaciones hasta el punto de concebir la sexualidad como un objeto de pudor. Es decir, el contenido de la nueva relación legal es que la mujer se vende en forma de prostitución y matrimonio y su primer resultado directo es el pudor sexual.

La consecuencia siguiente es la familia autoritaria, el elemento constitutivo de la autoridad como institución.

Es, sobre todo, un elemento accesorio inevitable que convierte la venta de la sexualidad en esa desgracia con secuelas terribles que origina la desviación hacia la vergüenza

sexual. Esta consideración casi parece demasiado evidente: para que un acto se pudiera convertir en un objeto de compra, para poder reclamar una indemnización por un acto común, en primer lugar, se tiene que poder negar que el acto común puede haber servido a un interés común y puede haber nacido de un deseo común.

Dicho de otra manera, por parte de la mujer que ha de ser resarcida de la sexualidad, la sexualidad ha de ser presentada como un mal, como algo que ella misma no desea, sino que sólo aguanta, a diferencia del carácter activo de la sexualidad masculina que se ha convertido en un fin en sí. De esta manera empieza a instaurarse una ficción que domina todo, que a lo largo de las generaciones se inscribe cada vez más profundamente en el inconsciente y se considera cada vez más como algo dado por la naturaleza y una diferencia innata entre los sexos –la ficción de la oposición y de la imposibilidad de comprensión entre hombre y mujer–.

De esta manera se instaura la coacción a un comportamiento activo y pasivo, respectivamente, la obligación de la mujer al recato mentiroso y el derecho del hombre a la brutalidad posesiva –de esta manera empieza a instaurarse sobre todo el espantoso principio de que la sexualidad como tal es un mal y un acto alienado que una parte sufre y que la otra adquiere o impone, una colisión entre dos egoísmos en vez del símbolo natural de la abolición de las fronteras entre yo y tú–.

El pudor sexual, la expresión abrumadora del conflicto del ser humano con todo lo que tiene de verdadero y vivo en sí, es la señal evidente de una sexualidad que ha dejado de ser de interés mutuo. Su lugar ha sido ocupado por una lucha entre intereses opuestos, es decir, una lucha por el poder, en virtud del cual la voluntad de poder se convierte cada vez más en un fin en sí, en un automatismo que acaba convirtiendo la lucha entre los sexos en un hecho natural.

La interminable lucha por el poder crea sus propios límites y coacciones exteriores dentro de una relación de autoridad claramente definida. Al mismo tiempo, la sociedad ha dejado de ofrecer al individuo otras garantías esenciales que no sean las materiales. Con el desarrollo del individuo en tanto que entidad económica se pierde la posibilidad de desarrollo de la individualidad y la posibilidad de relaciones verdaderas cuya condición previa es la interacción enriquecedora de dos individualidades intactas. La lucha individual por el poder, sobre todo en forma de la propiedad, adquiere su forma duradera en la sociedad por intermediación de un estado de equilibrios más o menos estable, el derecho que, tal como sabemos desde Nietzsche, es un sistema de compensación entre quienes tienen poderes parecidos. De esta manera se ha consolidado el orden familiar y social basado en la autoridad y el derecho, el reconocimiento principal de la lucha de intereses de todos contra todos, ora en forma latente, ora en forma manifiesta –"hasta que te vuelvas a convertir en polvo”–.

El pensador que descubría el error de la evolución general de la civilización debía tener una conciencia sobrehumana para poder prever la catástrofe irremediable y, como consecuencia, el reencuentro del ser humano consigo mismo y su renovación.

Efectivamente, propagó por el mundo un pensamiento que con las deformaciones más extrañas y con las interpretaciones más absurdas y, en parte, más grotescas ha venido pasando de generación en generación: el pensamiento de la redención.

Tanto para el Génesis como para nosotros, la redención sólo podía, y puede, tener un significado: la abolición de todos los efectos de la evolución que la humanidad asumió desde su abandono de la sociedad matriarcal comunista de los tiempos originales, y desde la constitución de la familia y la sociedad en base a la autoridad y la jerarquía.

El Génesis anuncia el advenimiento de la redención mediante la elevación interior de la mujer. La mujer machacará la cabeza del mismo principio del mal por el que el monstruoso error penetró en el mundo: el principio de poder, dentro de todas las relaciones humanas, transformado en equilibrio de la lucha perpetua por el poder, solidificado en una fría tranquilidad de derechos y deberes, el principio estéril de la autoridad.

El Génesis tendrá razón: la renovación verdadera e indestructible será realizada por la revolución que destruya el principio original de la autoridad y que aporte una solución comunista al problema original de toda economía. Se tratará de la revolución que inicie la transformación desde el interior y que vuelva a encargar el entramado económico de la sociedad con el cuidado de madre y niño.

Esta revolución que reconducirá la economía a su razón fundamental y a la sociedad a grupos que representan sus unidades naturales tiene que estar inspirada por un espíritu que, superando las necesidades de subsistencia y esquivando la voluntad de poder, reconozca en la libertad la única posibilidad para establecer relaciones humanas verdaderas y regale a cada uno el bien supremo, no tanto de su libertad individual, sino de la libertad de todos los demás. La verdadera liberación de la mujer, la abolición de la familia patriarcal existente mediante la responsabilidad comunitaria y social de la maternidad, restituirá el interés vital de cada uno en una sociedad que le garantizará la posibilidad de la libertad suprema e ilimitada, y cada uno, independientemente de donde venga, tendrá el mismo interés en combatir las instituciones que conocemos hoy día.

El trabajo preparatorio para tal revolución tiene que originar la liberación de cada uno del principio interiorizado de autoridad, la liberación de toda adaptación al espíritu de las instituciones autoritarias que nos fue inculcado en el

transcurso de una infancia en el seno de una familia autoritaria, la liberación de todas las instituciones que el niño había adoptado de personas de su entorno que estaban enfrascadas en la eterna lucha por el poder tanto contra él como entre sí; la liberación de todo rasgo servil que padece indefectiblemente cualquiera que ha pasado una infancia de estas características: la liberación del mismo pecado original, de la voluntad de poder.

Lo más abrumador del terrible pensamiento que ciñe al mundo y su historia con la idea del pecado original y de la redención es que todo lo que nos podemos imaginar como logro supremo, lo que podemos esperar como mayor transformación posible, lo que nos podemos fijar como la meta más lejana, no es más que la reparación de un error humano, la recuperación de un bien y nivel humanos perdidos en tiempos inmemorables, la liberación de una culpa heredada y de la maldición de sus efectos. Ninguna creación realmente nueva, sólo, como máximo, el reconocimiento cabal de un error total en todo y desde los tiempos primitivos, una retransmutación de todos los valores, la voluntad de reconstruir la base antigua de las relaciones, de la sociedad y de la evolución cultural que podrá empezar a partir de entonces. De todo lo que la humanidad ha conseguido en su largo camino –cuando se venga abajo en la gran lucha– nos podremos desprender. Lo más sublime que el intelecto habrá realizado hasta ese momento, desde hace tres mil años, no será sino el descubrimiento de que todo, absolutamente

todo es error, desviación y crimen, y que el acto supremo y redentor será la abolición de toda esta evolución por los que vivan ese momento[16]. Pero nosotros, cuya vida ya no tiene otro sentido que combatir hasta el fin todo lo existente, tenemos el derecho de afirmar que este individuo es de los nuestros.

(1919)

---

16 Parece que tenemos la posibilidad de reconstruir el peculiar ambiente histórico cultural que puede haber dado el primer impulso para formular la idea del Génesis. El autor estaba sin duda implicado en la lucha que oponía el monoteísmo autoritario y teocrático del profeta al culto de Astarte y que decidió sobre el destino del antiguo Israel y de su esfera de influencia al parecer ilimitada. En el culto de Astarte se habría concentrado en aquel entonces todo lo que quedaba de la libertad y dignidad de la mujer. La orgía como acto de culto seguía defendiendo la valoración positiva que la sociedad matriarcal libre hacía del momento sexual como tal, y la investidura litúrgica de las mujeres mantenía vivo el antiguo espíritu de la soberanía femenina. Para someter el culto de Astarte, los profetas crearon el monopolio religioso del varón en la liturgia judaica que fue el origen del desprecio de la mujer en la ideología judaica y, a partir de ella, en la cristiana y musulmana. Las concepciones del judaismo tardío se alinearon con el helenismo en esta misma dirección, en el primer terror blanco, dirigido contra la libertad de la mujer. En la lucha de los cultos antiguos contra los profetas –la primera y la más violenta organización de la voluntad de poder dentro de la religión, en la cual el heroísmo cultural del antiguo Israel sucumbió– el poeta del Génesis percibió la última llama del combate de la humanidad, el final de la gran disputa por el viejo ideal del matriarcado. Veía su desenlace inevitable, el comienzo de un periodo largo de autoridad patriarcal y el nacimiento de una civilización sobre esta base que predominaría durante épocas incalculables; y veía a través de los milenios la maduración interior de la humanidad bajo una opresión creciente hasta el cambio ineludible, el renacimiento de la misma lucha que se estaba apagando ante sus ojos.

PROTESTA Y MORAL EN EL INCONSCIENTE

"Si alguien mata a Caín, será vengado siete veces", dice la Biblia. Estas palabras sólo pueden significar una cosa: la vida de Caín equivale a la de siete personas. Por su acción: aunque al poner el acento en lo absurdo y primitivo de la acción, que difícilmente constituyó el motivo consciente de su autor, sólo resalta su efecto destructor. Porque este acto es el nacimiento de la protesta revolucionaria. De esta manera entró en el mundo desvalorizado el único bien, y no como en la tradición griega en forma de esperanza eterna, sino en forma de descontento eterno. Y detrás de este acto malvado y aparentemente absurdo que emerge de la oscuridad del inconsciente con una espontaneidad misteriosa, aparece como verdad profunda el momento eterno del bien indestructible e irrenunciable.

La psicología del inconsciente nos está descubriendo el

terreno de los valores escondidos inscritos en las predisposiciones innatas y reprimidos en el nivel de la consciencia por la presión psíquica de la educación y de las demás sugestiones autoritarias. A partir de ahora, esos valores se pueden llevar metódicamente a la conciencia por lo que permiten oponer a las normas actuales y sus efectos una imagen auténtica del ser humano y de sus posibilidades reales, así como de sus propios valores innatos y de su determinación primaria, restablecidos conforme a sus propias disposiciones. De esta manera, la psicología del inconsciente nos proporciona el primer substrato para poder plantear el problema del valor de los valores –el problema inicial del pensamiento revolucionario–. La exigencia revolucionaria como resultado de la psicología del inconsciente deviene absoluta en cuanto se demuestra que la represión de los valores inscritos en las disposiciones innatas significa el sacrificio de las posibilidades humanas más elevadas.

Esta es la razón por la que la escuela psicoanalítica y su gran descubridor S. Freud se pararon ante esta evidencia. Nadie puede con sus propias fuerzas, avanzando solo por los caminos abiertos al conocimiento, franquear las barreras elevadas en torno a un principio indisociablemente ligado a lo que uno considera su personalidad. Los límites del psicoanálisis clásico han sido trazados precisamente por los descubrimientos que ponen en duda toda autoridad tradicional y que sacuden la base de la existencia de aquellos que se encuentran a sus anchas en la autoridad del orden

existente. De esta manera, su gran obra exploradora acaba con la revelación de una capa que recubre en el inconsciente los elementos psíquicos más profundamente reprimidos y los valores individuales innatos, una capa cuyo contenido descubre una perversidad ubicua de los instintos y de los sentimientos en el análisis empírico. Este aspecto desagradable de las motivaciones del inconsciente parecía dar la razón al principio autoritario existente, a la represión de lo individual y a las normas vigentes. Por eso el enfoque psicoterapéutico de la psicología clásica se podía limitar a dar cuenta de la negatividad de los impulsos revelados y a corregirlos y reprimirlos de acuerdo con las normas dominantes del inconsciente...

Sin embargo, nosotros afirmamos que una psicología rigurosa del inconsciente conduce como resultado más profundo de su investigación a lo contrario: pensamos que las deformaciones y humillaciones espantosas de la vida instintiva y sentimental que, acumuladas detrás de las fronteras de la conciencia, ejercen un efecto devastador sobre todos los procesos psíquicos, son los últimos desvaríos desesperados de una vida interior alienada de sí misma por las coacciones y seducciones exteriores, y cuyo estado viene determinado por la represión de las fuerzas que orientan su personalidad individual y sus valores innatos. Para nosotros, detrás de cada malestar interior se asoma la incompatibilidad entre las motivaciones innatas y propias del individuo y las motivaciones sugeridas desde el exterior.

Nos parece lógico suponer una armonía necesaria de todas las disposiciones innatas; nos parece absurdo no reconocer en la configuración de las disposiciones innatas, en ellas mismas, la armonía y las condiciones necesarias para un funcionamiento armónico. Partimos de la funcionalidad de los impulsos innatos, no tan sólo en el sentido de su funcionalidad individual sino, y sobre todo, en el sentido de su funcionalidad social. La predisposición soberana –tanto la social como la ética– que ahora, y gracias a la metodología de la psicología del inconsciente, podemos liberar de la represión interior nos es conocida desde los descubrimientos de P. Kropotkin. Se trata del "instinto de la ayuda mutua" que Kropotkin, a partir de comparaciones biológicas, ha formulado como primer fundamento para una ética auténtica, una disciplina al mismo tiempo normativa y fundada en la genética.

Ahora estamos en condiciones de llegar, gracias a un análisis técnico de nuestra nueva hipótesis sobre las predisposiciones éticas reprimidas por la existencia, hasta los valores de la misma predisposición y establecer un principio específico de trabajo psicoanalítico. De esta manera, se ha podido atribuir el fenómeno hasta ahora tan enigmático de la indestructibilidad o, mejor dicho, de la irrenunciabilidad, de síntomas neuróticos elementales en el vínculo de cualquier síntoma aislado –por espantoso, feo o grotesco que fuera–, a una motivación inicial muy profunda que siempre pertenece a un bien irrenunciable, por lo que no se puede

abandonar. Sólo liberando esa motivación de sus asociaciones fijas y haciendo posible su funcionamiento de forma autónoma dentro del libre uso de la conciencia, desaparecerá el síntoma aislado en el que hasta ese momento aquella motivación se había expresado de forma convulsiva, deformada y paradójica. Así, la actitud masoquista de numerosas mujeres puede desaparecer mediante la toma de conciencia del anhelo reprimido de maternidad; el auto–aislamiento nihilista se puede romper relevando su función defensiva condicionada por elementos morales. De esta manera, se solucionan numerosos casos del sabotaje enfermizo perpetrado contra uno mismo o contra los demás, mediante la liberación de un impulso hacia la protesta revolucionaria y mediante la proyección a nivel moral y situacional tanto del instinto de la protección de propia naturaleza psíquica, como del instinto de ayuda mutua.

Es decir, la metodología de la psicología del inconsciente nos permite liberar una cantidad prácticamente inconmensurable de fuerzas interiores positivas –una posibilidad completamente inédita para el ser humano–. De modo que nos podemos preparar –equipados con una nueva esperanza y un nuevo sentimiento de nuestro deber– para la crisis que tendremos que atravesar y que hasta ahora ha llevado a la catástrofe a toda cultura con semejante estado de maduración de sus condiciones materiales.

En un determinado estado de su evolución, toda cultura se halla ante el dilema de transformarse o desaparecer: esto

ocurre también con la plena maduración de la cultura urbana. El predominio de la ciudad en el terreno de la civilización se basa en una serie de condiciones. La vida civilizada es la superación del largo periodo en el cual el terruño significaba para el ser humano la unidad elemental de trabajo y, por tanto, la forma fundamental de la vida colectiva: la unión económica hombre–mujer–niños y el matrimonio patriarcal en tanto que agrupación primaria adaptada a la agricultura.

La transición a la vida urbana acaba con el vínculo y la adaptación de todos los elementos centrales a la tierra y su cultivo. Con esta liberación del terruño se inicia un nuevo despertar de la vitalidad expansiva –al igual que antes del apego al terruño–.

Esta innovación estimulante de la vida interior moviliza una ingente cantidad de fuerzas creativas y convierte estas épocas, albores de una decisión fundamental, al mismo tiempo en épocas álgidas de innovaciones caóticas y desbordantes.

Es siempre en este estado de evolución cuando en todas las culturas se produce la catástrofe de la moral sexual. El imparable proceso de disgregación en el ámbito de la moral revela el anacronismo de la familia patriarcal. Todavía defendible en la época dominada por la agricultura en tanto que forma de organización de la economía campesina –una

vez concluido el momento de la separación del terruño–, resulta igual de ajena al ser humano de la nueva época, como lo fue para el ser humano de los tiempos primitivos.

La familia patriarcal, una vez separada de la tierra, pierde el valor económico de una relativa adaptación –lo único que hasta este momento había reprimido el carácter intolerable de esta relación coactiva– y se convierte en una pesada carga para el individuo también en el nivel económico; sólo mantiene la cualidad de cumplir con el imperativo legal del sustento de cada niño. La protesta humana contra la presión devenida absurda que ya no hace otra cosa que limitar y deformar al individuo, sólo podrá reprimirse a costa de un aumento de la carga de conflictos. Y crece la disonancia entre una nueva interioridad y una tradición cada vez más insostenible. Los esfuerzos característicos de supercompensación que en tales tiempos se imponen como "moralismo", no son sino vanas tentativas de suplantar o complementar las motivaciones anacrónicas de las viejas normas y de recuperar el viejo poder mediante una propaganda indefectiblemente desprovista de contenido. Pero el peso que hace caer sobre la vida privada –y hasta intrusiones más serias a las que suele tender el moralismo– fomenta el desarrollo y la incidencia de un fenómeno antagonista incomparablemente más importante y determinante en esos periodos: el inmoralismo fundamental. El inmoralismo es la expresión del desconcierto profundo y latente que reina en tiempos críticos y confunde

la moral existente, ya en sus orígenes extremadamente relativa y ahora completamente anacrónica, con la noción y la posibilidad de valores y normas éticos como tales. Tanto el inmoralismo como el moralismo nacen de un desconocimiento del signo de los tiempos. Ya que la "corrupción moral" responde a la necesidad de desarrollar una nueva norma que sustituya a la vieja.

Estas son las características de la fase que hemos de atravesar –la misma que tuvo que pasar cualquier cultura, sorprendida por la crisis y la catástrofe–.

Hasta ahora nunca se ha podido cumplir la exigencia decisiva del momento: la exigencia de crear y realizar de forma productiva algo completamente nuevo, una nueva institución y nuevos valores, esta vez en mayor concordancia con la psique humana, una nueva solución al persistente problema de asegurar a la mujer la posibilidad económica que le permite asumir la maternidad.

Este es el único y verdadero contenido social y ético de la cuestión –la primera y principal cuestión de la sociedad–. Si en estos tiempos decisivos se consigue plantear de forma consciente y clara, el postulado de la respuesta se impondrá por sí mismo: la sociedad tiene que estar obligada a prestar la cobertura económica de la función materna.

De esta manera se cumpliría la ley de que todas las grandes transformaciones retoman sus formas iniciales a un nivel

superior y dentro de un orden superior. El abandono del terruño hace que las formas de vivencia y exigencia, la aprensión interior del mundo, del prójimo y del propio yo, las exigencias hacia la sociedad y sus fuerzas motrices, hacia las instituciones y los valores, vuelvan a la libertad de los tiempos primitivos, pero lo hacen a un nivel superior de diferenciación determinado por el sufrimiento eterno y empujado por la fuerza redoblada de la contestación revolucionaria.

Así es como la época misma proporciona inconmensurables fuerzas interiores que, bajo formas espirituales o destructivas, deseo y rabia, empujan caóticamente la evolución hacia la transformación o el ocaso.

La mayor parte de esta fuerza se desgasta en el conflicto interior con las normas dominantes y se acumula en el inconsciente; hoy estamos en disposición de aprovechar de forma selectiva todo lo que se encuentre en el dominio de lo reprimido, tanto los valores innatos y eternos, como las fuerzas renovadoras del tiempo de transición.

Somos los primeros que finalmente podemos cumplir con esa esperanza y ese deber ancestrales; se trata de una tarea que exige un esfuerzo sin límites y un trabajo detallado con mucho cariño. Sobre todo, debe disponer de un espacio soberano en la enseñanza y en la educación para que podamos encontrar el camino hacia el alma del ser humano. Y esta tarea tiene que llevarse a cabo en todas partes sin

restricciones, asumiendo todas sus consecuencias y con la plena conciencia de la oposición absolutamente insalvable a todo y a todos los que en la actualidad obstruyen el camino de la realización de la humanidad, sea en forma de autoridad e institución, sea en forma de poder y costumbre.

(1919)

ACERCA DEL PARLAMENTARISMO

El gran problema psicológico que se nos plantea actualmente en este país es el interrogante sobre la naturaleza y las causas del fracaso de la revolución alemana.

De este abrumador asunto emerge precisamente ahora un detalle que se nos impone bajo las formas y máscaras más diversas: una indudable y acusada tendencia al retorno a la legalidad que donde más claramente se manifiesta es en el renovado interés por algo que se creía muerto y que ahora se vuelve a discutir: la postura del revolucionario frente al parlamentarismo.

Lo más característico de esta situación no es tanto el hecho de que se plantee la posibilidad de una participación en el parlamentarismo como tal –lo que sería una manera de

cuestionarse el propio revolucionario– sino que se presente como una cuestión táctica.

En este planteamiento se evidencia un total olvido del problema en su significación psicológica y de fondo, y revela un juego candoroso e hipócrita ante la crítica de la propia conciencia, una falta de voluntad y de capacidad para asumir la responsabilidad de sus decisiones y de sus propios actos.

Parece que las épocas de grandes oleadas revolucionarias, gracias a la sugestión de las masas y al efecto de las circunstancias, triunfan sobre los elementos de segundo orden y las arrastran en su oleaje, recubriendo y sumergiendo la mediocridad burguesa de la muchedumbre que, después de amainar la tormenta, vuelve a emerger. Después de la marea revolucionaria, los supervivientes se agrupan incondicionalmente en torno a un compromiso en cuando tienen la posibilidad de ello, y hacer aflorar tal compromiso en el desierto que la ola revolucionaria no ha podido modificar es la prueba decisiva de la reacción. Los compromisos que la reacción está planteando en la actualidad son las ideas de la "democracia" y su exponente, el principio parlamentario.

Por eso tenemos derecho a afirmar que plantear claramente el problema fundamental de la toma de decisión respecto a la participación parlamentaria, es una cuestión honesta que se plantea hacer el individuo sobre sí mismo y su vocación revolucionaria.

La aprobación del principio que rige en el sistema parlamentario es la admisión sincera de un indeleble espíritu burgués.

El juego consistente en tratar el problema parlamentario como un problema táctico, aceptando de esta manera un nuevo compromiso y un nuevo autoengaño, camufla este reconocimiento tanto frente a sí mismo, como ante los demás; supone un engaño peligroso del individuo sobre su propia naturaleza, así como del conjunto de la sociedad sobre el profundo sentido político y psicológico de los grandes principios.

En realidad, la actitud frente a la cuestión parlamentaria es al mismo tiempo la toma de decisión sobre la cuestión más importante del principio de la política, es decir, el problema de la democracia.

El parlamentarismo es la única[17] encarnación real de la idea fundamental democrática, el gobierno de la mayoría. El hecho de que en cada modelo estatal de parlamentarismo democrático siempre se imponga la influencia de una minoría no constituye la principal objeción revolucionaria; el espíritu revolucionario se opone más bien por una necesidad

---

17 Resulta interesante que Mommsen pudiera atribuir el ocaso de la democracia antigua a la ampliación de los Estados más allá de las repúblicas de ciudades durante su proceso de transformación en "grandes potencias", y al hecho de que a nadie se le ocurriera la idea de instalar un sistema de representación, es decir, un parlamento propiamente dicho.

interior, e instintivamente, a una realización de la idea parlamentaria aunque sea perfectamente llevada a cabo y esté libre de la dominación por una minoría influyente. El trasfondo de esta actitud es la oposición y la lucha incansable del espíritu revolucionario contra el democrático.

La actitud, en este u otro sentido, que cada individuo tome en esa lucha está fijada en el fondo de su naturaleza y predetermina su relación con el principio fundamental de la democracia: el de la mayoría.

El mero principio de mayoría numérica –¡y sólo los objetivos principales y no las imperfecciones de este principio en la práctica política son los que determinan las decisiones en el nivel de las categorías psicológicas!– impone la obligación de subordinar cualquier cambio a la velocidad de comprensión de la colectividad y de esperar a la presunta fecha en la que, como mínimo, la mayoría de las personas, demostrando de esta forma la veracidad del credo del progreso humano, haya alcanzado la "madurez" para comprender el cambio exigido. Ello se refiere tanto a las reformas apremiantes e inaplazables, como a las transformaciones a largo plazo, en un futuro lejano, que sólo la minoría de los contemporáneos alcanzan a ver; se trata tanto de las cosas más pequeñas y banales, como de las más profundas, que sólo pueden descubrir unos cuantos que trabajan para el bien de todos.

La democracia es, pues, idéntica al programa político de un

progreso sin sacudidas que se basa en la hipotética realidad de un desarrollo intelectual constante y progresivo y que confía en que el mayor número de individuos asuma la responsabilidad de los grandes acontecimientos.

En realidad, donde la inteligencia y la voluntad de una mayoría ya se hayan inclinado hacia un nuevo orden, no hará falta hacer ninguna revolución. Mas la tendencia a suponer esta inclinación como resultado de un proceso evolutivo, o a esperar hasta que este se dé, sólo puede nacer de una disposición espiritual; en la medida que no se trata de un deseo de que todo, en lo posible, continúe igual, nos hallamos ante la incapacidad elemental de asumir la propia responsabilidad.

Revolución es la lucha por el poder de una idea. Es el intento de hacer gobernar un principio que de entrada sólo es vivido realmente por una minoría, pero que está presente en los miembros de esta minoría en forma de una imagen nítida que puede ser proyectada a la realidad.

Las ideas por las que se hacen las revoluciones siempre son comprendidas por individuos sueltos gracias a su propia iniciativa y creatividad. Son asumidas e integradas en el pensamiento de una élite restringida que las transmite sugestivamente a la gran masa de los desheredados gracias a la dominación intelectual y al impulso de la voluntad de comunidad; y sólo son asimilables por su imbricación en las

motivaciones fundamentales de su propia realidad productiva; y sólo así las puede imponer a los poderosos de este mundo, a los privilegiados de todo tipo, mediante la lucha de “la vida contra la vida”.

La política revolucionaria está exenta de cualquier creencia en un ineludible progreso interior; sabe hasta qué punto todo progreso está ligado a lo que es exterior y superficial, al aspecto material dentro del orden existente. Se basa en la confianza en una facultad humana elemental, aunque esta sea más bien primitiva: en la facultad general de concebir la humanidad experimentada en los demás, aunque sea por la fuerza, como el valor supremo –o como mínimo, como medio para obtener ventajas personales.

Es la fatalidad y el destino del revolucionario –consciente de su soledad insular, tanto entre sus enemigos como entre sus compañeros, por su condición de ser portador de una misión de futuro– ser el único en poseer el secreto revolucionario de la liberación, si existe, y de asumir solo la responsabilidad de la subversión de todo lo existente, si es posible, de la lucha y de la violencia desencadenada, aunque fuera contra la voluntad del mundo entero.

“Así habló Dios: tu hijo, que vendrá después de ti, construirá mi templo; no serás tú quien construya mi templo, porque tú eres un guerrero”.

(1919)

LA FORMACIÓN INTELECTUAL DEL REVOLUCIONARIO

El autor de este artículo tiene la intención de organizar cursos sobre "La psicología de la revolución", que incluirían una introducción a la psicología del inconsciente (psicología psi–coanalítica), en la Freie Hochschulgemeinde fürproletarische Kultur (Escuela Superior Libre de la Cultura proletaria).

Nos hallamos actualmente ante el mayor problema que jamás se ha planteado en los ámbitos de la educación, la formación y la cultura: la cuestión de la renovación de la enseñanza después de la liberación del proletariado. Aunque aquí y ahora ya se ha convertido en una imagen lejana –a veces casi nos parece perdida–, en el país al que se

dirigen nuestros sueños, deseos y esperanzas de liberación, y cuya existencia y heroicidad es la fuente de todas nuestras fuerzas, se presenta como un problema principal del trabajo creativo dentro de lo que constituye la cultura viva de Rusia.

Lo que la fuerza creativa y genial de Lunatcharski ha creado allí de la nada es algo completamente excepcional: su metodología de la enseñanza técnica –la enseñanza a partir del trabajo– parece haber solucionado el problema de la transmisión natural de los conocimientos interdisciplinares.

Simultáneamente a la reestructuración fundamental del contenido de las materias y de la transformación de los establecimientos escolares, asistimos a una gran afluencia de alumnos que, en su gran mayoría, carecen de la preparación intelectual y de la cultura general necesarias. Así se plantea un problema que está inevitablemente ligado a la integración de la educación en el nuevo orden revolucionario, por lo que se convierte en el problema principal del trabajo previo a la revolución. Se trata, además de la transmisión de conocimientos, de la renovación del problema de la transmisión de una cultura general en las nuevas condiciones a un gran número de alumnos en un breve lapso de tiempo.

La "cultura" –a diferencia de la mera transmisión de conocimientos– consiste en la adquisición de conocimientos funcionales, en el aumento de capacidad de comprender y expresar modos de pensamiento complejos y, sobre todo,

abstractos, así como en la capacidad de liberar el pensamiento objetivo de incidencias afectivas. La práctica de estas funciones que, como es natural, se produce simultáneamente a la adquisición de materias de conocimiento, lo que no hay que confundir con el aprendizaje de los contenidos mismos, hace aflorar capacidades de objetividad productiva, el interés por las cosas e ideas en sí mismas y no por lo que representan –la comprensión abierta del razonamiento abstracto y su libre expresión–, es decir, la capacidad de contacto recíproco en relación con la cultura (...)

Hasta ahora, el principal método de la formación intelectual consistía en superar la indiferencia mediante la elaboración de un principio intelectual a partir de un material lo menos interesante posible y sin otra posibilidad de aprovechamiento que la clasificación abstracta del substrato cultural como finalidad en sí misma. De esta manera, el método ultraclásico, se asegura en el objeto soberano de la formación intelectual, en las lenguas muertas, con gran regularidad (naturalmente, en sujetos de un talento superior a la media), un éxito duradero de sus métodos y el establecimiento de un pensamiento abstracto e independiente de cualquier tipo de afectos o apatías y de cualquier perturbación procedente del interior.

La violación mediante la cual el pensamiento objetivo se desprende del dominio del placer y del sufrimiento hace que este método sea completamente inadecuado para la enseñanza revolucionaria. A sus objetivos –la agilidad de

pensamiento libre y objetivo, la familiaridad con la abstracción, la aprehensión de la idea como fin en sí– se añaden para la formación intelectual revolucionaria los temas de la educación revolucionaria, en general. Y es una exigencia del espíritu revolucionario que la supremacía del pensamiento abstracto sobre los elementos afectivos perturbadores no se experimente como una sumisión a la coacción de una costumbre intelectual, sino como libertad del espíritu.

Esa sensación de libertad interior sólo podrá existir a partir del momento en que, por la solución de los conflictos interiores y el descubrimiento por uno mismo de la dimensión y naturaleza de la vida afectiva interior, es decir, de los impulsos que sabotean el pensar, se produzca una liberación del espíritu objetivo y de la relación con la idea por sí misma.

En el camino hacia la liberación individual mediante el conocimiento de uno mismo, la psicología moderna del inconsciente crea la base real para una transformación del desarrollo intelectual del individuo y de la colectividad. El empirismo del método psicoanalítico, aplicado de forma consecuente y sin concesiones, proyecta una nueva imagen del ser humano que abarca la realidad de sus disposiciones, posibilidades y aspiraciones vitales, pero también la realidad de sus sufrimientos vitales, de su conflicto con el entorno, con la sociedad y los individuos, con la institución, la familia y la autoridad.

Se ha descubierto que la psique humana rechaza con una irreductible intensidad las contradicciones interiores y que cierra el campo de las asociaciones de la conciencia controlable y dominable a las experiencias que están cargadas de afectividad y que son inconciliables con motivaciones a las que no está dispuesta a renunciar. Se ha constatado que en el terreno del inconsciente se acumula una masa de formaciones y elementos instintivos fuertemente cargados de contenido afectivo, opuestos a los elementos reguladores de la propia conciencia y al mismo tiempo muy afines a los elementos esenciales de la personalidad que desde allí, de una manera desconocida, por caminos indirectos y formas modificadas –es decir, con un desplazamiento de la energía afectiva dentro del camino de las relaciones asociativas–, pasan a la vida afectiva consciente, se introducen en los procesos mentales y llegan a ser activados. Se ha descubierto, pues, que nuestra vida psíquica está determinada en su mayor parte por una masa acumulada de material psíquico oscurecido, hasta ahora desconocido y situado fuera de la conciencia controlable y dominable –en el exterior de la "continuidad del yo"– y que la reconquista de este material "reprimido" –en esto consiste precisamente el método de la psicología analítica– abre el camino para que la conciencia pueda buscar la solución subjetivamente adecuada a los problemas conflictivos.

Ese bloqueo y esa inhibición que producen una acumulación constante de factores saboteadores en el

inconsciente se originan en la infancia bajo la primera presión destructiva de la autoridad que se ejerce sobre el niño y que este no puede rechazar, sumido en la oscuridad de la devastadora soledad que le rodea; soledad hecha de una falta total de comprensión y cuya transgresión, parsimoniosamente concedida, está sujeta a la autoridad y a su adaptación al medio circundante. Es en ese periodo de indefensión en el que cada vida individual, desde sus comienzos, está abandonada a la corrupción que el individuo absorbe por sí mismo, a los cuerpos ajenos que, siendo elementos de una voluntad ajena y hallándose en oposición con la propia voluntad –si es que esta aún subsiste, engendran el primer gran conflicto interior y, con ello, todo el malestar interior y el auto–sabotaje de la psique–.

Los elementos afectivos, cuya subordinación a la violencia del pensamiento intelectual constituye el objeto de la formación funcional del espíritu, provienen en su práctica mayoría del inconsciente y su intervención es una parte de aquel auto–sabotaje interior que arranca de la parte inconsciente y de alguna manera prohibida de la psique. No es por la represión de las fuerzas interiores contradictorias, sino por la reincorporación del inconsciente, a la unidad de la conciencia como el conocimiento de sí mismo, en el sentido psicoanalítico, puede conseguir un equilibrio de los elementos resistentes del interior del alma y hacer desaparecer la tendencia autodestructiva.

Esta tesis ha sido confirmada por la experiencia, según la cual la familiaridad con la psicología del inconsciente lleva en cada caso a liberar el pensamiento de las resistencias y desviaciones, y permite una formación general del espíritu más libre y mejor adaptado a la propia individualidad.

Es por esta razón que la psicología del inconsciente parece estar llamada a ocupar, en la nueva enseñanza, la posición central en calidad de materia soberana de las Humanidades y a convertirse en el substrato de la formación funcional, en tanto que materia fundamental de una educación que se tendrá que definir como la capacidad de participar en la cultura.

Al mismo tiempo, por los contenidos que transmite, la enseñanza de la psicología del inconsciente significa la introducción en el espíritu de la revolución.

Y el conocimiento de este espíritu será tan íntimo y profundo que la psicología del inconsciente no será jamás, ni siquiera en sus mínimos detalles, una simple transmisión de contenidos, ya que siempre se orientará hacia el conocimiento de uno mismo y cada contenido nuevo tiene que revelarse al estudiante como algo que tiene oculto en sí mismo y que tiene que desarrollar a partir de su propia interioridad, como algo propio.

El contenido soberano que debe enseñar la doctrina de la psicología del inconsciente es el descubrimiento de la

oposición entre el ser humano en su naturaleza –con sus posibilidades, habilidades y aspiraciones vitales innatas– y la realidad construida por las condiciones dominantes, la represión de toda realización vital y la deformación de toda humanidad.

Es a partir de este descubrimiento como se tiene que despertar el interés por la revolución en cada estudiante, independientemente del lugar que ocupe en la actualidad dentro de la estructura de clases.

El interés por derrocar lo existente rige para todos, con la excepción de aquellos a los que la represión completa de todo su ser y sentir propios por la sugestión de la voluntad ajena ha adaptado a lo existente –es decir, en realidad, la gran mayoría–. Sólo una élite reducida posee esa energía e intensidad de espíritu que confiere la fuerza de mantener viva la naturaleza innata, aunque sea como elemento del conflicto interior y obscurecida, deformada y transformada en lucha interior por las represiones y exageraciones... Se trata de seleccionar de entre esas imágenes distorsionadas de la humanidad indestructible, que se han podido mantener en cada uno, el bien irrenunciable que subyace en el fondo de cada impulso inconsciente de las deformaciones que lo suelen desfigurar de tal manera que, a menudo, se convierte en su contrario. Y de la suma de todos estos descubrimientos que desvelan paulatinamente lo positivo perdido de la propia personalidad, se tiene que liberar la verdadera forma de la voluntad y de las exigencias humanas, se

tiene que transmitir, siempre de forma empírica, la verdad de que la exigencia innata que plantea un individuo al otro es la libre relación de individualidades libres; una relación que se halla en oposición a la adaptación a la presión del mundo exterior del que proceden la patología universal de la vida instintiva, la propensión a la sumisión y la voluntad de poder.

Se tendrá que descubrir que la oposición entre la voluntad de relación y la voluntad de poder constituye la oposición elemental entre la psique revolucionaria y la adaptada –la psique burguesa– y demostrarla como la última y verdadera meta de la revolución.

Se tendrá que mostrar –tanto a escala del conocimiento científico general como, en lo posible, a escala de un empirismo siempre renovado en el caso de cada estudiante– que la naturaleza humana, tal como está hecha y dispuesta en cada uno de nosotros, aspira a esos dos grandes valores que son la libertad y la relación humana. Que estas aspiraciones son armónicas, que por su propia naturaleza no se les puede atribuir ninguna disfuncionalidad y que, por consiguiente, todo desgarramiento interior y auto–sabotaje procede en el fondo siempre de efectos exteriores, del impedimento violento del desarrollo natural. Es decir, que todo sufrimiento, así como cada acción disfuncional y negativa, siempre es efecto de la presión antinatural que el orden autoritario existente impone a todos y a todo; que todo este impacto

inconmensurable de sufrimiento y maldad está intrínsecamente vinculado a este orden de poder y prepotencia, de la sociedad de clases y del capitalismo, del derecho autoritario y de la asfixiante lucha entre los sexos en el matrimonio y en la prostitución.

Se tendrá que mostrar el vínculo interno entre las instituciones estatales y familiares: la necesidad de la liberación absoluta de la mujer de su servidumbre privada y de su dependencia del hombre como condición previa y absolutamente imprescindible de cualquier liberación –la necesidad de la destrucción de la familia patriarcal mediante la construcción del matriarcado comunista–.

Se tendrá que mostrar la psicología latente e inconsciente de la vida familiar y definir el derecho de propiedad sobre la mujer y el niño como participación y corresponsabilidad en los valores e instituciones de la burguesía y como fijación de caracteres burgueses y adaptaciones y satisfacciones burguesas. Hay que poner de manifiesto la necesidad del sabotaje de la familia, sobre todo de la familia proletaria, como condición psicológica fundamental de la apertura al espíritu de la revolución.

Finalmente: la condición previa para la renovación moral y espiritual de la humanidad es la liberación de las generaciones futuras de la violencia de la familia burguesa –y también la familia patriarcal del proletariado es burguesa– por el matriarcado comunista y la liberación de la escuela,

embudo para la adaptación al Estado por el sistema de la enseñanza revolucionaria.

La enseñanza de la psicología moderna exigirá un sistema especial y particular que, sin tener ningún parentesco con los métodos existentes, tendrá cierta analogía con la estructura de la enseñanza por el trabajo. Mientras los resultados científicos generales sobre la naturaleza de la nueva disciplina y sus conocimientos fundamentalmente nuevos sobre el alma humana, sus motivaciones, habilidades, relaciones, su cultura, sus defectos y su hundimiento, pueden ser transmitidos de modo teórico mediante conferencias y lecturas, la nueva enseñanza psicológica, propiamente dicha, requiere el método empírico en cada caso concreto, es decir, requiere redescubrir las verdades a partir de la psique del estudiante, o sea, la reconquista sistemática para su conciencia del material psíquico reprimido.

A través de esta enseñanza –y con la ayuda de métodos psicoterapéuticos–, a partir de su minuciosa dedicación a la interioridad del individuo, a sus conflictos, sufrimientos, a sus aspectos dudosos y a sus tentaciones, se desarrollará el orgulloso conocimiento del individuo que se reencuentra consigo mismo, que se está liberando de la adaptación, de la propensión a la sumisión y de la voluntad de poder, y en la medida que aprende a superar la falta de comprensión, el revolucionario se preparará moralmente para la revolución.

En esta educación, finalmente, se podrá llegar a superar la

oposición que separa el altruismo del egoísmo. Se trata de conseguir que el individuo pueda experimentar por sí mismo la potencia de su propio ser en la relación libre con personas libres. La experiencia más profunda es la experiencia de la relación libre: la de la unión a causa de un estímulo constante que, intercambiándose mutuamente a través de la expresión espontánea y libre de lo individual, convierte la existencia, el modo de ser, el desarrollo y la expansión de uno en otro en el mayor beneficio del individuo.

La meta será liberar el amor del sabotaje al que está sometido por las formas latentes de la autoridad, tanto pasivas como activas, así como de la disposición a la sumisión y a la voluntad de poder. De esta manera se educará a una generación que, interiormente libre de la tendencia latente e irresistible a la autoridad, se aproximará a la realización de la humanidad del futuro, libre de cualquier autoridad.

SOBRE EL CONFLICTO Y LA RELACIÓN [18]

Las nuevas teorías en materia de psicopatología atribuyen las perturbaciones psíquicas a ciertas condiciones interiores fundamentales y se basan en el conocimiento de la situación inicial característica que origina constelaciones perjudiciales para los contenidos psíquicos, al choque de impulsos incompatibles. El origen de este conocimiento era el descubrimiento de C. Wernickes, según el cual las sobre-valoraciones afectivas vienen determinadas por la existencia de conflictos interiores insolubles.

La psicología moderna, propiamente dicha, la doctrina del inconsciente elaborada por S. Freud, se basa en el co-nocimiento de las modificaciones en la imbricación de las

18 Este texto se considera la primera parte de un total de tres. Los otros no se han traducido al castellano, pero se pueden encontrar en alemán en la web de la asociación Otto Gross (NdE).

funciones, en el conocimiento de la escisión de la unidad de la conciencia por el conflicto interior. Explica la separación de complejos inconscientes, la “represión”, como consecuencia de la incompatibilidad de impulsos irreprimibles con el conjunto de la personalidad.

La extraordinaria importancia de la sexualidad para la vida psíquica inconsciente, cuyo descubrimiento debemos a Freud, se tiene que atribuir al hecho de que la contradicción que en ella acontece entre la propia voluntad irreductible y las sugestiones superpuestas –la suma de los principios morales y de las instituciones en el ámbito de la sexualidad– genera indefectiblemente el conflicto interior insoluble. El carácter fundamentalmente sexual de la neurosis no se debe a la verdadera naturaleza de la sexualidad –y menos a su naturaleza innata– sino al hecho de que los factores externos conviertan el ámbito de la sexualidad en el terreno por excelencia de la desconsolada lucha interior. Freud declaró que la disposición sexual primitiva de los humanos y la primera sexualidad es omnisexual. Según él, la sexualidad alberga la suma de todas las perversiones existentes. La orientación “normal” de la sexualidad se produciría paulatinamente por un esfuerzo de contención, por la represión de los componentes perversos, y esta represión es, según Freud, en última instancia un resultado de la educación, un efecto del poder de la ideología general, un trabajo de adaptación –es decir, el producto final de lo que he definido como “la suma de todas las sugestiones”–.

Los hechos en los que Freud apoya su opinión son incontestables en la medida que aportan las pruebas para la existencia de todas las perversiones posibles en la infancia y en el inconsciente del individuo. Mas estos hechos no coinciden con la hipótesis principal de Freud sobre la naturaleza de la disposición sexual y el modo de la sexualidad innata, y confieso que en este punto discrepo con la opinión del gran maestro. Defino la perversión como la transposición de una energía instintiva sexual a algo que por su propia naturaleza no tiene que ver con la sexualidad y sospecho que cualquier perversión real, como en el fondo cualquier perturbación psíquica, se debe a influencias exteriores desfavorables, a una acción ajena que se halla en oposición con las disposiciones innatas, con el carácter específico innato y con la propia individualidad. La suma de todas las perversiones, cuya existencia se ha podido demostrar en la psique de todos y cada uno de los niños, y también en el inconsciente de cada persona adulta, es, a mi entender, la consecuencia de la acción nociva y en gran parte homogénea que sobre cada uno ejerce la sugestión universal y contranatural de la familia y del entorno. Avanzo aquí esta hipótesis, más adelante la explicaré más detalladamente.

Recuerdo la definición que he dado del conflicto interior: es la lucha entre lo propio y ajeno[19].

Antes de intentar una explicación más detallada de esta

19 Sobre las inferioridades psicopáticas. Viena/Leipzig, 1909.

definición tengo que formular una reflexión. Se refiere a la doctrina de Alfred Adler y a la oposición entre las dos grandes escuelas psicoanalíticas, la de Adler y Freud; una oposición que a mi entender en el fondo es sólo aparente; creo que se podrían complementar mutuamente y que se podría llegar a una combinación de ambos enfoques para ampliar el conocimiento del conflicto interior.

La doctrina de Adler representa en última instancia una profundización psicoanalítica de la idea de Nietzsche sobre la "voluntad de poder". Según Adler, el principio motor del individuo consiste en hacer valer a toda costa y con cualquier medio su propio yo y –esta es la novedad genial de su doctrina, protestar desde el inconsciente contra la opresión exterior–. Según Adler, el factor sexual de la psiconeurosis no es más que un simbolismo, una expresión simbólica de la tendencia revolucionaria que también es una tendencia violentadora. Las enseñanzas de Adler, especialmente las que se refieren a la resistencia interior de la mujer contra la opresión que padece su género y a las expresiones psicológicas y psicopáticas de esta resistencia, son de lo más profundo que un científico puede descubrir.

Yo, por mi parte, considero la "voluntad de poder", es decir, la "pulsión del yo" en su forma de tendencia violadora, un fenómeno secundario y en última instancia ya patológico, es la forma a la vez deformada e hipertrofiada por la eterna opresión de aquel instinto original que he definido como "instinto de conservación de la propia individualidad en el

marco de la propia naturaleza y de las propias disposiciones innatas". Para mí, este instinto en su forma original, o sea, en su forma no modificada por la resistencia y la supercompensación y, por tanto, no orientada a la violación de los demás, es el "momento revolucionario" en el sentido psicológico.

Sólo a partir de la existencia de un conflicto interior causado por dos instintos coexistentes pero opuestos me parece explicable que un instinto esté sometido a la represión y sólo pueda manifestarse simbólicamente desde el inconsciente, es decir, creando síntomas patológicos. A mi entender, sólo partiendo de un conflicto interior se hace comprensible el hecho de la hipertrofia de un instinto. Y la voluntad de poder, el "instinto violador" en el sentido de Adler, que pasa por la violación del otro, no es otra cosa que la hipertrofia del instinto original de la autoconservación que he definido como el "momento revolucionario".

Dicho de otro modo: el "instinto del yo" en el sentido de Adler, la "voluntad de poder" cuya ingente importancia fue captada correctamente por él, sólo se explica en tanto que componente de una pareja de fuerzas antagonistas. De esta manera, la síntesis entre la concepción de Adler y de Freud parece posible y factible ya que el otro componente de esta pareja de fuerzas instintivas se identifica por sí misma con la sexualidad en el sentido de Freud.

Tendríamos, pues, los dos instintos opuestos: la pulsión del

yo y la sexualidad, y entre estos dos factores se encontraría el conflicto interior patógeno.

Sin embargo, no es concebible que, en las disposiciones originales, en el propio carácter natural, existan dos instintos cuyo destino natural sea enzarzarse en un conflicto patógeno irresoluble. Por tanto, tenemos que pensar que son factores nocivos externos de carácter general los que modifican el carácter original de los instintos innatos que, a causa de "imbricaciones de pulsiones" –según la expresión clásica de Adler– con impulsos reactivos del individuo, entran en relaciones inconscientes cada vez más rígidas que degeneran en reacciones desesperadas del individuo a causa de esas "imbricaciones pulsionales". Como consecuencia de esa lucha con el mundo exterior, esas relaciones inconscientes entran en una dinámica de hipertrofia recíproca, devienen cada vez más conflictivas hasta convertirse, finalmente, en los puntos de partida de síntomas neuróticos.

Se nos plantea, pues, el problema siguiente: ¿cuál es la causa de que los grandes instintos innatos, coordinados armónicamente en su carácter original, se conviertan en los dos componentes instintivos antagónicos que se nos presentan como "voluntad de poder", como pulsión del yo enfermizo en el sentido de Adler, por un lado, y, por el otro, como sexualidad en el sentido de Freud, convertida en "omnisexual", y que comprendiendo todas las perversiones, necesita ser reprimida y genera neurosis?

Dicho con otras palabras, antes he propuesto la definición –que de momento trataré como hipótesis– de que el verdadero conflicto patógeno es el conflicto entre lo propio y lo ajeno que hay en nosotros. Después, al buscar una síntesis entre las doctrinas de Adler y Freud, hemos detectado que el conflicto interior principal es el de la pulsión del yo y de la sexualidad. Si ambas suposiciones son ciertas podemos concluir que la segunda forma es el resultado de las modificaciones que ha padecido el estado inicial de la vida psicológica y su conflicto interior más antiguo –el conflicto entre lo propio y lo ajeno– en la interacción entre adaptación y resistencia a causa de las "imbricaciones de las pulsiones" y de la hipertrofia de los instintos en su combate mutuo. Sin embargo, falta por aclarar la cuestión siguiente: ¿bajo el efecto de qué influencias y según qué mecanismos se produce esta modificación?

De la sexualidad original e innata de la especie humana sólo podemos decir en resumen una cosa: la sexualidad en tanto que instinto innato y, por tanto, la sexualidad original del niño, es una necesidad de contacto tanto en el sentido físico como psíquico.

El instinto de conservación de la propia individualidad, como yo lo llamo, es el instinto de defensa para proteger el modo de ser dado con todos sus instintos innatos, que incluyen naturalmente la sexualidad en su forma individual.

No hay duda de que estos dos instintos deben hallarse

originariamente en una coordinación armónica entre sí, al igual que todos los impulsos y disposiciones originales.

Sin embargo, la presión del entorno impulsa al niño a adaptarse, es decir, actúa como tendencia represora frente a la vida instintiva. El entorno prohíbe al niño todo contacto psíquico–sexual mientras condiciona la esperanza de contacto psíquico –que por la ínfima comprensión psicológica del adulto ya está limitado al mínimo y se reduce casi exclusivamente a sucedáneos– a la adaptación y a la renuncia a la forma de ser coherente con la propia individualidad.

Se trata del proceso que he definido como un “aislamiento infantil” por la influencia del entorno[20].

A mi entender, la soledad a la que se aboca al niño es el verdadero origen de toda la angustia neurótica y, con ello, de ese carácter angustiado y al mismo tiempo desesperado y violento que caracteriza todos los impulsos que irrumpen de forma tan particular en el inconsciente.

El primer conflicto interior devenido necesario en el niño, el conflicto entre lo propio y las intervenciones ajenas, del exterior, pierde pues su pureza casi desde el principio a causa de una imbricación de pulsiones que vincula una de las pulsiones propias, la sexualidad, a una tendencia de adaptación a los otros, es decir, a una disposición a adoptar

20 La simbólica de la destrucción.

sugestiones ajenas. A partir de entonces, el instinto psíquico de autoconservación no sólo tiene que luchar contra las sugestiones externas, sino también contra la propia sexualidad como tal que ya ha empezado a proporcionar la energía afectiva a los contenidos sugestionados.

Es así como se inicia la verdadera “protesta” antisexual en el sentido de Adler. Por su propia naturaleza se orienta hacia el aislamiento. La “pulsión del yo” en tanto protesta sexual se ha convertido en instinto de autoconservación a toda costa y apunta a mantener por su propia fuerza la inmensa soledad en torno a uno mismo.

La existencia y orientación de este impulso se explica sólo a partir de su antagonismo incesante con un impulso opuesto, constante e igualmente fuerte; es el antagonismo con la sexualidad en tanto que necesidad absoluta de contacto que ha integrado en sí misma el impulso de adaptación, de la entrega del propio yo a otros, del sacrificio de sí mismo.

La sexualidad infantil, por el hecho de integrar en sí el impulso al abandono del propio yo en los otros, la sumisión en aras de evitar su aislamiento, ha incorporado en sí el factor masoquista. Podemos decir que el masoquismo es el intento del niño por identificarse con la situación de pasividad a que se ve abocado y de conseguir a través de la sumisión cierto contacto con el entorno. La motivación que mueve al masoquismo es el miedo a la soledad, pero el miedo a la

soledad es un motivo que intervendrá a lo largo de toda la vida. En las condiciones existentes, el modo de relaciones recíprocas de los humanos entre sí –las razones internas de estas relaciones también son objeto de nuestros planteamientos– está tan corrompido que cada uno se verá durante toda su vida siempre ante la disyuntiva de quedarse solo o dejarse violar. De esta manera, se eterniza la tendencia infantil a integrarse mediante la sumisión. Ahora bien, antes hemos afirmado que la tendencia masoquista es voluntad de resignación y una afirmación de la situación infantil frente al adulto. Es cierto que un individuo adulto raramente estará tan solo como lo estuvo en su infancia, pero un niño al menos puede albergar la esperanza de aliviar esta soledad a costa de su sumisión. A través de una evocación inconsciente de esta esperanza se fija una nostalgia y una tendencia hacia lo infantil a lo largo de toda la vida. Es decir, también podríamos definir el masoquismo como el afán de reproducir la situación infantil frente a los adultos.

Podemos suponer que el masoquismo, en el origen y quizás realmente durante un periodo determinado de la vida, se fusiona en una unidad con la necesidad incondicional de contacto. Frente a ello, el instinto de conservación de la propia personalidad, en tanto que componente antagónico, constituye la protesta antisexual. Sin embargo, pronto la tendencia infantil de entrar en contacto con los demás mediante la sumisión es sentida como insuficiente también en

relación con las necesidades sexuales. La angustia de la soledad y el propio aislamiento sexual tienen que engendrar al mismo tiempo la tendencia de querer forzar el contacto sexual, aunque sea de una forma física grosera, así como alguna forma sucedánea de relación psíquica. El niño siente el deseo desesperado de ser adulto. Este querer ser adulto es por su propia naturaleza, y en oposición exacta con el estado de cosas en el masoquismo, un contenido soberano de la tendencia a la conservación de la propia individualidad.

Pero ser adulto y, por lo general, ser fuerte, significa también la perspectiva de cumplir el deseo de poder forzar la sexualidad. De esta manera se produce un compromiso entre la sexualidad y la tendencia a la conservación de la propia individualidad en su forma hipertrófica, se produce una imbricación de pulsiones entre la sexualidad y la voluntad de poder. Precisamente el estado psíquico del niño, la angustia de la soledad y la sensación de impotencia, que dotan a su inconsciente de un contenido de odio y venganza estrechamente ligado al miedo, conducen a los rasgos a menudo tan violentos y horribles de las tendencias violadoras. El resultado de la combinación entre la sexualidad y la voluntad de poder, que en su esencia es una mezcla compleja entre el miedo a la soledad y la voluntad de mantenerla, constituye el componente sádico del instinto.

Podemos afirmar, pues, que la presión exterior, que la disyuntiva impuesta al niño entre el abandono de sí mismo y la soledad, crea en cada individuo un factor masoquista en

tanto que expresión de una irresistible necesidad de contacto. Frente a ello, la “protesta antisexual” se forma como hipertrofia compensadora del instinto psíquico a la conservación de la propia individualidad. Sin embargo, ahora se produce un compromiso entre este impulso orientado a mantener la soledad y la sexualidad, o dicho con otras palabras: se forma un componente sexual parcial en el que el mantenimiento del propio aislamiento se combina al mismo tiempo con la voluntad de realización de las necesidades sexuales. El impulso hipertrófico del yo adopta una expresión sexual como rechazo del contacto y como imposición del propio yo frente al otro, es decir, de la “voluntad de poder”. Sin embargo, es esta la esencia del sadismo, en el sentido más amplio de la palabra. De modo que en cada individuo se genera un factor sádico en tanto que expresión de la imposibilidad de superación del impulso a la conservación de la propia individualidad. De esta manera, el gran conflicto interior, en el origen el conflicto entre lo propio y lo ajeno, se convierte en conflicto entre la sexualidad y la pulsión del yo que se mueve entre tendencias de abandono y de voluntad de poder, y es arrastrado al final al terreno de lo sexual, donde se fija como conflicto entre dos componentes instintivos antagónicos de naturaleza sexual, es decir, entre el factor sádico y el factor masoquista.

Todos los demás desgarramientos interiores del individuo y todos los reiterados fracasos en las relaciones de los individuos entre sí se remontan al conflicto en esta última

forma. La patología de las relaciones humanas se basa en la deformación sadomasoquista de los grandes instintos.

Más arriba he dado las dos definiciones: la sexualidad en su forma original es la necesidad de contacto en el sentido físico y psíquico; cada perversión es una transferencia de energía sexual a un objeto inicialmente no sexual.

Además, me he pronunciado contra la concepción de Freud de la omnisexualidad que comprendería todas las perversiones desde el origen. Aquí parece que se produce una contradicción entre mi opinión y mi definición. Ya que, según esta última, la sexualidad original comprendería igualmente el componente homosexual.

Se plantea, pues, la pregunta de hasta qué punto el componente homosexual realmente implica una perversión. De acuerdo con las definiciones establecidas nos tenemos que preguntar en qué medida el componente homosexual entra verdaderamente en el terreno delimitado por las disposiciones iniciales de contenido realmente sexual. Ahora bien: es la existencia o la ausencia de una funcionalidad biológica la que decide si algo puede estar presente como predisposición.

El problema es, pues, saber en qué medida el componente instintivo homosexual encierra una funcionalidad específica del género humano, un factor teleológico –*sit vento verbo*–.

Creo que la sexualidad innata, o sea, la "normal", contiene un componente homosexual que tiene la función de permitir al sujeto una sensibilización hacia la actitud sexual del otro sexo. Porque sólo se puede comprender realmente lo que se ha vivido interiormente, y en lo que concierne a la comprensión de emociones sexuales del otro género, significa permitir en sí mismo la vigencia de una motivación parcial homosexual.

La mejor manera de comprender la pertinencia biológica de este proceso es reparar en la represión de la sensibilización hacia el otro sexo que se produce inevitablemente con la represión del componente homosexual. De este proceso de represión resulta la imposibilidad de vivir la situación sexual como algo común, como una acción unificadora, es decir, resulta que en el acto sexual cada uno sólo puede experimentar al otro como instrumento para su satisfacción sexual, ya que la tendencia represiva hace que niegue y aparte de sí –en tanto que motivación homosexual– la posibilidad de experimentar en sí mismo la sexualidad del otro. Y estas observaciones casi son suficientes para explicar la horrible universalidad del fenómeno para el que August Strindberg ha acuñado la expresión: "El odio entre los sexos es tan inmenso que no tiene nombre, límites ni fin".

La opresión y represión del componente homosexual innato –lo llamaría homosexualidad innata en su forma original para diferenciarla de sus manifestaciones "secun-

darias” modificadas y deformadas por las complejas imbricaciones de los impulsos– se produce bajo el efecto de las sugestiones morales del entorno. La suma de todas estas sugestiones, que son cuerpos estrictamente extraños a la psique, aún se podrían rechazar ulteriormente. Pero estos procesos de eliminación han de verse con la increíble dificultad de superar las imbricaciones de los componentes sexuales con las perversiones reales, especialmente con el complejo de fuerzas sado–masoquistas y con la perversión para la cual Freud ha creado el concepto y la expresión de “erotismo anal”.

Primero abordaremos la imbricación entre la homosexualidad y el erotismo anal –que, por razones que a continuación discutiremos, sólo tiene relevancia en el hombre– para volver después sobre la problemática de la homosexualidad y su relación interior con nuestro tema principal de las fuerzas sado–masoquistas y las perturbaciones relacionales.

Se puede establecer cierto paralelismo entre el desarrollo del erotismo anal y el masoquismo. Podemos afirmar que el masoquismo, en primer lugar, es el resultado y la fijación de la humillación que sufre el factor psíquico de la necesidad de contacto; para el erotismo anal rige lo mismo en relación con el factor físico de la sexualidad. Se comprenderá cómo se produce la transferencia de la energía sexual al terreno de la región anal y de las funciones excrementales o, dicho según mi terminología, en un terreno que por su predisposición y

naturaleza no es sexual, si se representa lo siguiente: en el niño, el elemento físico–sexual es reprimido con todos los medios y es el objeto de la mayor represión posible siempre y cuando se dirige –de acuerdo con las predisposiciones– a las regiones y funciones naturales de la sexualidad. En cambio, las funciones excrementales no se pueden impedir ni reprimir; en este terreno el niño necesita durante un mayor periodo de la ayuda de los adultos en la que entra en contacto físico con ellos. La necesidad de contacto sexual del niño, que a causa de la opresión por parte del entorno ya está sometida a un proceso de represión, fuera del control de la conciencia y con ello desprovista de la posibilidad de corrección de posibles desviaciones, gravada con la sugestión de la negación moral y por eso mismo ya denigrada, ha sido preparada para una transposición de su energía sexual al único terreno en el que el contacto físico con el entorno es posible y permitido, al terreno de la higiene corporal y de sus intimidades. De esta manera, la transferencia de las sensaciones sexuales al dominio del erotismo anal se ha convertido para el niño, de hecho, en la condición previa para poder vivir algún tipo de contacto físico–sexual con el entorno, por más sucedáneo que sea. Y además: entre el inconsciente del adulto y el del niño, el erotismo anal latente que existe en el adulto fomenta el desarrollo correspondiente en el niño.

Por razones físicas, la incrustación realmente grave del erotismo anal en la homosexualidad sólo se da en el hombre

porque la expresión duradera, fija y plenamente desarrollada de esta incrustación es evidentemente la pederastia. La esencia de la pederastia es la fusión de tres motivos instintivos particulares: la homosexualidad como tal, el erotismo anal y la representación simbólica de un sexo por el otro. (Volveremos a discutir este último factor más adelante en otro contexto.) Por el hecho mismo de esta imbricación de la homosexualidad con el erotismo anal, una imbricación particular, característicamente simbólica y fijada en una actitud específica del hombre, la represión de la homosexualidad tiene un efecto más radical e intenso en el hombre que en la mujer. Por lo que veo, sólo en el hombre la represión de la homosexualidad adquiere la dimensión particular del asco. Pero volvamos a centrarnos en nuestro tema in *sensu strictu.*

Hemos dicho que la homosexualidad, en su origen y de acuerdo con su disposición, no sólo no guarda una relación antagónica con la heterosexualidad, sino que constituye por lo contrario un componente de soporte a esta. Sin embargo, hemos constatado que en el transcurso de las modificaciones que sufre la sexualidad en su desarrollo, esta relación se suele convertir en su contrario. Por regla general hallamos el componente heterosexual y homosexual en un antagonismo irreconciliable. El problema consiste en saber cómo se crea este antagonismo y en qué medida su formación está relacionada con una interacción de la pareja de fuerzas opuestas del sadismo y el masoquismo.

La definición psicológica más valiosa de la homosexualidad que tenemos hasta el momento es la de W. Stekel. "La neurosis homosexual", afirma en su gran obra *Onanismo y homosexualidad*, "es una fuga hacia el propio sexo determinada por una actitud sádica hacia el sexo opuesto". Creo que debo añadir: actitud sádica o masoquista. Veremos que esta alternativa se hará necesaria en el momento de aplicar la definición de Stekel a la mujer.

Imaginemos, de entrada, el caso de un hombre en el que el componente sádico se ha desarrollado de una forma intensa en el marco de la heterosexualidad. Siempre y cuando esta tendencia no llegue a dominar por completo toda la vida psíquica –es decir, que no se convierta en una perversión consciente y completa–, se tendrá que imponer la huida del impulso sádico mediante la supercompensación por la actitud contraria. La huida de la perversión se produce por una parte hacia el masoquismo, pero por otra –ya que partimos de una orientación heterosexual del sadismo– hacia sentimientos homosexuales. En este caso, la homosexualidad y el masoquismo pertenecerían, pues, a una única tendencia de impulsos y serían los efectos de una sola causa. Esta constelación nos hace suponer que se producirá una imbricación entre estos dos elementos, la homosexualidad y el masoquismo, es decir que se formará una homosexualidad con preferencias masoquistas. Sobre todo si, en el caso en cuestión, hay factores generales ca-

racterísticos que establecen una correlación entre homosexualidad y masoquismo. Más adelante conoceremos estos factores característicos[21].

---

21 Para ilustrar la huida del sadismo heterosexual en la homosexualidad reproduciré el análisis de un conjunto de sueños significativos: En un paciente que padece una neurosis de ansiedad que he tenido la ocasión de tratar hace poco, se podía demostrar el siguiente tipo de sueño recurrente. Se trata de dos sueños en una misma noche, cuyos contenidos de acuerdo con la constatación de Freud mantienen por principio una relación muy estrecha entre sí; uno revelaba una orientación heterosexual–sádica y el otro una orientación homosexual.

Pongo aquí el ejemplo de uno de estos sueños dobles:

1. Pasea con su novia por una pradera. El paisaje es de una belleza particular, se siente extrañamente muy compenetrado con ella. Le dice: esto parece el paraíso. Se queda parado en un riachuelo observando los animales que se mueven en el agua. A la orilla del riachuelo hay unas lombrices de tierra inmensas. De repente le invade una sensación de angustia y siente una soledad abrumadora. La mujer se ha alejado mucho, le sigue, pero la compenetración de antes ha desaparecido. Empiezan a decir que el tiempo apremia, que no se pueden quedar aquí, se siente sólo y apesadumbrado durante la conversación. Se despierta con una sensación de angustia y de excitación sexual.

2. Está sentado en la mesa de una fonda, acompañado de gente joven, reconoce en ellos sus antiguos compañeros de la universidad. Uno de ellos se inclina sobre él y le besa en la boca.– Asociaciones sobre las lombrices de tierra: hace muchos años había visto unas lombrices de este tamaño en Brasil. Después: cuando era pequeño y jugaba con la tierra tenía la costumbre de coger las lombrices de tierra que había encontrado y las partía en dos porque le gustaba ver que ambas partes se movían. A continuación relata muy angustiado una serie de impulsos sádicos de su tierna infancia. Supongo que el resto del sueño no precisa más explicación. Contextualizando los sueños vemos que la aparición de la motivación sádica rompe el sentimiento de relación con la mujer y produce una angustia viva; el soñador, después de volver

También podemos considerar el caso en el que el masoquismo se haya convertido en la tendencia dominante de la heterosexualidad de una mujer. Aquí se puede suponer que, como rechazo a la propia tendencia de sumisión al hombre, se impondrá por una parte una supercompensación en forma de voluntad de poder y de una actitud sádica, respectivamente y, por otra, una huida hacia el sentimiento lésbico. En este caso se produciría una imbricación de la voluntad de poder con el sentimiento lésbico, sobre todo, si, como en el caso precedente, concurren otros elementos psicológicos característicos que establecen una correlación entre ambos componentes impulsionales.

Se trata de saber qué componentes del conjunto antagonista se suelen asociar a la heterosexualidad y cuáles a la homosexualidad, en qué condiciones y por qué razones se produce en un caso una combinación y, en otro, la otra. Veremos que estas combinaciones no dependen del azar del destino individual, sino que se pueden clasificar básicamente en dos grandes grupos que tienen características diferentes para los hombres y las mujeres.

Nos toca hablar en este contexto de un factor cuya revelación forma parte de los grandes descubrimientos de Alfred

---

a dormirse, huye del propio impulso sádico, y de esta manera de la heterosexualidad como tal, en una fantasía homosexual. Acerca de la homosexualidad como máscara del sadismo heterosexual, ver el análisis convincente de W. Stekel en Onanie und Homosexualitat (Onanismo y homosexualidad).

Adler. Gracias a él sabemos que los conceptos “hombre” y “mujer” suelen adoptar en el inconsciente –como reflejo de las instituciones de la sociedad y de la familia– el significado de “superior” e “inferior”. La relación recíproca de los sexos conforme al estado de las cosas queda reflejada en el alma como un símbolo de la situación de dominación y de sumisión, respectivamente. Esta constatación casi infalible –la ley adleriana del símbolo– nos proporciona la expresión simbólica característica, la manifestación específica y fija de los dos componentes del complejo de impulsos sádicos y masoquistas. La “pulsión del yo”, la voluntad de poder y de violación, el sadismo, se funden y se identifican en ambos géneros con el leitmotiv “querer ser hombre”; la necesidad de contacto y de entrega, la tendencia a la sumisión, el masoquismo –desprendiéndose de su simbólica original: “querer ser niño”– se expresa en el leitmotiv: “querer ser mujer”.

De estas reflexiones resulta que, en el hombre, el componente sádico tiene una orientación heterosexual y el masoquista es homosexual; por contra, en la mujer el componente masoquista es heterosexual y el componente sádico o, mejor dicho, el componente activo de la conservación de la personalidad, tiene una orientación homosexual.

Quiero precisar que sólo estamos hablando aquí del tipo dominante, es decir, de lo que pasa en el inconsciente del no perverso.

Si la expresión característica del deseo de sumisión es necesariamente el “querer ser mujer”, entonces el masoquismo masculino tiene que confesar primero su rasgo homosexual –de la reconducción del componente homosexual hacia el otro sexo hablaremos después–. La imbricación de la homosexualidad con el componente masoquista, y en el fondo también toda forma de masoquismo masculino, es el fenómeno que mejor explica la homosexualidad pasiva del hombre, independientemente del grado de intensidad y de la amplitud con que se exprese sobre la conciencia. Y si la expresión característica necesaria de la pulsión del yo es el “querer ser hombre”, la “pulsión femenina del yo” en todos sus grados de desarrollo –sea como verdadero sadismo, como voluntad de poder o simplemente como impulso de conservación de la personalidad– tiene que fijarse indefectiblemente en la imbricación con la homosexualidad. El papel dominante del componente homosexual en la mujer es su realización de la “protesta” contra la opresión que sufre como tal en la situación actual, y es este carácter de protesta el que confiere al factor lésbico su peculiar característica psicológica. Tengo que subrayar aquí de nuevo que esta protesta no sólo se dirige contra la opresión exterior, sino también, y sobre todo, contra el impulso en el interior a fomentar esta opresión, es decir, se dirige contra la propia tendencia masoquista, en particular contra la tendencia masoquista heterosexual, de sacrificarse a sí misma.

Resumiendo lo dicho anteriormente, los dos grandes instintos originales, la necesidad de contacto –de la primera sexualidad– y el instinto de conservación de la propia individualidad se transforman por la presión del entorno, bajo la coacción a adaptarse para tener una posibilidad de contacto y por el miedo a la soledad, en pulsiones instintivas antagonistas para romper la soledad a costa de la sumisión –el masoquismo– y de imponer la propia personalidad a costa de mantener de forma activa la propia soledad, incluso en la sexualidad, mediante la violación del objeto sexual –el sadismo–.

La dualidad antagonista masoquismo–sadismo deviene de esta manera la expresión dominante del conflicto interior. Por una imbricación característica con las actitudes homosexuales y heterosexuales, los impulsos masoquistas o sádicos adoptan su forma de desarrollo particular en un sentido distinto. Bajo la influencia de la situación particular de la mujer en la sociedad –que hace que las nociones de virilidad y feminidad se conviertan en el inconsciente en símbolos de una relación de dominación y sumisión–, son la necesidad de sumisión, en el caso del hombre, y el instinto de autoconservación y la voluntad de poder, en el caso de la mujer, los elementos que necesariamente adquieren su expresión simbólica en la motivación homosexual. Y de esta manera, el complejo antagonista sadismo–masoquismo genera dos pares de fuerzas características que se diferencian entre ambos sexos: en el hombre, sadismo heterosexual y

homosexualidad pasiva; en la mujer, masoquismo heterosexual y homosexualidad activa.

Es así como veo el desarrollo característico de esa dualidad antagonista. Parece evidente que todas las formaciones del inconsciente y de los instintos anclados en el mismo se van convirtiendo, a su vez, en puntos de partida de otras evoluciones y transformaciones compensatorias y antagónicas. Las orientaciones de base que hemos intentado formular para el hombre y la mujer, al parecer, están fijadas como factores activos y directivos en la profundidad del interior, pero el desarrollo de la vida interior hace que también aparezcan fenómenos opuestos que a menudo dominan el acontecer exterior.

Los factores modificadores son sobre todo los que en el caso individual llevan al desarrollo de una homosexualidad manifiesta. Los factores que inciden en ello –rechazo del incesto, supercompensación particular– no entran en el propósito de estas reflexiones. No obstante, resulta bastante evidente que en los casos en que más o menos toda la sensibilidad sexual se mueva en el terreno de la homosexualidad, ya no habrá una diferencia de actitud entre el componente sádico y el masoquista. En casos de homosexualidad absoluta, cada componente del complejo antagonista se orienta en función del componente dominante. Tendremos la ocasión de volver brevemente sobre este punto.

Además, la actitud fundamental también puede ser modificada por elementos persistentes de la vida infantil o situaciones de la infancia. Parece ser que un cierto número de individuos, a causa de una especie de retraso en su evolución, ni llega a tocar el verdadero gran problema de los adultos, es decir la cuestión de la relación entre los sexos y las cuestiones de poder y lucha entre los sexos. La orientación inconsciente y persistente de estos individuos no viene determinada por la relación de poder y sumisión entre hombre y mujer, sino por el problema soberano del período infantil, esto es la relación de poder entre el niño y los padres y entre el niño y la madre, respectivamente. En estos casos, contrariamente a la ley adleriana del símbolo, la madre y, por consiguiente, la mujer puede figurar como símbolo de poder y superioridad, y es ante ella que se manifiestan las tendencias a la sumisión.

En el caso de las mujeres, tal persistencia de la simbólica infantil materna genera el masoquismo lésbico.

En el hombre, la persistencia de esta simbólica –el simbolismo del poder femenino– tiene como resultado inmediato un masoquismo heterosexual. Desde mi punto de vista, este masoquismo heterosexual primario –al contrario de la forma característica secundaria cuya estructura compleja discutiremos más tarde– se transforma en algunos casos en una perversión grave, mientras que en otros se invierte, mediante una supercompensación absoluta, en un bloqueo total de cualquier relación con las mujeres. En estos casos la

voluntad de poder desarrollada dentro del cuadro de la supercompensación se desplaza al campo de la homosexualidad, de modo que produce casos puros de homosexualidad activa (sádica) y absoluta en el hombre. Tengo la intención de abordar estos problemas en un trabajo posterior.

Además, de la misma manera que en un caso se imponen de forma modificada las influencias de la infancia, en el otro son las realidades de la vida, en la que entra el adulto, que en forma de coacciones prácticas ejercen una tendencia contraria a ciertas orientaciones sentimentales fijadas en el inconsciente o empujan hacia la supercompensación de las mismas. Este fenómeno se produce sistemáticamente en la relación característica de hombre a hombre. Es imposible que esta relación –estamos hablando aquí de un cuadro general de desarrollo donde la homosexualidad sólo interviene como impulso inconsciente y como sujeto de conflicto latente– quede determinada exclusivamente por la actitud masoquista pasiva.

La persistencia de una disposición de estas características perjudicaría de tal forma al individuo en sus condiciones de existencia, constituiría tal desventaja en su lucha por hacerse un sitio en el mundo, que tiene que desaparecer o ser corregida por factores de supercompensación. Evidentemente, esta evolución posterior ya no se da en forma de motivos sexuales reconocibles. Estos procesos se ubican de hecho en el verdadero terreno de las luchas por el

poder y la imposición de la propia personalidad cuyo cuadro clásico nos trazó A. Adler.

Pero volvamos a nuestro verdadero problema: la relación de los sexos entre sí y su interacción con los grandes factores patógenos, la pareja antagonista sadismo/masoquismo y sus formas típicas en el hombre y en la mujer.

Concibo en estos procesos una corrección típica de la homosexualidad que se realiza de nuevo en forma de compromiso. En el transcurso del desarrollo de la mayoría de las personas –en todas en las que no inciden unas condiciones psíquicas muy particulares, es decir, sobre todo, conflictos especialmente intensos con actitudes incestuosas heterosexuales particularmente fuertes y también fuertemente reprimidas– se impone la sensibilidad heterosexual, que es a la vez la más extendida y la más intensa en las disposiciones naturales. Sin embargo, tal como ya apuntamos, el componente homosexual en su forma primaria innata no tiene ni mucho menos una relación antagonista con el componente heterosexual, sino que en su determinación biológica constituye un componente auxiliar de la misma. Mas esta homosexualidad primaria seguramente no se ha podido conservar en ningún individuo ya que ha sido modificada por las imbricaciones de pulsiones que hemos discutido aquí, mientras que en su forma "secundaria" establece un antagonismo marcado con la sensibilidad heterosexual.

En casi todas las personas se crea un estado de incompatibilidad absoluta entre la homosexualidad y la heterosexualidad. A mi modo de ver, la corrección de este estado se produce de dos formas. O bien el componente heterosexual se transfiere al objeto homosexual, aunque conserva su carácter cualitativo –son los casos de homosexualidad absoluta– o se produce lo contrario: el factor homosexual se dirige, en la forma cualitativa que ha adoptado en el curso de su desarrollo, al objeto heterosexual[22].

Ya hemos formulado las dos formaciones típicas de los impulsos antagonistas en los dos sexos: sadismo heterosexual y homosexualidad pasiva en el hombre, masoquismo heterosexual y homosexualidad activa en la mujer. A partir de estas premisas se produce la reinversión en tanto que transferencia de ambos componentes homosexuales al otro sexo. En el hombre, el masoquismo homosexual original se orienta hacia la mujer, y en la mujer la actividad lesbiana se orienta al hombre [23] . Con esta reinversión de los

---

22 Sobre la existencia y la esencia de rasgos homosexuales orientados a objetos heterosexuales, ver la obra maestra de W. Stekel, Onanie und Homosexualitat.

23 La novela corta de H.H. Ewers “Der Tod des Barons Jesús María von Friedel” (La muerte del conde Jesús María von Friedel) que forma parte de la recopilación “Die Besessenen” (Los poseídos), y que constituye una obra maestra en el plano psicológico, nos proporciona un cuadro casi único de este estado psíquico. El relato trata de la vida interior de un hombre que se siente periódicamente mujer y se presenta como travestí; en cambio, en los otros períodos se ve claramente el carácter contrario, de modo que se produce un “second état” a partir de una sexualidad ambigua. En sus períodos

componentes homosexuales, la dualidad antagonista queda ubicada en su conjunto en la heterosexualidad, que a partir de este momento se convierte en el terreno del conflicto interior. La gran pareja de instintos sobre la que se sustenta el conflicto interior ha finalizado de esta manera su desarrollo y ha adoptado su forma definitiva y característica para lo no perverso.

En ambos sexos, los dos componentes de la dualidad antagonista sadismo–masoquismo se orientan desde ese momento al mismo objeto, al objeto heterosexual, y de esta manera se dirigen el uno contra el otro en tanto que fuerzas opuestas de supercompensación recíproca en competencia directa.

Y de esta manera nos hemos acercado a los verdaderos problemas de nuestro estudio. Se nos plantea la pregunta siguiente: ¿qué significado tiene la integración de los componentes devenidos homosexuales del gran conflicto interior para la relación entre los sexos?

De entrada, tenemos que tener en cuenta que nos hallamos ante un proceso de supercompensación rectificadora. El masoquismo del hombre redireccionado al objeto heterosexual actúa ahora contra su sadismo heterosexual y la

femeninos, este hombre se siente atraído por mujeres lesbianas. Lo importante para nosotros es que el personaje se siente (en este estado de ánimo) mujer y se experimenta cualitativamente como tal mientras su elección objetual sigue siendo heterosexual.

actividad lesbiana de la mujer orientada al hombre actúa contra su masoquismo heterosexual.

Hemos visto que el masoquismo del hombre tiene la tendencia de base de “querer ser mujer” y la actividad lesbiana de la mujer el significado de base de “querer ser hombre”. La integración de estos componentes en la relación recíproca entre hombre y mujer tiende a ejercer un efecto de compensación respecto a la diferencia entre los sexos.

Y esta tendencia de compensación tiene un significado teleológico muy elevado. Tenemos que tener en cuenta que los tipos psíquicos “virilidad” y “feminidad”, tal como los conocemos en la actualidad, son un producto artificial, un resultado de la adaptación a las condiciones existentes. El orden familiar actual sigue basándose en la dependencia de la mujer del hombre. Tiene como condición básica en la relación sexual la voluntad de poder del hombre frente a la mujer y la tendencia a la sumisión de la mujer al hombre, creando de esta manera una adaptación de ambos sexos a la forma de relación recíproca que les fue impuesta. Dicho con otras palabras: el sadismo del hombre y el masoquismo de la mujer se convierten, por la presión de las condiciones existentes y por la modificación de la sensibilidad producida por esa misma presión, en los rasgos característicos generales de los tipos correspondientes a la “virilidad” y “feminidad” tal como los conocemos en la actualidad.

Es evidente que la constitución de estos dos tipos se opone diametralmente al verdadero sentido del individuo y de la relación, a la maduración de las propias predisposiciones individuales y al establecimiento de un contacto íntimo y recíproco.

El hecho de que supongan un eterno cuerpo ajeno para los anhelos innatos e indestructibles de la naturaleza humana demuestran los intentos desesperados del inconsciente para corregirlos y superarlos por medio de la supercompensación.

Sin embargo, la integración del masoquismo por el hombre y de la actividad lésbica por la mujer en la relación mutua –es decir, la tendencia de cada una de las partes a identificarse con el otro sexo– no sólo significa una aspiración a la compensación, sino también a la subversión de las condiciones existentes de dominación y sumisión.

Como todos los componentes instintivos integrados en el conjunto antagonista, apunta más allá del verdadero sentido biológico, de la funcionalidad biológica real. Precisamente, esta es la esencia del concepto de la supercompensación.

La actividad lésbica de la mujer, traspuesta al hombre actúa, pues, de dos maneras dentro de la relación mutua: por una parte, como voluntad de igualdad y, por otra, en tanto que impulso supercompensado e hipertrófico, como

“voluntad de poder” y protesta antisexual. En tanto que voluntad de igualdad de los sexos esta tendencia es el portador de todas las aspiraciones de la mujer dirigidas a la diferenciación espiritual y al desarrollo libre de la relación recíproca. En su forma hipertrófica representa el miedo constante, e independiente de las razones reales, a la posibilidad de sumisión –el miedo a la tendencia masoquista propia– por lo que excluye en definitiva las posibilidades de una relación sentimental directa y espontánea.

El masoquismo del hombre, traspuesto a la mujer, comporta por una parte un compromiso con la protesta de la mujer y se transforma en muchos casos en la expresión –ciertamente supercompensada– de una necesidad de contacto a causa de la igualdad. Se trata del gesto resignado del hombre que ha renunciado al reconocimiento de la propia persona dentro de la relación.

Por otra parte, constituye un rasgo esencial de todo impulso supercompensado perteneciente a un complejo antagonista que cada elemento alimente a su propio antagonista. Dicho de otra forma: la tendencia masoquista del hombre en tanto que factor exagerado y proyectado más allá de la igualdad de los sexos produce una contrapresión en el propio interior; no permite descansar en ningún momento el impulso de la conservación de la individualidad amenazado por las tendencias al autosacrificio y lo hace aflorar constantemente como impulso de una autoprotección exagerada, del rechazo y de la venganza.

Forma parte de la naturaleza de un intento de corrección mediante la supercompensación que, en última instancia, siempre conduce a la lucha de los extremos y no al equilibrio psíquico, ni en el interior del individuo ni en la relación de los individuos entre sí. No obstante encierra lo mejor que tenemos: el anhelo de relación.

(1920)

CARTA DE ERICH MÜHSAM A SIGMUND FREUD

Hoch Geehrter Herr Profesor,

Debo darle las gracias por la curación de una grave histeria que su discípulo, el Dr. Otto Gross, de Gaz, ha conseguido sobre mí mediante su método. Espero que la relación de un paciente sobre un tratamiento catártico extraordinariamente exitoso tenga para Ud. el suficiente interés para excusar esta carta.

Padecía de síntomas patológicos severos: fuerte irritabilidad que conducía a ataques de rabia que acababan en estados nebulosos durante los cuales quedaba tumbado, inmovilizado cualquier control sensorial, sin poder conseguir la energía necesaria para moverme y cambiar la situación existente. A veces, los ataques me llevaban a estados de total confusión mental e incluso al disfuncionamiento de

algunos sentidos, como una ceguera temporal completa. El Dr. Gross, con quien mantenía una buena relación amistosa, me aceptó en tratamiento después de mi demanda. El éxito superó todas las expectativas. Fui completamente curado en el espacio de unas seis semanas.

Desearía que conociera las observaciones que hice durante este tratamiento. Mis dones poéticos me permitían, de una manera particular, encontrar asociaciones de palabras apropiadas y, con estas y muy rápidamente, largas cadenas de pensamientos, lo cual me procuraba no solamente preciosas ideas sobre mi manera de pensar, sino que también me aportaba un conocimiento de extraordinario valor sobre la naturaleza de mi producción artística y, a través de mis recuerdos subconscientes, me permitía contemplar claramente todo mi desarrollo.

Observaba progresivamente cómo la naciente capacidad de remontar los síntomas de mi enfermedad hacia sus orígenes profundos comportaba cada vez más la desaparición de estos síntomas, y podía constatar cómo, a veces, a través de una pregunta del médico y la consiguiente respuesta con sus asociaciones, de pronto un pedazo entero de enfermedad caía. De igual forma, fuera de las sesiones y después de acabar el tratamiento, el método continuaba funcionando automáticamente en mí, cuando me fijaba espontáneamente en un objeto, una palabra, una impresión liberando criptoamnesias y de esta forma me liberaba de otras inhibiciones de peso.

Como escritor estaba particularmente interesado en el funcionamiento de su sistema. Encontraba que su valor residía, sobre todo, en el hecho de que la tarea del médico consistía principalmente en lograr que el paciente se convirtiera él mismo en médico. Se incita al paciente a hacer el diagnóstico de su enfermedad. A partir de este diagnóstico es él quien conduce luego su propio tratamiento. Es llevado a no interesarse más en él mismo como individuo sufriente sino en el sufrimiento mismo. Objetiva su condición. No se considera importante como paciente a compadecer, mártir afectivo e histérico en busca de cura, sino como alguien que no siente ya la enfermedad y únicamente la apercibe. Esta transformación de sensaciones subjetivas en valores objetivos es el proceso de la cura.

Temía que el tratamiento paralizara mi productividad lírica, visto que la productividad artística consiste, finalmente, en la proyección directa de procesos subconscientes en un vivido sensorial sin elaboración intelectual. Creía que el simple hecho de acceder psicológicamente a tal proceso bastaría, en adelante, para levantar un juicio intelectual concerniente. Hoy puedo declarar con placer que tal aprehensión no se concretizó. Al contrario, con la supresión de numerosos obstáculos que se habían instalado en lo más profundo de mi mismo, mi psiquismo se ha vuelto más sensible y reacciona más fácilmente a las influencias que estimulan la productividad artística. La diferencia con lo que sucedía antes sólo se observa después de la producción. Mi

sentido crítico conmigo mismo es ahora mucho más agudo. Mientras que antes miraba mis poemas, incluso pasados los años, con un sentimiento de impotencia y de extrañeza, como en el momento de su creación, hoy soy capaz –retroactivamente e incluso sólo algunas horas después de su concepción– de reconocer los lazos subconscientes que unen el clima del poema a su composición. Los acontecimientos que inspiraron el poema no viven así más en el subconsciente durante el proceso de creación y más tarde, cuando se aprecia la producción acabada, pueden ser vueltos sin dificultad a la superficie.

Perdone haberme lanzado, yo que no soy médico, a la disección profunda de su sistema. Creo, sin embargo, que es justamente mi capacidad de percibir tan claramente el método del tratamiento a la que debo mi cura, lo que ha permitido que esta fuese tan rápida y tan segura. No dejaré de atribuir, no obstante, al Dr. Gross el mérito principal del éxito. El tratamiento no hubiera sido posible sin la inteligencia de sus preguntas, la competencia de sus respuestas a mis construcciones psíquicas y su actitud llena de amabilidad, de consideración y de discreción hacia el paciente que se expone a una... confesión muy comprometedora. Sin embargo, no querría sobre todo olvidar que mi médico nada hubiera podido hacer sin su genial sicología. Les debo pues a los dos el alivio de un peso que me oprimía de forma interminable, así como el enriquecimiento de informaciones infinitamente valiosas.

Le ruego acepte, en la forma de esta breve exposición, mi gratitud más sincera y calurosa.

Su muy afectísimo, Erich Mühsam, escritor.

Múnich, 28.5.1907

DOS CARTAS DE OTTO GROSS [24]

Para llegar a Otto Gross: Una fantasía literaria

En 1986 yo vivía en Viena. Alquilaba un departamento en la Sterngasse, el corazón del barrio judío, una calle en el centro de la ciudad. Había llegado cuatro meses antes, en diciembre de 1985; disfrutaba por primera vez de mi año sabático. El departamento era minúsculo y estaba lleno de libros. El dueño, Johann Baldanza, profesor de literatura austríaca, vivía en Yale y yo le arrendaba el departamento. Los azares de la vida académica me llevaron a estudiar la

---

24 Se reproduce aquí parcialmente un capítulo de la obra de José María Pérez Gay, La profecía de la memoria (2011), dedicada a ensayos sobre escritores centrales de la literatura alemana. En esas páginas de periodismo literario el autor ofreció fragmentos pioneros de escritores como Musil, Kraus, Broch, Roth, Canetti, Elias, Kafka, Arendt, Celan: trozos de diarios, cartas, aforismos, ensayos, relatos.

cultura vienesa del novecientos. Tenía una ventaja: había estudiado en Berlín Occidental, hablaba y escribía alemán, conocía las fuentes directas y las investigaba sin dificultad. Había vivido dos años en Viena, trabajando como agregado cultural en la Embajada de México.

Los meses que pasé en Austria fueron ricos teórica y vitalmente. Por el contrario, el intercambio con amigos y conocidos fue casi nulo. Al comenzar el año de 1985 me había apartado de México. Vivía inmerso en la historia del Imperio Austro–húngaro. Viena era, para mí, una ciudad más que inventada, reconstruida por la memoria y la imaginación de la literatura. Julio Cortázar decía en uno de sus libros que después de conocer Viena no seguía recordándola como la había visto en la realidad, sino como la imaginaba antes de conocerla. Me sucedía lo mismo. Yo la recordaba más bien como la Viena que describió Robert Musil en su novela El hombre sin atributos.

Mi idea fija y secreta era escribir un libro de ensayos sobre cuatro escritores austríacos. Mi propósito: unir la tensión finísima y poderosa de la novela, el amor a la biografía y el rigor de la historia social y literaria. Si lograba salir adelante de esta encrucijada rara y dichosa escribiría una suerte de mosaico biográfico durante el crepúsculo del Imperio. Me unían a estos autores afinidades artísticas e intelectuales, debates filosóficos y políticos. Me dispuse a pasar esos meses leyendo relatos desaforados e inolvidables: tristes historias de amor, terribles lecciones políticas, críticas de libros

magníficos, aforismos, cartas, diarios de escritores desesperados que vivían el derrumbe de un imperio, la certeza de la desesperanza y, al final, la literatura como un antídoto contra el veneno lento de la realidad.

Recuerdo esa mañana de abril en la Biblioteca Central de Viena. Una mujer rubia y regordeta me entregó mi trabajo de esa semana: siete legajos de papeles, notas y manuscritos, una carpeta azul cuya tapa tenía un letrero amarillo y un escudo de la Universidad de Viena: Joseph Roth: Crónicas periodísticas y correspondencia. Pasé dos meses leyendo la correspondencia de Roth; cada una de sus cartas fue un descubrimiento y, con frecuencia, un encantamiento. La prosa de Roth me sedujo pero también su vida secreta, mitad galiciana, mitad vienesa y mitad exiliada. Su mitomanía me dejaba perplejo. Nada más alejado de la novela catedralicia que la sencillez de sus relatos; nadie como él examinó el trasfondo irracional y angustiado del Imperio Austrohúngaro en su crepúsculo y la transformación de esos impulsos en una nueva e incontenible nostalgia. Náufrago de todos los mares, peregrino en todas las tierras, Joseph Roth consideró en 1939 la posibilidad de emigrar a México.

Me sorprendió leer que Miguel Grübel, su primo, vivía en la colonia Hipódromo Condesa de la Ciudad de México; en sus cartas, Roth le preguntaba una y otra vez sobre las condiciones para obtener la visa mexicana de residencia. Grübel le escribía que habitaba un departamento frente al

llamado Parque México, donde los encinos empezaban a crecer.

Esa mañana apenas le di un vistazo a las crónicas y reportajes porque, revisando la correspondencia de Roth, encontré dos cartas que, por error o negligencia, algún empleado del archivo había puesto en el mismo atado. Las cartas me sorprendieron. No conocía al autor, ni a la destinataria de una de ellas; un mensaje largo y escrito con pluma fuente gruesa, tinta color negro, siete hojas en la caligrafía alemana de principios de siglo, apretada y casi indescifrable, que habían sobrevivido al poder corrosivo del tiempo. El papel tenía grabado en el extremo superior derecho un nombre en letras de molde: Dr. Med. Otto Gross, neurólogo y psiquiatra. Fotocopié las cartas y las guardé en el portafolios.

Al anochecer, regresé a mi departamento, rendido. Cené en la cama y releí las dos cartas. La primera fechada en junio de 1908; la otra, en julio de 1914. Para mi sorpresa, la primera estaba escrita en un manicomio: la clínica psiquiátrica de Burgholzli, en Zürich, Suiza. Mi repentina fascinación no era inexplicable: un médico psiquiatra, al parecer muy conocido, se encontraba cautivo –bajo protesta– en la clínica. En la primera carta le pedía auxilio a una mujer, cuyo nombre, Frieda von Richthofen, me remitía al Barón Rojo, Manfred von Richthofen, un héroe de la fuerza aérea alemana durante la Primera Guerra Mundial. El doctor Otto Gross mencionaba además su propia adicción a la morfina, explicaba que Sigmund Freud había ordenado su

internamiento, y que su médico, el doctor Carl Gustav Jung, había equivocado el diagnóstico con la intención de mantenerlo en cautiverio. Hablaba con furia del psiquiatra suizo, como de un loco iluminado y convencido de que "sin la ayuda de los gurús gnóstico–mitríeos que habitaban en un espacio atemporal, la Tierra de los Muertos, nunca hubiera podido llegar al descubrimiento de la psicología analítica del Inconsciente colectivo" ni, mucho menos, a los Arquetipos, sus pequeños dioses. Según Otto Gross, Carl Gustav Jung, el psicoanalista suizo, creía ser un Dios; Parsifal, el héroe wagneriano, era para él un Cristo pagano y redentor, y en su adolescencia se dedicó con devoción a los misterios wagnerianos de Parsifal. En esa época, Jung imaginaba ser miembro de una orden secreta cuya misión era salvar el Santo Grial. En el fondo –decía Gross–, era un gran simulador. Además, Gross temía que su padre –un jurista muy poderoso– se hubiera confabulado con Jung para encerrarlo en la clínica; en esas líneas protestaba ante la injusticia. Todo me parecía increíble.

La segunda carta –escrita seis años después y dirigida también a Frieda– apareció publicada en una revista, una carta abierta en Die Zukunft*, que dirigía el escritor Maximilian Arden. No sin dificultad –de nuevo el asunto de los manuscritos alemanes– volví a leer la primera carta; había algo en su tono que me convenció de las realidades que el autor describía. Un caso que encerraba otra historia de la cultura vienesa:*

Frieda [Weekly von Richthofen]:

Desde el 11 de mayo me encuentro internado en la clínica psiquiátrica de Burghólzli. Sigmund Freud firmó la orden de reclusión, Ludwig Biswanger la confirmó y Carl Gustav Jung se hizo cargo de mi terapia. Jung me ha diagnosticado *dementia precox* –una enfermedad inexistente–. Carl Gustav Jung es un antiguo conocido y ahora mi juez más severo: tiene a su cargo mi tortura. Me han encerrado en este manicomio y afirman que padezco una adicción incurable.

Ayer logré conseguir una pluma estilográfica y tengo conmigo algunas hojas en mi maletín, puedo escribirte sin muchos problemas. Te preguntarás cómo he llegado hasta este sitio. Ha sido una confabulación vasta y siniestra, fariseos conjurados para desaparecer y destruir a un disidente cuya actitud crítica y anárquica no podían ni pueden soportar. Y el método fue la utilización criminal de la teoría psicoanalítica por un fanático llamado Carl Gustav Jung, cuyos interrogatorios encarnizados y lascivos parecían excitarlo hasta el orgasmo.

Aquí, en las catacumbas de los conspiradores, sótano de los enfermos mentales, ya no soy un psiquiatra, sino un paciente más y todo me amenaza. Vivo en un cuarto que es

–aunque lo disfracen bien– una celda. Mi sensación de desamparo en este manicomio se convierte pronto en desasosiego y después en rabia.

¿Contra quién? ¿Contra mi padre que me ha traído hasta aquí, o contra mi amigo Carl Gustav Jung, médico todopoderoso, psiquiatra invencible, quien me trata como si fuese un demente? Contra ambos. Si se trataba de apartarme de mi adicción a la morfina o a la cocaína existen terapias más seguras; pero no esta cárcel llena de venerables letrinas. El síndrome de abstinencia me asalta en las noches, cuando pasa el efecto de los sedativos y regreso a la gruta de la opresión; busco entonces en el baño una dosis de morfina, me imagino una jeringuilla oculta detrás del excusado. Alucino. No hay nada. Me dan citas sin fecha para que siempre aguarde, retrasan dos o tres días la consulta. [...]

Mi padre quiere destruirme; no me perdonará un solo error, si me descuido seré una más de sus víctimas. El profesor Hans Gross es, al mismo tiempo, juez y policía. En cambio, Jung me ha diagnosticado *dementia precox*, una enfermedad que nadie puede definir, un invento del profesor Kraepelin. Jung olvida que él se analizó conmigo y que conozco su patología. Recluido en este manicomio, me he sometido a su terapia, una tortura. Ante sus colegas afirma que tiene la esperanza de curarme pronto.

Carl Gustav se ha convertido en mi verdugo, como si no nos conociéramos desde hace tantos años, como si yo no

hubiese sido a la vez su psicoanalista, y no me debiera su dominio de la teoría psicoanalítica. Quiero salir de aquí cuanto antes. Los psiquiatras reconocen a los verdaderos dementes sólo cuando, después de su internamiento, logran el espectáculo de la conducta exasperada y la camisa de fuerza. La diferencia entre los psiquiatras y los otros enfermos mentales es la misma que existe entre la locura convexa y la cóncava. Los psiquiatras "cultos" sólo pueden leer de derecha a izquierda: contemplan la vida como caminos en la niebla. Además, describen con maestría los síntomas de la enfermedad, que coincide siempre –por una insondable casualidad– con la enfermedad imaginaria del paciente. Siempre he creído en la índole moral –la naturaleza práctica– del error. La solemnidad y la soberbia son productos de voluntad perversa o de razón extraviada. [...]

No quiero dejarme confundir por la desesperación. El psicoanálisis no es una revelación divina, ni tampoco la transformación de nuestra naturaleza; cuando mucho es un método para disminuir un poco, casi nada, nuestra indigencia erótica y sexual, así como para detener siquiera por unos años la catástrofe social que se aproxima. Karl Kraus tiene razón: el psiquiatra se comporta ante el neurólogo como el astrólogo ante el astrónomo. En la ciencia de la psiquiatría, la interpretación astrológica siempre estuvo presente. En primer lugar los cuerpos celestes determinaron nuestro destino: después llevábamos en el pecho el destino de las mismas estrellas. Luego llegó la teoría de la herencia

y todo cambió. Ahora Sigmund Freud nos impuso un nuevo alfabeto, leímos de otro modo nuestras experiencias. Las estrellas no están en nuestro pecho sino en los pechos de nuestras nodrizas. Todo depende de cómo nos alimentaron. Si nos gustó o no su leche, y nuestras madres y sus nodrizas serán cruciales para el porvenir.

Si escapo algún día de este infierno, quiero verte. ¿Dónde? ¿En Múnich? ¿En Ascona? ¿En París? La asociación libre es inevitable: ahora regresan a mi memoria nuestros días en Múnich, cuyas calles desiertas nos gustaba recorrer a las altas horas de la noche, turbando el sosiego de los gatos, que huían espantados al vernos pasar. ¿En el Café Stephanie donde te vi la primera vez? Siempre que llegan noticias tuyas, pienso en el mundo que ambos descubrimos: tu alegría y tu asombro al descubrir que eras una mujer multiorgásmica, los días encerrados en aquel departamento de Schwabing. Tomarte por los hombros, apretarte contra mí y besarte en plena boca –la mujer que me enseñó a besar. Tiempo de explorarte, de buscarte con los dedos y la boca antes de sentir el arco de tus piernas y entrar en una brasa viva, enredarme en lianas rubias, besar esas brasas cuantas veces sea necesario, quemarme y sentir dedos como de bronce que me acarician mientras una voz rota y jadeante repetía “ahora, ahora”, pedía “más, más”, me nombraba “Otto, Otto”, me definía “amor, amor”, escogía “así, así”, hasta un primer abandono que no duraba mucho y luego bebía las riadas de ese Nilo.

Después el goce de untarte el cuerpo con esas esencias extrañas que, según tu hermana Nusch, procedían de Ceylán. Sí: festejaba entrar en ti tantas veces como fuese necesario. Nuestros cuerpos inventaron un ritmo y una entrega casi absolutos. Me volvía loco cuando tenías esa cadena interminable de orgasmos prolongados. Debo confesarte algo: jamás imaginé que una mujer pudiera eyacular sin límites. Tú eras el hombre por instantes; yo, la mujer. Me parecía increíble tu placer, terminabas extenuada, pero el poco aliento era suficiente para no permitir que te arrebataran el impulso. Mientras la fuente brotaba incesante, te subías encima y el equívoco hacía más efusiva la intensidad de la recepción. ¿Por qué recuerdo ahora todo esto?

Salía del apartamento de Schwabing lleno de ti, te sentía como bien perdido y ansiaba nuestro próximo encuentro, me perseguía tu olor. Los olores se guardan por sí mismos; pero lo que en realidad sorprende y causa asombro es que existan ciertos olores que pueden “guardarse” tal como se guarda cualquier objeto, y si digo ciertos olores –como el olor de tu sexo– es porque me refiero a los que uno ha creado, y que por lo tanto forman parte de una vida, es decir, aquellos olores que son propiedad de uno, y de los que uno se ha posesionado, a diferencia de aquellos otros que no tienen dueño y cualquiera puede guardar, como, pongamos por caso, el olor de una flor o de una sustancia cualquiera, que es patrimonio de todos. Debemos darnos cuenta de que un olor es una vida, y que habrá que vivirlo y habrá que

forjarlo. En realidad un olor es una vida, en definitiva: una obra.

Quizá algún día nos daremos cuenta de que, en nuestra civilización, la monogamia es el verdadero crimen; que en el orden existente de las cosas, nuestra sociedad nos impide vivir y que sólo nuestros cuerpos pueden llegar a redimirnos. No quiero irme de estas líneas sin antes decirte, Frieda, que eres la encarnación de esa certeza. Siempre te dije –y te lo vuelvo a decir ahora– que eres la mujer del futuro. Nunca pierdas la fuerza de la resistencia, el orgullo de ser mujer. Por tu modo de fascinar a los demás, por tu vida secreta, porque naciste para la libertad y sólo para la libertad, debes permanecer fuerte. No debes derrotarte, ni mucho menos permitir que te derroten y te humillen.

En algún apartado rincón del universo centelleante –perdido en innumerables sistemas solares– existió alguna vez un astro en el que animales inteligentes –si recuerdo bien a Nietzsche– inventaron el conocimiento. Se convirtió en el instante más altanero y falaz de la historia de esos animales; sin embargo, fue sólo un instante. Millones de años después, el universo se sacudió con inmensos estertores, nuestro astro se congeló y los animales inteligentes desaparecieron sin dejar rastro. Si acaso hubiéramos inventado esa fábula, no habríamos ilustrado qué lastimoso, sombrío y caduco, qué estéril y arbitrario es el estado en el que se presenta el intelecto humano dentro de la naturaleza.

Veo el manicomio a la hora del cierre de las oficinas, cuando todos se van y apagan las luces. La clínica psiquiátrica de Burghólzli es una fortaleza sitiada por sus mismos habitantes. Es la hora de la desolación, sólo quedan enfermeros y celadores. Los esbirros de Carl Gustav Jung llegan por mí, me conducen a mi cuarto. Sé que por muy breve tiempo Jung y yo fuimos amigos. Poco después nos odiamos como se odian los verdaderos enemigos, fue una ruptura abierta. Entre todas las rutas a mi alcance elegí siempre la de perfeccionar la realidad; el opio y la morfina me han ayudado.

¿Dónde está Peter, tu sobrino, mi hijo; su madre, tu hermana Else? Peter es un fantasma que me asedia, otra cuenta que debo y nunca he podido pagar. Mi hijo me persigue, quiero verlo y reconocerlo. Además, quiero explicarte por qué también mi esposa, Frieda, acepta sin motines emocionales nuestros vínculos. Cuando estaba con ella recordábamos siempre a las hermanas Else y Frieda von Richthofen; yo me enardecía siempre pensando en ti y en tu hermana, me envolvía el excitante espejismo de estar juntos... todos juntos.

Else ha desaparecido de mi vida: Elisabeth, Else, Amélie Sophie von Richthofen. En el fondo, aunque no quieras aceptarlo, el profesor Max Weber, su consejero, vive enamorado de ella. Hace más de un año le envié un ensayo para su publicación en el Archivo de las Ciencias Sociales. Weber, tú lo sabes, lo rechazó con una furia digna de mejor causa. En esa ocasión Else me transcribió fragmentos de su carta: un

auténtico ataque de celos del profesor enamorado, el Otelo de Heidelberg, el gran acróbata de la represión. El sabio profesor alemán no es sino un analfabeto de sus emociones. Else se equivoca: Weber no es un hombre de brazo fuerte y corazón generoso[25].

Si tomas el camino que siempre acostumbras recorrer, donde te aguarda alguien que te odia desde hace tiempo, te ataca y asesina, hablamos de la necesidad de los hechos: premeditación, alevosía y ventaja.

Si tomas el camino que nunca habías recorrido, donde alguien aguarda a otra persona, porque desea asesinarla y te confunde, se lanza sobre ti y te acuchilla, hablamos entonces de un azar. Al extender la necesidad por la intención o la absurda necedad, hablamos de un desafío del destino.

El azar puede tomar formas todavía más extrañas. Por ejemplo, caminas por un sendero que desconoces, muy lejos de tu rutina diaria, y te sale al paso un loco que te asesina. Desde una perspectiva lógica, el azar y el destino no son antagónicos, sino más bien idénticos. Hans Gross, mi padre,

---

25 Ante estas indicaciones, cabe añadir que Otto Gross fue amante de Frieda von Richthofen, que era esposa de D. H. Lawrence y pariente del legendario Barón Rojo. Simultáneamente intimaba con su hermana Else von Richthofen, casada con el economista Edgar Jaffé, a la que embarazó. Antes de su ruptura con Gross, Max Weber fue el padrino de aquel niño que llevó el mismo nombre que el hijo que Gross tuvo por esa época con su propia esposa, Frieda Schloffer (Grupo Appeler, s/f).

ha tejido esa madeja de trampas y delaciones que me han traído hasta el manicomio de Burghólzli.

Tres horas después.

Ha transcurrido mucho tiempo.

La demostración, a lo lejos, de que existes.

Al cabo de la tenaz vigilancia de los enfermeros llega la noche y su sosiego. Ha pasado la barahúnda de los enfermos que escapan de la realidad, el carnaval de los dementes que gritan, se mueven, se distorsionan y juegan todo el día; tal vez sus hemisferios cerebrales dañados vean una imagen indescifrable y perpetua. Después ingresamos en nuestras celdas o cuartos, cierran las puertas y nos cubre el silencio. Frieda, ¿por qué en todo el mundo sólo hay este cuarto miserable para mí? ¿Sólo por mi consumo de opio y morfina?

En la esperanzada soledad de la noche, te siento regresar como antes. ¿Recuerdas mi deseo de ocultarme, de no transigir con los fariseos, de permanecer siempre a tu lado? Cuántas veces he estado esperando que alguien abra las puertas de esta prisión. En el manicomio de Burghólzli –lo conozco de memoria, ya estuve aquí otras veces– nada ha cambiado. La morfina me ha dado la vida y, quizá, algún día me dé la muerte.

No sé qué tiene el aire de estas paredes, pero no es aire. Me asfixia y duele. No puedo seguir escribiendo, apagan las

lámparas del corredor muy temprano, además se acabó la tinta de esta pluma, ojalá logres descifrar estos signos y garabatos. Todo me punza. Cuánto daría por verte y oírte; ahora tener entre mis manos tus cabellos; ahora embeberme en tu sexo. Frieda, que tú existieras. ¿Qué viento me dirá que me has oído? Si recibes estas líneas, será la señal de que soborné al celador y, si tengo fortuna, el próximo lance será escapar de este manicomio. Por favor: si llegaras a recibirla, no acuses recibo de esta carta.

Otto.

Estimado señor Harden: [26]

Por el decreto del 9 de enero de 1914, el diario oficial de Viena dio a conocer que he sido privado de mis derechos. Quiero decir: por mi supuesta locura, me han retirado mis derechos ciudadanos. Mi padre será a partir de hoy el encargado de mi tutela y, sobre todo, de mi vigilancia. Les suplico

---

26 Como decíamos, la segunda carta de Otto Gross a Die Zukunft (El futuro) estaba destinada al director y escritor Maximilian Harden. La carta se publicó en la revista y apenas se distribuyeron algunos ejemplares, porque la Primera Guerra Mundial estaba a punto de comenzar.

como sólo puede suplicar alguien que está en el fondo del infierno: por favor, ayuden a mi mujer y a sus hijos. Es mi absoluta voluntad que Frieda Shloffer de Gross, mi esposa, conserve sus derechos de madre; que ella –y sólo ella– tenga derechos sobre sus hijos. No sólo me han privado de mis derechos, sino me han retirado también toda posibilidad de garantizar sus derechos y su libertad. Sé que Frieda vive con la angustia de que mi padre le quite a los niños. Esa posibilidad existe ahora más que nunca. ¡Ayúdenla, por favor!

Mis hijos –que nacieron para ser libres y que representan una esperanza viva para el futuro– no pueden caer en las manos de mi padre... No quiero imaginarme el destino de los pequeños bajo su tutela, no quiero imaginarme el estado anímico de su madre. Y repito: me han confinado y no puedo defenderlos.

Quiero narrar lo que ha sucedido y el estado que guarda mi caso: Después de que me deportaron de Berlín como un delincuente extranjero (por mi adicción a la cocaína), se me puso ante la alternativa: retirar mis derechos o suprimir el carácter subversivo de mis ideas. Hay tres acusaciones en mi contra, que hablan de mi persona como un ser peligroso y antisocial. Sin embargo, creo que puedo responder a fondo por lo que hice. No estoy dispuesto a aceptar que los logros de mi vida –todo lo que he escrito y vivido– sean ahora una manifestación patológica de mi personalidad.

La primera acusación: el 7 de mayo de 1906, le di a la

señorita Lotte Chatemmer, en Ascona, Suiza, el veneno que me pedía para suicidarse. Es cierto, pero no es toda la verdad. Ya lo he dicho en otra ocasión: se lo proporcioné y, de esa manera, le evité una muerte más dolorosa. Debo decir que hice todo lo posible para evitar el suicidio. Le di el veneno poco antes de marcharme de Ascona, pero regresé a verla y le pedí otra vez que me acompañara a la ciudad de Graz; en todo caso, que me permitiera ayudarla, que aumentara las sesiones de su terapia. Dejé el veneno en sus manos, porque estaba convencido de que Lotte Chatemmer se quitaría la vida, y nada ni nadie en el mundo la habría convencido de lo contrario. Por su patología, Lotte iba a recurrir a la manera más violenta de quitarse la vida; quise darle la oportunidad de evitarlo. Debo decir que no hubo negligencia de mi parte ni, mucho menos, un sentimiento de culpa. En todo momento supe que era incurable la psicosis que padecía. Nunca tuve la intención de que se quitara la vida. Por el contrario, no quise verla agonizando con grandes dolores y tormentos. Desde entonces han pasado más de siete años; sin embargo, no me arrepiento ni me arrepentiré de lo que hice.

La segunda: se me acusa también de ser culpable de la muerte de Sophie Benz. Debo decir en mi defensa que la señorita Benz se envenenó porque padecía de una psicosis muy severa. Me recriminan que no la haya internado en un hospital psiquiátrico. Nunca la habría llevado a un manicomio. Este es mi último consuelo. Deseo comparecer ante

un tribunal y defenderme. Sin embargo, no quiero que mi propia defensa se interprete como un momento más de mi perturbación mental y del peligro público que represento.

Por esa misma razón, les ruego publicar esta carta.

A pesar de que me he extendido más de lo que preveía, sólo he tocado dos acusaciones en mi contra. Sin embargo, hubiera preferido escribir sobre lo que amo y siento. La tercera acusación se puede resumir así: mi permanente insatisfacción y mi crítica irrevocable del orden social existente. Aun así, reducido a la categoría de "enfermo mental", debo decir que mis acusadores mienten. Si uno considera esta crítica como manifestación de mi locura y del enemigo público en que me he convertido, no tengo nada que decir. Aunque creo que primero deberíamos definir el criterio de salud mental. Si la adaptación al orden existente significa "salud", entonces la crítica será, en efecto, una prueba de mi profunda perturbación mental.

Atentamente Dr. Otto Gross

Maximilian Herden, el director de la revista Die Zukunft, añadió un comentario:

El caso Otto Gross

El 9 de noviembre de 1913, cuatro agentes de policía

secreta de Berlín detuvieron al doctor Otto Gross en su departamento del barrio de Wilmersdorf. El doctor Gross, colaborador de nuestra revista, es un médico que se ha dedicado con todo empeño a la psiquiatría y la sociología; sus ensayos sobre neurología se han publicado en anuarios especializados. Los agentes acusaron al doctor Otto Gross de ser adicto a la morfina y a la cocaína, lo declararon "extranjero indeseable", le indicaron que debía abandonar Prusia –el doctor Gross nunca antes se enteró de esas acusaciones– y no lo escoltaron a la frontera de Sajonia, sino que lo llevaron hasta suelo austríaco, donde lo esperaba otro grupo de policías que lo trasladó al manicomio privado de Tulln, muy cerca de Viena, donde permanece recluido. Hemos investigado y podemos decir que no existe ningún proceso judicial en su contra. Sus amigos, personas serias y confiables, aseguran que nunca advirtieron ningún rastro de enfermedad psíquica en la persona de este médico inteligente y talentoso.

Desde el manicomio de Tulln hemos recibido esta carta:

"El padre del doctor Otto Gross –cautivo en el manicomio Tulln– es el mismo profesor y doctor Hans Gross, conocido director del Archivo de Antropología Criminal, célebre criminólogo y magistrado de Austria–Hungría. Padre e hijo

se han separado desde hace tiempo. Sin embargo, las mismas personas que aseguran que el hijo nunca padeció ningún género de locura –la adicción a la morfina había desaparecido, y el consumo de cocaína nunca perturbó su conciencia– certifican también que el padre, profesor Hans Gross, no ha visto ni hablado con su hijo desde hace dos años. Si se quiere evitar un escándalo mayor y conservar el Estado de Derecho en Austria, se recomienda con la debida urgencia establecer una comisión de expertos imparciales que puedan poner en claro esta lamentable situación. El doctor Otto Gross, profesor de psicopatología de la Universidad de Graz, logró liberar del manicomio –gracias a un artículo publicado en esta revista– a una joven recluida de forma ilegal.”

EPÍLOGO

¿POR QUÉ LEER HOY A OTTO GROSS?

Los mejores espíritus revolucionarios alemanes han sido educados y directamente inspirados por él. En muchas de las creaciones poderosas de la joven generación, uno encuentra esa específica agudeza de sus ideas y las consecuencias de largo alcance que fue capaz de inspirar. Otto Kaus (en C. Kallász*, 2004).*

Ocurre a veces que el militante político y el psicoanalista se dan en la misma persona, y que, en vez de permanecer separados, no cesan de combinarse, penetrarse, comunicarse, de tomarse el uno por el otro.

Gilles Deleuze hablando de Otto Gross
(en F. Guattari, 1972).

0. Moldes mentales

"Hace cosa de un siglo, Sigmund Freud perfiló con gran audacia un arquetipo de la mente humana a cuya naturaleza, con una lógica bastante difícil de rastrear a día de hoy, atribuía un componente profundamente irracional, quedando la voluntad humana en no mucho más que una débil carcasa, bajo la cual pugnaban, en violenta ebullición, los miedos y deseos más oscuros e inconfesables. Cien años después, gracias a la aplicación de tan pintoresca teoría en su vertiente práctica, como ingeniería psicosocial al servicio del poder –sea ésta a través de la propaganda estatal o de la publicidad empresarial–, ya podemos afirmar, esta vez sí con cierta objetividad, que la mente humana se va pareciendo cada vez más a ese encorsetado y triste molde en el que Freud quiso reducir toda su inaprensible vastedad y riqueza." Miguel Brieva (2017)

1. Psicoanálisis y militancia

La cita de Deleuze señala el modo en que el filósofo francés resumía la figura de Félix Guattari en el prefacio para el libro *Psicoanálisis y transversalidad* (Guattari, 1972): la rara y sutil confluencia de un psicoanalista y un activista político. Esta

coincidencia también ocurrió, por primera vez, en la figura de Otto Gross (1877–1920), un autor de quien las generaciones actuales lo desconocen todo o casi todo y a quien no podíamos por menos de convocar en esta reedición, trayéndole de su exilio y levantando la maldición que pesa sobre su nombre.

Los primeros pasos de la carrera profesional de Otto Gross se producen a la sombra del padre. En sus textos primerizos hay de hecho un punto de lombrosismo evolutivo que, en todas las ocasiones, sirve para apuntalar las convenciones burguesas y que, sin duda, debe mucho al influjo del viejo Hans Gross. Sin embargo, Otto elige pronto la senda torcida: en poco tiempo se convierte en un negador radical de esas mismas convenciones, en un bohemio que predica el desarreglo de todos los sentidos y cuestiona las instituciones sobre las que asienta su régimen de terror el decadente orden capitalista, y en un luchador por la causa del comunismo matriarcal. El uso de sustancias psicoactivas desde sus veinte años y el descubrimiento del psicoanálisis freudiano algo después contribuirán en forma notable a dicha transformación. Lo curioso es que, por esa confluencia del psicoanálisis y el activismo político, experimentada múltiples veces en su vida, fue víctima de la misma autoridad patriarcal que llevaba combatiendo como médico psicoanalista y autor de artículos programáticos. Hablaba con conocimiento de causa cuando señaló que en el autoritarismo de la estructura familiar como núcleo del

poder estatal radicaba el sufrimiento humano, una miseria generalizada que afectaba al individuo y a la civilización burguesa entera. La fusión del psicoanálisis con el espíritu revolucionario le llevó a abandonar el ámbito estrictamente médico y a alternar su actividad como analista con la de activista político para lo que emprendió frecuentes viajes que le permitieron conocer a los intelectuales más destacados de Alemania y Europa central.

Trabajó como asistente de Kraepelin, a quien quiso denunciar por su ignorancia del psicoanálisis. Acusó a Bleuler de haberle plagiado sus ideas acerca de la "demencia sejuntiva", entidad que anticipaba en cierto modo la noción de esquizofrenia. Décadas después, Manfred Bleuler no reconocería el plagio, pero sí la injusta omisión del nombre de Gross en la historia de la psiquiatría. Silvia Tendlarz lo señala como el primer psiquiatra que formuló una elaboración teórica de la psicosis basada en las ideas freudianas, y también como "el primer psicótico en análisis". Sobresalió entre los iniciadores del movimiento psicoanalítico. Freud lo consideró como una poderosa originalidad. Jones fue iniciado por él en la práctica del psicoanálisis. Fue Privatdozent de Psicopatología de la Universidad de Graz. Carl Schmitt lo nombra entre los principales pensadores del anarquismo, al lado de Bakunin y Kropotkin. Fue amante de Frieda von Richthofen, que era esposa de D. H. Lawrence y pariente del legendario Barón Rojo. Simultáneamente intimaba con su hermana Else von

Richthofen, casada con el economista Edgar Jaffé, a la que embarazó. Antes de su ruptura con Gross, Max Weber fue el padrino de aquel niño que llevó el mismo nombre que el hijo que Gross tuvo por esa época con su propia esposa, Frieda Schloffer. Anticipó algunas de las tesis de Reich, de la antipsiquiatría, de Owen Renik, de los entusiastas del género, de Deleuze y Guattari. Criticó la violencia parental, así como el uso policial del diagnóstico y de la internación. Se analizó sin consecuencias con W. Steckel.

A partir de 1909, Otto Gross divulgaría sus ideas exclusivamente en revistas como *Die Aktion, Neue Rundschau y Die Revolution*, publicaciones que representaban las diferentes tendencias críticas de su época. Su desacuerdo con la psiquiatría oficial y su función represiva consta en un informe aparecido en 1908 en la revista semanal berlinesa *Die Aktion*, órgano del movimiento expresionista[27]. Bajo el título "Violencia paterna" Gross denunció el abuso de la patria potestad en el caso de una joven que había sido su paciente: cuando ella abandonó a su familia, el padre ordenó su arresto y reclusión en una clínica psiquiátrica. En aquel momento Otto Gross no podía saber que, pocos años después, él mismo sería víctima del peligroso vínculo entre

27 Cabe añadir que junto a Franz Jung y al pintor Georg Schrimpf, además de Die Aktion, puso en marcha una revista llamada Die freie Strasse (La calle libre) para difundir, entre otras cosas, el nuevo psicoanálisis de Gross. Esta revista debía ser un trabajo preparatorio para la Revolución que ya se anunciaba en Alemania.

poder paterno y psiquiatría, pero sí advirtió que se trataba de "una peligrosa tendencia general". Acentuando la trascendencia de este primer disidente del psicoanálisis, dicho informe abre el conjunto de ensayos que Horst Rosenberger ha traducido y recopilado con el acertado título *Más allá del diván*, y que publicamos en la inauguración de esta editorial. Lo cierto es que a pesar de que sus ideas renacieron en el movimiento antiautoritario del 68, los textos de Otto Gross no reaparecieron hasta finales de la década de 1970. Basándose principalmente en la selección realizada por la editorial alemana Nautilus, el volumen editado en su momento por Alikornio reúne catorce artículos[28]. porque exponen con suma claridad los principios y el desarrollo de su teoría.

Los textos recogidos en *Más allá del diván* se articulan sobre el conflicto latente entre lo propio y lo ajeno[29], entre

28 A los que hemos añadido la significativa carta de Erich Mühsam a Sigmund Freud sobre el caso Gross publicada en su momento por el colectivo Etcétera. Asimismo se han incluido dos cartas de Otto Gross recogidas en la obra de José María Pérez Gay (2011).

29 La concepción de lo ajeno ha ido mutando en torno a un proceso de individualización latente ligado a un giro neoliberal del capitalismo que esconde, bajo una falsa pátina de empoderamiento individual, un impulso hacia la psicologización de los problemas colectivos liberando así los vínculos comunitarios y relegando al marco individual el problema y la solución. Sucede así la aparición de un modelo de superhombre económicus todopoderoso que embuda las desigualdades sociales y las enmarca en patologías individuales moldeadas por el entorno tóxico contemporáneo plagado de relaciones autoritarias. Para la consecución de este fin fue y sigue siendo necesario el uso abusivo de propaganda, drogas/fármacos,

aquello que Gross dictamina innato y llega a calificar de alma y contrapone al concepto de ajenidad: por ajenidad nos referimos a todo conjunto de estructuras sociales y ramificaciones del poder que, imbricadas en toda relación política e impresas en el psiquismo, anulan el potencial del individuo; apagan su alma. Se advierte aquí el ulterior debate acontecido en el seno de la sociedad psicoanalítica sobre la objetivación de lo pernicioso en estructuras de coacción externas al ser humano ergo la necesaria acción política para superar dichos problemas psicológicos y la corriente que, en connivencia con el poder y una pujante burguesía, relegaba los problemas psíquicos únicamente a factores internos como el "instinto de Muerte" y alejados de la praxis política cacareaban –liderados por el último Freud– que ellos "eran médicos y debían limitarse a serlo". Escritos en los años anteriores y posteriores a la Primera Guerra Mundial, los textos reflejan ambos momentos históricos.

Los del primer bloque de 1908–1914 explican la diferencia con la teoría de Freud en cuanto a la génesis de los síntomas neuróticos. Según Gross, el individuo no sufriría un conflicto interno si no fuera porque su naturaleza choca con los

---

producciones artísticas y praxis egoístas revestidas de institucionalidad que erosionan el sentimiento comunitario y crean ejércitos de individuos aislados que, abanderando el lema do it yourself, palian sus problemas con resignación y toneladas de fármacos que conforman el actual encierro químico. Sobre la individualidad y lo comunitario, el inicio de la dominación sobre las mujeres y cómo han construido su identidad hombres y mujeres, recomendamos el reciente libro de A. Hernando (2018).

principios de una autoridad externa, ajena a sus propios impulsos. El instinto sexual en sí no es responsable de las neurosis, lo es la moral represiva; así, los individuos que nacen con “una singularidad indestructible” cuya naturaleza no se deja modificar por una “influencia externa”, sea esta la autoridad paterna o las “represiones colectivas”, resultan más propensos al sufrimiento y a la neurosis. En todo caso, y anticipándonos a posibles acusaciones de innatismo dirigidas hacia Gross, al considerar que todo aquello contrario a lo dispuesto por nacimiento o esencial al sujeto es patológico, cabe sospechar que hay en ellas un mucho de confusión e incluso un cierto criterio anacrónico. En efecto, para Gross no es esa supuesta naturaleza lo que define lo “sano” o “insano”. Una definición algo más adecuada enlaza con el “culturalismo” de nuestra época sin dejarse llevar por la idea de “tabula rasa” que esta trae consigo. En efecto, para Gross al escenario omnisexual se llega a través de la hipertrofia del instinto de conservación que lucha contra las sugestiones externas y contra la propia sexualidad que ya ha empezado a proporcionar la energía afectiva a los contenidos sugestionados desde el exterior, ya sean los de la escuela, la televisión, etc. El instinto del yo, como protesta antisexual se convierte en instinto de conservación y apunta a mantener por su propia fuerza la soledad en torno a uno mismo.

Entra en antagonismo con el impulso sexual en tanto necesidad absoluta de contacto, que ha integrado en sí misma el

impulso adaptativo de la entrega a otros, el sacrificio de sí mismo. La sexualidad integra el impulso al abandono del propio yo, para evitar el aislamiento, y así incorpora el factor masoquista. A través de la sumisión logra cierto contacto con el entorno. La motivación del masoquismo es el miedo a la soledad[30]. La disyuntiva será: quedarse solo o dejarse violar. Sin embargo, la sumisión se torna insuficiente en lo que respecta a las necesidades sexuales. El niño quiere ser adulto, ser fuerte, y poder forzar la sexualidad. Voluntad de poder y sexualidad se imbrican. Aquí se constituye el componente sádico del instinto. Así el conflicto interior entre lo propio y lo ajeno, se convierte en conflicto entre sexualidad e instinto de conservación, moviéndose este último entre tendencias de abandono y voluntad de poder

---

30 La legitimidad patriarcal, como veremos después, viene seguida de un novedoso lenguaje adscrito a un relato bidireccional al que, por una parte encumbra la actividad individual desprovista de lazos comunes como ejemplar e iluminadora exaltando el pernicioso concepto de soledad criticado por Otto Gross en el presente libro mientras moldea las personalidades inercialmente sociables bajo la máxima "adáptate a los demás o te quedarás solo": agarra rápido tu puesto en la pirámide autoritaria, no protestes, y agradece sus frutos. Esta acuciante individualización viene impulsada por las nuevas tecnologías y las formas de relacionarse que las mismas desprenden. En nuestro presente, Internet ha ejercido de herramienta potenciadora de este ensimismamiento que comenzó con la mutación de las relaciones productivas en detrimento de las victorias colectivas en el ámbito y de la vida social fehaciente. Ha enfatizado la flexibilidad laboral al tiempo que se divide la sociedad en vencedores y vencidos, en exitosos capaces de trepar la pirámide neoliberal hasta el reconocimiento público y masas fracasadas culpables de su derrota que deben arañar su futuro en precarios sistemas de protección social.

que se arrastran al terreno de lo sexual: sadismo y masoquismo.

El sadismo y el masoquismo son dos caras de la misma moneda, dos puntos de un camino desviado. Conocer esto puede ayudar a desasirse de estas tendencias. Resulta increíble que a día de hoy prácticas como el BDSM se usen para definir la sexualidad, y lleguen a promocionarse con carácter reivindicativo mediante campañas desde lobbies y asociaciones. Esto no es una opción sexual, es resultado de una imposición, carencia, etc. en el desarrollo, o de un chantaje emocional. El efecto social sublimado del masoquismo o el sadismo se puede percibir en general en las relaciones sociales. El que se produce en el sexo sólo es una de sus caras. El sadismo está constituido por la pulsión de muerte (en conflicto con la pulsión de vida) y a la vez la retroalimenta. Este a menudo no aguanta los ciclos y ritmos auto reguladores de la vida. El sádico también quiere rebelarse, pero no es capaz y quizás por ello desvía su rabia hacia el débil, hacia quien puede atacar. El masoquismo lleva a formas de sumisión como el alcoholismo (al que Freud le atribuía como causa tendencias autodestructivas inconscientes por falta de afecto en la infancia), la dependencia a las drogas (quizás también otros tipos de adicción), el trance, o a la creencia en el destino. Escribe Dubois–Caballero (1975) que en las culturas no orgiásticas, como la nuestra, el alcohol sirve para evitar el sentimiento de culpa interiorizado. Si la causa del masoquismo y el sadismo está en el

conflicto personal, el orgasmo serviría para acabar con estas tendencias, como también decía W. Reich.

Cabe aclarar que para Gross la sexualidad innata y original de la especie humana es un instinto de contacto físico y psíquico. Originalmente, el instinto de autoconservación protege el modo de ser dado, con todos sus instintos, incluida la sexualidad. Hay coordinación armónica. El entorno prohíbe el contacto físico sexual del niño y condiciona la esperanza de contacto psíquico a la adaptación y renuncia a la propia coherencia interior. La soledad a que se empuja al niño es el verdadero origen de la angustia neurótica. Desde el principio el niño debe renunciar a la sexualidad para adaptarse a los otros. La voluntad de poder procede de la hipertrofia del instinto del yo (instinto de autoconservación) que en su origen no está orientado a violentar a los demás, y se transforma en función de la resistencia y sobrecompensación a que se ve llevado por la represión cultural.

El otro término del conflicto es el instinto sexual. Si estos se contraponen es a causa de factores nocivos externos que los modifican e hipertrofian. Hay una imbricación de pulsiones, con impulsos reactivos del individuo, que entran en relaciones inconscientes cada vez más rígidas y degeneran en reacciones desesperadas. Por la lucha con el mundo externo, esas relaciones inconscientes entran en una dinámica de hipertrofia recíproca, y devienen cada vez más conflictivas hasta convertirse en punto de partida de síntomas neuróticos. La hipertrofia convierte al instinto del

yo en voluntad de poder, y a la sexualidad en omnisexual. Transfiriendo la reivindicación nietzscheana de la transmutación de los valores al campo psicoanalítico, Gross sostiene, adelantándose en décadas a los postulados de la antipsiquiatría, que el enfermo que acusa el conflicto se encuentra más cerca de la salud mental que el aparentemente sano. Necesariamente, esta psicología del inconsciente conduce a una filosofía de la revolución. Al mismo tiempo, sus fundamentos implican la crítica de las revoluciones anteriores que, en palabras de Gross, “sucumbieron porque el revolucionario de ayer transportaba la autoridad en su seno”. Podría hallarse aquí también una explicación del fracaso de las revoluciones posteriores. Al comprender que la familia patriarcal “es el foco de toda autoridad” y que las mujeres, a causa de su dependencia material del hombre, son sus primeras víctimas, Gross, probablemente inspirado por el suizo Johann Jacob Bachofen (1815–1887), proclamó que la futura revolución debería ser una que se proponga como fin el matriarcado. Los artículos del segundo bloque, que datan de 1919–1920, son la reacción ante los intentos de revolución fracasados que se habían producido en Austria, Múnich y Berlín y concretan la función del psicoanálisis en la preparación de un cambio social profundo. Decepcionado de los acontecimientos políticos, Gross critica el pacto entre el proletariado y el capitalismo; el programa de un cambio paulatino; el concepto de la dictadura del proletariado frente a la visión de un Estado donde nadie ejerce ninguna clase de poder y desarrolla el proyecto de una nueva

pedagogía, destinada a liberar la fuerza revolucionaria en el interior del individuo.

La verdad, en suma, es que existe un cierto halo de misterio en torno a la controvertida figura de Otto Gross. Su nombre orbita la historia del psicoanálisis, presentándose a menudo como un autor marginal y disidente cuya influencia se hizo patente especialmente en ámbitos paralelos a la reflexión y la práctica clínicas (teoría política, sociología, literatura, etc.). A Gross, la ruptura con Freud, ocurrida en el Primer Congreso de Psicoanálisis Freudiano de 1908 en Salzburgo, le costó nada menos que ser borrado por completo de la memoria del movimiento psicoanalítico, además de la inhabilitación médica y jurídica. A petición de Freud, Carl Gustav Jung lo sometió a una terapia debido a su drogadicción y a una sintomatología que calificó de "neurosis obsesiva", diagnóstico que no tardó en modificar con el veredicto de *dementia praecox* cuando Gross se fugó de su clínica. Eliminado de las actas del congreso citado y de las obras de sus colegas psicoanalistas, la figura de Otto Gross cobró presencia en múltiples obras literarias de su época debido al espectacular arresto provocado por su padre en 1913, que terminó con su incapacitación jurídica y su ingreso en la clínica psiquiátrica de Tulln. El caso se hizo público gracias a una amplia campaña de prensa lanzada por Franz Jung y otros amigos suyos. Aunque no consiguiera liberarlo inmediatamente, la campaña intensificó el debate sobre el conflicto entre padres e hijos, muy virulento en

aquellos años. El arresto de Josef K. al principio de la novela *El proceso* de Franz Kafka parece ser la más famosa huella literaria que ha dejado Otto Gross. En Múnich, Gross se integró en la bohemia y en los círculos revolucionarios, que eran casi la misma cosa, y colaboró en revistas de la vanguardia revolucionaria, especialmente en *Die Aktion*, editada por Franz Pfemfert, que mezclaba teoría política consejista y expresionismo literario. Formó parte junto a Mühsam o Landauer de la Comuna Veritá[31], una comunidad basada en el amor libre y contraria a la moral sexual del momento, tras lo que Gross ideó crear una "universidad libre" para artistas y pensadores basada en la horizontalidad en la enseñanza, algo que no consiguió llevar a cabo. Defendido por sus amigos, perseguido por las autoridades, destrozado por las drogas, Otto Gross, el gran luchador contra la soledad del ser humano, murió en febrero de 1920 en un estado de total abandono, desnutrido y con pulmonía,

---

31 El Monte Veritá (Monte de la Verdad), cerca de Ascona (Suiza) se convirtió en una atracción para muchos artistas, intelectuales, aristócratas y bohemios europeos de comienzos del siglo XX. Tras la formación de diversos núcleos de bohemia urbana, especialmente la del barrio muniqués de Schwabing, se produjo una retirada generalizada hacia ese lugar de verdadero magnetismo para inspirar proyectos diseñados contra la vida establecida de aquel tiempo. Naturismo, feminismo, pedagogías del amor libre, anarquismos, alternativas al psicoanálisis, escuelas de arte, se oponían a la cultura y la sociedad del momento. Si aquella experiencia desencadenó la desconfianza de las gentes de orden, también contribuyó al desarrollo de la cultura moderna, especialmente en materia de arte. Sobre el monte Veritá trata el libro Contra la vida establecida de Ulrike Vowinckel (2017) y el documental Berg der Wahrheit de Carl Javér (2014).

en una calle de Berlín. Su rescate resulta necesario para quienes no dejamos de opinar que la historia humana necesita un cambio de rumbo, ya que sus trabajos ofrecen una perspectiva muy distinta a las tendencias que dominaron las revoluciones del siglo XX.

2. La influencia de Otto Gross en el desarrollo de la teoría psicoanalítica y la práctica clínica

2.1. Sigmund Freud

El interés de Gross por la obra de Freud data de una fecha tan temprana como 1907: después de pasar una corta temporada en la clínica muniquesa del psiquiatra Emil Kraepelin, publica un libro en el que contrasta la propuesta biologicista de este último con el psicoanálisis freudiano y cuyo saldo resulta favorable para Freud. La obra llama pronto la atención del círculo psicoanalítico de Viena, que busca prosélitos ilustres y preferiblemente arios, pues el origen judío de su padre fundador y de muchos de sus miembros despertaba la suspicacia de unos medios intelectuales mayoritariamente antisemitas. Jung era ario como lo era

Otto Gross; de ahí que resultasen tan valiosos para la causa. En una carta enviada al primero de ellos, Freud reconocerá: "Usted es el único capaz de hacer una contribución original; con la excepción, tal vez de O. Gross, pero por desgracia este no goza de buena salud". Y Freud no se equivocaba, la aportación de nuestro autor a la teoría y la práctica del psicoanálisis sería de lo más peculiar, pero implicaba de pasada un segundo atentado contra la figura del Padre: si ya había matado simbólicamente a su padre biológico, no tardaría en hacer otro tanto con Freud como progenitor y guía espiritual.

En Gross, en efecto, el psicoanálisis se convierte, junto con la obra de Nietzsche, en un arma revolucionaria que se desvía del tratamiento individual de las dolencias psíquicas para apuntar a la liberación de los instintos primordiales, como fuente de creatividad frente a las constricciones castradoras de la civilización patriarcal. Además –y como señala Richard Noli–, gracias a Gross, el psicoanálisis deja de ser un objeto de consumo de la burguesía más o menos neurotizada para integrarse en la contracultura bohemia, iniciando una fascinación que habrá de prolongarse durante decenios. Sin saberlo y acaso sin pretenderlo, Otto Gross se estaba adelantando de esta manera a las propuestas del apóstata Wilhelm Reich y de los surrealistas.

En todo caso, detrás del énfasis de Gross en la transgresión se encuentra una profunda comprensión de la interconexión de todos y de todo. Por lo tanto, todos los límites pueden ser

vistos como arbitrarios; transgredir los límites se convierte entonces en una protesta contra su antinaturalidad.

Desde una perspectiva psicopatológica sería demasiado fácil dedicarse simplemente a diagnosticar en Gross, aunque de forma razonable, un complejo paterno, un vínculo incestuoso no resuelto con la madre, un anhelo neurótico por el paraíso como un regreso al útero, etc. Diagnósticos muy similares que incidentalmente podrían hacerse de los otros padres y madres fundadores del psicoanálisis. Flaco servicio a la causa crítica del psicoanálisis por cuanto significaría que permanecemos en el ámbito compartimentado de la razón y la racionalidad, donde todo y todos están separados de todo y de todos los demás.

En efecto, la historiografía, así como la historia del psicoanálisis, se degradarían si tuviéramos que calificar a Gross, como Jung y Freud finalmente lo hicieron, como un loco desesperado, o tal vez como un *puer aeternus*, nada más que un fracaso carismático. Lo que proponemos es modelar un juicio contemporáneo a partir de una evaluación sensible de los documentos disponibles y los juicios del pasado.

Desde un punto de vista conceptual, las transgresiones de Gross pueden entenderse como un deseo de trascendencia, una trascendencia a través del cuerpo que no se queda atrás como un fardo que impida elevarse hacia una esfera pura-

mente espiritual e incorpórea[32]. Su trabajo implica una comprensión de la "encarnación" de la materia y la carne, tema en la actualidad desarrollado a partir de los estudios sobre el cuerpo, pero algo inusual en su momento pues los analistas no suelen escribir sobre el éxtasis, la lujuria o la orgía so pena de pagar el precio de ser excluidos como marginados: Gross, Reich, Laing.

Así pues, sólo en tiempos recientes los psicoanalistas se han aventurado a alabar "el gesto espontáneo" o "los actos de libertad" de nuestro autor. Con su defensa del sexo, las drogas y la anarquía, Gross se convirtió en un espectro temido por la burguesía de habla alemana de Europa, una amenaza singular y singularizada para los valores de la familia y del Estado.

Nuestra hipótesis es que Gross ha permanecido relativamente desconocido hasta el día de hoy debido a esta crítica radical y, sobre todo, por las implicaciones de su insistencia en que no hay cambio individual sin cambio colectivo y viceversa. La tendencia a hacer de Gross un mero personaje romántico, como un genio a la par que loco del

---

32 Gross, al igual que Reich o Groddeck vio el cuerpo y la mente como un todo inseparable escribiendo que "cada proceso psíquico es al mismo tiempo un proceso fisiológico" (Gross, 1907). "Gross se une a las filas de aquellos investigadores que refutan la división del mundo en los reinos físico y espiritual–intelectual. Para ellos, el cuerpo y el alma son las expresiones de un mismo proceso, y por lo tanto un ser humano sólo puede ser visto holísticamente y como un todo" (Hurwitz, 1979, p. 66).

movimiento psicoanalítico [33] desvirtuaba su mensaje emancipador.

Ernest Jones, que le conoció en Múnich en 1908, donde Gross lo introdujo en el psicoanálisis, lo llamó en su autobiografía a finales de los años cuarenta, “el enfoque más cercano al ideal romántico de un genio que he conocido” (Jones, 1990: 173). Pero concentrarse sólo en este aspecto significaría pasar por alto la contribución de Gross a su campo.

Las ideas de Gross en torno a la necesidad de acabar con el sistema de autoridad patriarcal que primaba en Europa a comienzos del siglo XX, su crítica al valor de la represión sexual y sus postulados anarquistas, entre otros elementos

---

33 Tal y como en gran medida aparece reflejada en la película Un Método Peligroso del director canadiense David Cronenberg a la luz de la teoría analítica de Carl Gustav Jung. La película ilustra ciertos pasajes de la vida del psiquiatra suizo, reparando especialmente en los pormenores de la relación que sostuvo con su paciente y amante Sabina Spielrein, así como con el creador del psicoanálisis Sigmund Freud. Otra novela contemporánea es Morí nom est Otto Gross de Marie Laura de Cazotte. La significación que el psicoanálisis tuvo en las diversas revistas literarias y obras de la literatura es reflejada con detalle por Emmanuel Hurwitz (1979) en su monografía sobre Otto Gross. Aparte de lo anterior, no hay muchas producciones culturales actuales que hayan reflejado la figura de Gross. Sí lo hicieron muchas novelas de sus contemporáneos en las que aparece como personaje de forma mucho más evidente (a menudo con pseudónimo) como en las de Werfel o Leonhard Frank. La reciente novela Como caminos en la niebla de José Morelia (2016) narra la historia ficticia de un director de cine que va tras su rastro para realizar una película sobre su vida.

de su pensamiento, le valieron una serie de conflictos con sus pares, tanto dentro como fuera del círculo más cercano a Freud. En palabras de Heuer (2001):

> "Otto Gross se ha vuelto hoy en día una representación simbólica de actitudes hacia la experiencia que fueron demasiado amenazantes como para ser vividas conscientemente y asimiladas en su tiempo. La cultura europea en general, y el psicoanálisis en particular, han debido almacenarlas en una forma encapsulada, congelada. La vida de Gross y la imagen que de él tenemos opera en el nivel cultural como lo que ha sido llamado 'Agujeros Negros en la Psique" (Heuer, 2001: 656).

Cabe recordar que Gross fue quien por primera vez introdujo el psicoanálisis en el ámbito universitario hacia 1902, mientras desempeñaba labores académicas en Graz, Austria (Heuer, 2012). Sin embargo, su nombre fue literalmente borrado de la historia del movimiento psicoanalítico (Heuer, 2001, 2012), probablemente debido a los motivos que ya hemos comentado. En este sentido, el lugar de Otto Gross en la historia del psicoanálisis podría compararse con el de otros notables disidentes que cuestionaron la autoridad de Sigmund Freud, como fue el caso de Wilhelm Reich. De hecho, las ideas de Reich y Gross en torno al papel de la sexualidad en la vida psíquica son en muchos sentidos similares, ideas que chocaron con los postulados de Freud y sus colaboradores más próximos. Este choque no sólo se debía a sus ideas sino también a su actitud comprometida

con el psicoanálisis. Así por ejemplo, cuando trabajó como asistente de Kraepelin, le quiso denunciar a este último por su ignorancia del psicoanálisis. Acusó a Bleuler de haberle plagiado sus ideas acerca de la “demencia sejuntiva”, entidad que anticipaba en cierto modo la noción de esquizofrenia. Décadas después, Manfred Bleuler no reconocería el plagio, pero sí la injusta omisión del nombre de Gross en la historia de la psiquiatría. Silvia Tendlarz lo señala como el primer psiquiatra que formuló una elaboración teórica de la psicosis basada en las ideas freudianas, y también como “el primer psicótico en análisis”. En este sentido, sobresalió entre los iniciadores del movimiento psicoanalítico, el mismo Freud lo consideró de una poderosa originalidad, inició a Jones en la práctica del psicoanálisis. Fue Privatdozent de Psicopatología de la Universidad de Graz. Soñó junto a Franz Kafka en editar una revista para luchar contra el patriarcado, proyecto que nunca se cumplió. Carl Schmitt lo nombra entre los principales pensadores del anarquismo, al lado de Bakunin y Kropotkin. Anticipó algunas de las tesis de Reich, de la antipsiquiatría, de Owen Renik, de los entusiastas del género, y de Deleuze y Guattari. Criticó la violencia parental, así como el uso policial del diagnóstico y de la internación... (véase al respecto Grupo Appeler, s/f).

En definitiva, cabe afirmar que Otto Gross ejerció una influencia de gran alcance en muchos psicoanalistas, entre ellos los más conocidos como Freud, Jung, Ferenczi y Reich.

En su relación con Freud, Gross desafió la forma en que la práctica psicoanalítica seguía sujeta al modelo médico por su intento de una objetividad no comprometida en la relación interpersonal entre el analista y el paciente. En oposición a la recomendación de Freud de que el psicoanalista trabajara como si fuera un "espejo opaco", Gross se refirió a lo que llamó "la voluntad de relacionarse". Para él, "[se] tendrá que descubrir que la oposición entre la voluntad de relación y la voluntad de poder constituye la oposición elemental entre la psique revolucionaria y la adaptada –la psique burguesa– y demostrarla como la última y verdadera meta de la revolución". Estas ideas deben considerarse a la luz de los primeros desarrollos en el establecimiento de lo que luego se convertiría en la teoría de las relaciones objetuales, de un autor como Fairbairn, quien difícilmente le pudo haber leído[34].

---

34 La epistemología relacional, sobre todo la teoría de las relaciones objetuales definidas por el "Grupo Intermedio o independiente" (Balint, Fairbairn, Winnicott, Bion) cuestiona la doctrina pulsional clásica. El placer libidinoso no es la fuerza motivacional principal, sino solo un medio para obtener al objeto. Este enfoque relacional supuso un cambio radical de perspectiva en la concepción psicoanalítica de la ontogénesis. Para Fairbairn el psiquismo está formado por los objetos introyectados, pero si las pulsiones no pueden existir en ausencia de una estructura del Yo, piensa que no se puede establecer una delimitación práctica entre el Yo y el Ello. La represión rechaza los objetos malos internalizados, pero simultáneamente también los fragmentos del Yo que se relacionan con estos objetos. De esta forma si la libido ya no busca la descarga sino al objeto, el placer libidinoso no es más que un medio para obtener al objeto. Si el niño sólo buscara el placer, no se explicaría el paso al proceso secundario; por su parte si la libido busca

Por otra parte, Otto Gross fue probablemente el primer psicoanalista en ver que una perspectiva analítica debía incluir una apreciación del contexto social en el que se desarrolla el trabajo clínico. Por lo tanto, vio la necesidad de vincular el cambio interno, intrapsíquico, con el cambio social y político externo, y a la mejora de ambos extremos dedicó en la medida de lo posible su esfuerzo. Durante el Primer Congreso Psicoanalítico celebrado en Salzburgo en 1908, Freud intentó explícitamente frenar los esfuerzos de Gross en tal dirección advirtiéndole: "Somos médicos, y médicos queremos permanecer". Le llevó a Freud veinte años formular ideas similares a las de Gross en *El malestar en la cultura* o *Psicología de las masas*[35]. Como lo expresa Sombart: "Veinte años antes de Wilhelm Reich y cuarenta años antes

---

primariamente al objeto tampoco es necesario recurrir a la compulsión repetitiva. Y es que, como descubrió Fairbairn los niños maltratados mantenían la lealtad a los mismos padres que abusaban de ellos, cuando de la teoría clásica sobre la pulsión (descarga), se esperaría que los objetos libidinales fueran más fácilmente sustituibles; pero abandonar los vínculos ya establecidos produce un gran terror. Véase Otto Kernberg (2005).

35 Para Freud, la búsqueda de la felicidad imperecedera nos lleva a querer construir un mundo feliz, a intentar implantar en la tierra el paraíso; pero esto no es factible. Sin embargo, procuramos de manera ingenua la felicidad, sin saber que la vida cultural nos demanda que tenemos que ceder en parte nuestra posibilidad de ser felices y de esta manera hacer viable la vida comunitaria: "La evolución del individuo sustenta como fin principal el programa del principio del placer, es decir, la prosecución de la felicidad, mientras que la inclusión en una comunidad humana o la adaptación a la misma aparece como un requisito casi ineludible que ha de ser cumplido para alcanzar el objetivo de la felicidad; pero quizá sería mucho mejor si esta condición pudiera ser eliminada." (Freud, 2004)

de Herbert Marcuse, Otto Gross fue el hombre que desarrolló en su práctica psicoterapéutica las bases teóricas de la ‘revolución sexual’ (el término viene de Gross) –la teoría de la liberación del potencial erótico del ser humano como una condición previa de cualquier emancipación social o política–” (Sombart, cit. en Heuer, 2001).

Bernd Laska señala que Gross no fue el único en ese congreso de Salzburgo que relacionó los descubrimientos sobre la creación del inconsciente con los descubrimientos sobre la estructura de las sociedades y sus efectos en los individuos.

En su artículo *Psychoanalyse und Pádagogik* (Psicoanálisis y pedagogía) presentado en el congreso, Ferenczi habla sobre “el mantenimiento de la superstición religiosa absurda y las costumbres del culto a la autoridad, el apego a las instituciones decrépitas de la sociedad”, declaró que “la liberación de una coerción interna innecesaria sería la primera revolución que crearía un verdadero alivio, mientras que las revoluciones políticas generalmente solo trataban con poderes externos, es decir, medios de coerción, cambio de manos” (cit. en Heuer, 2001). Freud se negó a decir nada al respecto, aunque se le solicitó. Por cierto, Ferenczi frenó sus ambiciones radicales y durante mucho tiempo se convirtió en el colaborador más cercano de Freud (cit. en Heuer, 2001). Tres años más tarde, en el *Zentralblatt für Psychoanalyse* (Hoja central para el psicoanálisis), se publicó un informe sobre el Congreso de Salzburgo de 1908, en el

que se enumeraban los documentos presentados y el nombre de Gross ni siquiera se menciona.

No obstante, el impacto que Gross tuvo en Freud se ha pasado por alto con tanta frecuencia que los intentos de descubrir una conexión en términos de la práctica clínica se hacen muy difíciles. Parece probable que Freud temiera verse influenciado por aquel, pero al final llegó a conclusiones similares (aunque expresadas con mayor cautela y mucho más tarde) en su propia crítica de la sociedad, así como en su actitud hacia los psicoanalistas conservadores. También cabe mencionar como el concepto de superyó en tanto "instancia anti libertaria en el interior resultado de la interiorización de este orden social existente" (Gross, 1919)[36] fueron expuestas por primera vez por este autor.

2.2. Carl G. Jung

Es interesante estudiar cómo se defendió Freud de la excesiva influencia de Gross. Escribió a Jung en 1908, explicando por qué él mismo no había querido asumir a Gross como paciente: "La dificultad habría sido que las líneas divisorias entre nuestros respectivos derechos de propiedad

---

36 Todas las citas del libro de Gross están contenidas en esta edición. Salvo indicación contraria aparecen con la fecha de su publicación original.

en las ideas creativas hubieran sido inevitablemente borradas; nunca hubiéramos podido alejarnos el uno del otro con la conciencia tranquila. Desde que traté al filósofo Swoboda, me horrorizan las situaciones tan difíciles" (Freud/ Jung Letters, 1974 en Heuer, 2001: 658). Sin embargo, dos años más tarde, Freud le escribió a Ferenczi, "Yo... tiendo fuertemente al plagio" (íbid.). Puede ser igualmente difícil rastrear directamente la influencia de Gross en los seguidores de Freud, pero parece que hay varios conceptos psicoanalíticos que formuló antes que los demás, por ejemplo, el mecanismo de defensa de la identificación con el agresor como Anna Freud vino más tarde a denominar. Al resumir las ideas de Gross, Franz Jung escribe en 1922 sobre el desarrollo del individuo en el contexto de la familia incrustada en el colectivo estatal más grande:

> "... es el... movimiento distorsionado y enfermo del individuo hacia lo colectivo... En consecuencia, este movimiento se basa en el concepto de garantizar la seguridad para preservar la normalidad y el equilibrio. La ruptura en la experiencia más temprana que lleva al individuo a la tensión conflictiva de un nuevo concepto, es decir, la violación, proyecta como transferencia la idea de autoridad. La autoridad está naciendo en la mente de los oprimidos. Luego se convierte en una convención como una organización autoritaria que parece pertenecer orgánicamente al individuo como la familia, la religión etc., y finalmente al Estado... Decisiva es la

> formación de la autoridad dentro de la experiencia solitaria del individuo, el esfuerzo por ser gobernado, de donde crecen el gobernante y la regla" (E Jung c.1921, cit. en Heuer, 2001).

En este sentido se puede constatar cómo Gross parece representar la sombra de Jung; en qué medida Jung y Gross representan dos extremos opuestos de una misma polaridad en lo que respecta a la sexualidad, donde el primero asume una actitud que podríamos caracterizar como puritana y represiva frente al sexo, mientras que el segundo se muestra abiertamente liberal y desembarazado de cualquier clase de tapujo moralista. Jung, un destacado profesional de acomodada situación económica, encarna una ética estricta y tradicional que se adecúa al *statu quo* imperante en la sociedad europea de comienzos del siglo pasado. Gross, por su parte, aparece como la representación de todo lo que no cabe dentro de los cánones morales propios de la era victoriana. Así, cabe proponer que la llegada de Gross a Burghólzli podría ser interpretada como una irrupción de lo sombrío en la vida de Carl G. Jung.

De acuerdo con la teoría psicodinámica propuesta por Jung, existen ciertos elementos de la psique individual que son reprimidos por resultar amenazantes, inadecuados e inaceptables para la actitud consciente. Esos elementos pasan a formar parte del inconsciente individual, el que, a diferencia del inconsciente colectivo, está conformado por una constelación de sucesos, impulsos, deseos, etc., que son

propios de la biografía del sujeto, y que han sido empujados fuera de la conciencia por los motivos ya descritos (Jung, 1999a).

Los elementos que son rechazados y reprimidos por la actitud consciente dan forma, además, a lo que Jung llamó la Sombra. El arquetipo de la Sombra representa cualidades y atributos desconocidos o poco conocidos del ego: aspectos que, en su mayoría, pertenecen a la esfera individual y que también podrían ser conscientes (Jung, citado en Michaels, 1983: 170). Estos elementos permanecen la mayor parte del tiempo fuera del umbral de la conciencia. Sin embargo, pueden burlar las barreras de la represión durante el sueño e incluso hacerse presentes en la vida cotidiana, proyectados en otras personas, obligando al sujeto a confrontarse con aquello que ha negado de sí mismo. Según Jung:

> "Por un lado, en efecto, es del todo comprensible que elementos psicológicos incompatibles sean víctimas de una represión, haciéndose, por tanto, inconscientes, pero, por otro lado, eso no es obstáculo para que los contenidos reprimidos puedan volver a ser hechos conscientes y mantenidos en la conciencia una vez reconocidos." (Jung, 1999a: 155)

El modelo psicológico de Jung es un sistema que se fundamenta en el principio de compensación, en cuanto todo aspecto de la psique siempre cuenta con una contraparte que representa su opuesto complementario. En el caso de la

Sombra, su contraparte está representada por la "Persona" o "Máscara". Según explica Stein, en la terminología de Jung, Persona "significa 'el individuo tal como se presenta', no el individuo tal como es'" (Stein, 2004: 151). La Máscara es, en este sentido, justamente lo que su nombre sugiere: un aspecto superficial de la personalidad total que se presenta ante otros y que en cierta medida "encubre" el verdadero ser del sujeto. Este aspecto de la personalidad cumple con una función social, pues representa todo aquello que es aceptable por los otros y permite al individuo relacionarse con su entorno desempeñando roles específicos, representando estereotipos sociales y culturales y adecuándose a los mandatos convencionales de su cultura (ibíd.).

En el caso de Jung, la Persona está representada por su temple aristocrático, profesional, intelectual, lógico, puritano y protestante. Su comportamiento intachable y el rol que desempeña como médico en la clínica psiquiátrica y como hombre de familia, lo hacen aparecer como un miembro destacado de la élite intelectual suiza, bien adaptado y respetuoso de las costumbres y convenciones sociales de la era victoriana.

Esta impecable fachada encubre justamente todo aquello que no es aceptado en la sociedad europea de principios del siglo XX, pero que, como podemos ver en el film, bulle en lo profundo de la psique de Jung: las licencias sexuales, el erotismo y el engaño. Ante la rígida Máscara que el autor sostiene en su vida pública, la Sombra opera como factor

compensatorio que se cuela por los intersticios de su actitud consciente.

Otto Gross, como hemos dicho, encarna el opuesto de Jung. Si bien comparte con este su profesión (ambos eran psiquiatras interesados en el desarrollo del psicoanálisis), resulta evidente que su personalidad desafía los cánones morales a los que Jung se adhiere con tanta firmeza. Anarquista, defensor de la poligamia, crítico de la autoridad paterna y el puritanismo protestante, Gross representa la contraparte sombría del ethos Victoriano y, por extensión, de la Persona de Jung. Si Jung da la impresión de no conseguir separarse de la concepción de la sexualidad con fines reproductivos tan propia de la moral judeo–cristiana, no puede decirse lo mismo de Gross.

En el tiempo que Jung y Gross se conocieron, aquel se encontraba trabajando como analista de Sabina Spielrein, una mujer de origen ruso que había sido paciente suya en Burghólzli [37]. En la película *Un Método Peligroso* de Cronenberg se ilustra el desarrollo de la relación entre Jung y Spielrein, mostrando que esta se había enamorado de su

---

37 Sabina Nicolaievna Spielrein (1885–1941), miembro de la Asociación Psicoanalítica de Viena desde octubre de 1911, produjo un fuerte impacto en la doctrina psicoanalítica a través de una interesante teoría de la represión que ponía en primer plano la tendencia a la destructividad que subyace en el ser humano, que Freud estimó como un antecedente de la pulsión de muerte. Además fue una fuente de inspiración para algunas de las ideas de Jung, como las de ánima y sombra, y para las teorías lingüísticas de Piaget.

analista, transgrediendo los límites de la relación terapéutica al robarle un beso y manifestarle su deseo de que él fuera quien la iniciara sexualmente (Méndez, 2015). Luego de su encuentro con Gross, Jung tomó la decisión de visitar a su paciente en su departamento, accediendo a la petición de Spielrein y cediendo ante sus propios deseos. Moussaieff (1993) relata esta historia a través de las cartas que Spielrein, Jung y Freud se enviaron entre 1908 y 1913. En su libro, el autor sugiere que Jung habría tratado de encubrir su relación extramarital (y extraterapéutica) con su paciente ante Freud. Sin embargo, la situación se habría hecho insostenible para Jung, y la verdad finalmente salió a la luz. En el film se ve en qué medida el romance entre Jung y Spielrein significó un vuelco en la vida del analista. El caso de Spielrein fue uno de los motivos de los primeros intercambios entre Jung y Freud, así como fue ella también uno de los factores de su disputa. El hecho de haberse involucrado sentimentalmente con su paciente junto con la ruptura con su mentor, trajo consigo una profunda crisis para Jung. Consideramos que el papel que cumplió Gross en este proceso fue de central importancia, por cuanto él fue quien sembró la inquietud que socavó la férrea represión sexual de Jung.

El encuentro entre Gross y Jung significó para este un súbito encuentro con su Sombra, justo en el momento en que sus impulsos más “oscuros” pulsaban por ver la luz. El dolor que significó esta confrontación con aquello que había

permanecido negado, se ve reflejado en los pensamientos del autor, quien en una carta a Freud en junio de 1909 señala: “Gross y Spielrein son experiencias amargas. A ninguno de mis pacientes he entregado tanta amistad y de ninguno he cosechado tanto dolor” (Jung, 1909 cit. en Heuer, 2001: 668).

Después de su caída muchos compartirían el juicio lapidario y ciertamente enconado que Jung emite sobre él en una carta no publicada, dirigida presumiblemente a Wittels. Escribe Jung en esa carta:

> “He conocido en efecto bien al Dr. Gross y esto ocurrió hace 30 años cuando fue internado en la clínica de Zurich por su adicción a la cocaína y la morfina. De genialidad propiamente dicha no puede hablarse, sino más bien de una inestabilidad genial, que deslumbró a las personas. Ejerció el psicoanálisis en las tabernas de peor fama. Normalmente las historias transferenciales terminaban con un hijo ilegítimo... Él se alegraba de un delirio de grandeza ilimitado y era siempre de la opinión de que trataba a los médicos, a mí mismo inclusive... Signos de genialidad no observé ninguno, a no ser que se vea como síntomas creativos el parloteo inteligente y el merodear alrededor de problemas. Estaba social y moral completamente arruinado... Se juntaba fundamentalmente con artistas, literatos, agitadores políticos y degenerados de todas las clases y celebraba en el barrio de Ascona lamentables orgías”.

En su primera carta a Freud, Jones (Freud y Jones, 2001) menciona la notoria antipatía que Jung sentía hacia Gross y que databa incluso desde antes del amargo fracaso que representó su intento de analizarlo. Hay que remarcar que cuando Jung le informó a Freud de su éxito en el análisis de Gross, al poco tiempo este se escapó de Burgólzli saltando el muro[38]. Pero antes de ese acto, su opinión sobre Gross era muy otra. Basta esta línea de su carta a Freud del 25 de agosto de 1908, donde habla del tratamiento de Gross: "En los puntos donde yo no podía progresar, me ha analizado él a mí. De este modo he obtenido provecho también para mi propia salud. (...) Es un hombre de una corrección poco frecuente, con quien se puede vivir en forma extraordinaria, tan pronto se resignan los propios complejos". La respuesta de Freud a Jung en la carta del 29 de ese mes muestra que el maestro tenía en alta estima el talento de aquel perturbador paciente: "Gross es una persona valiosa y una cabeza tan fuerte, que su trabajo tiene el valor de un logro para toda la gente." Jones reconocía la genialidad de Gross, y el mismo Ferenczi, que aspiraba a ser uno de sus discípulos favoritos, le rinde homenaje en su carta a Freud del 22 de marzo de 1910: "Estoy leyendo la obra de Gross sobre la inferioridad, y me encanta. No cabe duda: entre los que le

---

38 Lo curioso del asunto es que el más afectado por la relación psicoanalítica, el que realmente salió transformado, no fue Gross sino Jung. La transferencia que suele producirse en la sesión tiene estas cosas, sobre todo si uno ha de enfrentarse a una naturaleza tan fuerte como la de Otto Gross. (WAA, s/f)

han seguido hasta ahora, él es el más importante. Es una lástima que se arruine.” El comentario final pone en evidencia el carácter ambivalente y trágico del perfil.

Sea como fuere, Jung fue convirtiéndose paulatinamente a la fe poligámica de Gross e incorporando no pocas ideas de éste a su propia doctrina (la diada extraversión / introversión pueden, por ejemplo, anotarse en el “debe” de Jung). Sin embargo, los derroteros que ambos seguirían en el futuro serían divergentes. Mientras Gross profundizó en su intento de síntesis entre las propuestas del psicoanálisis y el proyecto igualitario del anarquismo o del comunismo, en los últimos años de su vida; Jung fundó “un culto mistérico espiritista de renovación y renacimiento” (Noli), que debía mucho al neopaganismo de los medios nacional–revolucionarios alemanes de la época y que, con el tiempo, lo conduciría a simpatizar con el nazismo. (VVAA, s/f).

2.3. La izquierda psicoanalítica

Los textos reunidos en el presente libro dejan clara constancia de que Otto Gross, una década antes que Wilhelm Reich (1897–1957), traspasó los límites entre psicología individual y crítica social. Al leerlos, vemos cómo en los orígenes de la escuela psicoanalítica ya se había

abierto una brecha entre los terapeutas que consideraban necesaria la adaptación del individuo a las normas de la sociedad y aquellos que, en cambio, estaban convencidos de que hacía falta combatir el sistema de valores perjudiciales para el mismo. La influencia de Gross en Wilhelm Reich ya ha sido objeto de múltiples conjeturas (Michaels 1983: 66–69) debido a la sorprendente similitud de algunos de sus conceptos clave. Una generación antes de Reich, estableció la interdependencia dialéctica entre el cambio individual y el cambio político; además continuó afirmando que lo público y lo privado se encuentran en la esfera de la sexualidad. Sin embargo, la influencia de Gross en Reich no ha sido probada y parece que este último no era un hombre al que le gustara reconocer sus fuentes. Pero el vínculo de Gross entre el psicoanálisis y la política revolucionaria y su enfoque en el cuerpo a través de la sexualidad son anteriores a Reich. Es inconcebible que Reich, al haber sido descrito como un entusiasta estudiante del psicoanálisis capaz de "absorberlo todo" no estuviera al tanto de las ideas de Gross. Sin embargo, no hay ninguna referencia a Gross en ninguno de los escritos de Reich publicados hasta ahora.

Sin embargo, aunque existen ideas y puntos comunes entre Gross y Freud y el campo del psicoanálisis en general hay distancias fundamentales. Tanto Freud como Lacan nos advierten de la dificultad de pensar el psicoanálisis como herramienta de acción política. Para ellos, el psicoanalista en tanto función, se sitúa a sí mismo en un más allá, objetivo y

opaco a cualquier discurso político. Si bien para Gross esa posición funcional es importante, plantea abiertamente que la psicología del inconsciente, que su aplicación técnica prepara el terreno para la revolución, entendiendo esta última como el cambio en las condiciones existentes de la sociedad del momento (Gross, 1914). Por otro lado, estás diferencias no son solo de corte técnico o filosófico sino también políticas. Para Gross no hay nada inherente en el humano a la agresión, sino todo lo contrario, el malestar en tanto efecto de factores colectivos es inevitable; mientras que, para Freud hay un componente innato a la agresión, lo que lo lleva a sostener que “Si se cancela la propiedad privada, se sustrae al humano el gusto por la agresión uno de sus instrumentos; poderosos sin duda, pero no el más poderoso. Es que nada se habrá modificado en las desigualdades de poder e influencia de que la agresión abusa para cumplir sus propósitos; y menos aún en su naturaleza misma” (Freud, 1929: 110). También para Lacan la subjetividad no se reduce a factores socio–políticos o a los desórdenes de la ciudad y trastornos de jerarquía (Lacan, 1959–60) sino más bien habría algo en la estructura, intratable, refractario a todo cambio social; más allá de las formas económicas y políticas en que pueda organizarse una sociedad, siempre habrá algo que se oponga a que las cosas anden bien (Lacan, 1995). La tendencia destructiva propuesta como natural, es decir como independiente de los factores históricos freudiana, y este real imposible, refractario a todo cambio social, se ven reemplazados en Gross por una proposición de terapia

“colectiva e individual” en donde nadie puede ser internado en contra de su voluntad (Gross, 1909) y en donde la mujer sea libre en su relación de dependencia principalmente económica del hombre (Gross, 1914). Para Gross el estatuto de la falta, el malestar inherente son parte de una producción histórica, ocurrida en un momento determinado; parafraseando a Deleuze y Guattari, la falta es preparada y organizada en la producción social (Deleuze y Guattari, 1985); de ahí la posibilidad de comprender al autor vienes como precursor del antiedipo.

El sesgo a la vez literario y psicopatológico de la carrera de Gross vela a menudo la consideración de sus ideas. Es posible que muchas de ellas representen ahora algo repetido y previsible después de Adler, Reich, Marcuse, Deleuze, Jessica Benjamín, Judith Butler, los gay–lesbian studies y las perspectivas queer. Lo que sorprende es la originalidad de quien fuera el primero en sostener esos puntos de vista dentro del medio psicoanalítico y acaso también el darnos cuenta de que lo que actualmente –y desde hace décadas– se nos presenta siempre como novedades rutilantes ya circulaba en los medios intelectuales de fines del siglo XIX. La tan resonada idea de una inminente feminización de la cultura es algo que se viene proclamando desde esa época (por ejemplo, en *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna).* En gran medida la obra de Gross denota cierto sincretismo teórico en el que con mayor o menor fortuna intenta sintetizar las ideas de Wernicke (de quien toma la

hipótesis de sejunción)[39], de Freud, de Nietzsche y de Ba–chofen. Recordemos que este último es quien introduce la idea del matriarcado o derecho materno (Muterrecht) que postula la existencia mítica de una edad de oro, un estado cultural previo a la entronización de la familia patriarcal. La noción de una recuperación de esa beatitud originaria se expresa en tres ideales propios de la modernidad que se encuentran estrechamente unidos y se implican mutuamente: la destitución del patriarcado; la legitimación de todas las formas de la sexualidad; la promoción del rol de la mujer en la sociedad. Estas banderas empezaron a levantarse desde fines del siglo XIX y Gross las defendió con fervor. Los objetores del régimen edípico, es decir, del Padre, desde él hasta las teorías queer, aparecen también como promotores de las sexualidades alternativas, de la militancia homosexual, del feminismo, de las ventajas de la "esquizofrenia generalizada" y de la idea de una nueva humanidad que surgiría a partir del retorno a un orden social organizado en torno al protagonismo de la mujer. Según la carta de Jung a Freud del 25 de septiembre de 1907, "El Dr. Gross me ha dicho que suprime inmediatamente la transferencia al médico, ya que convierte a las personas en sexualmente anormales. La transferencia al médico y su persistente fijación sería tan sólo un símbolo monogámico y por ello, como símbolo de represión, constituiría un sistema.

---

39 Los procesos de sejunción marcan que la estructura firme de las asociaciones se afloje en gran medida. Se propuso para explicar la sintomatologia de las afasias.

El estado auténticamente sano para el neurótico sería la inmoralidad sexual.” Esa audaz concepción anticipa, a nuestro entender con escasas diferencias, el “esquizoanálisis” de Deleuze y Guattari que repudian la transferencia como un “abyecto deseo de ser amado”, un estado “llorón e histérico”, mientras exaltan la falta de fe propia del esquizofrénico al que comparan con el revolucionario (Deleuze y Guattari, 1985: 14, 31, 71).

Tres puntos cardinales del pensamiento de Gross son compartidos por casi todos los representantes de la izquierda psicoanalítica y merecen ser destacados. En los dos primeros Gross se distancia a la vez de Freud y de Lacan. Pero el tercer punto toca –y anticipa– el núcleo del debate entre Lacan y el fundador del psicoanálisis.

La primera cuestión en la continuidad entre el campo del deseo y el campo social, es decir, entre terapia y revolución. Gross toma la subversión analítica en un sentido literalmente político. En “Cómo superar la crisis cultural” (1913) sostiene que “la psicología del inconsciente es la filosofía de la revolución”, porque el conflicto es entre el individuo y la norma general impuesta por la autoridad exterior. Concibe la curación como “la consolidación de valores individuales”, “la liberación del influjo sugestivo de la educación”, y “la creación de una nueva ética”. Es lo que declara en 1908 en “Violencia parental”, un artículo de perfil antipsiquiátrico en el que denunciaba el internamiento, forzado por parte de los padres, de Elizabeth Lang, hija de

un renombrado escultor que se había analizado con él. Ahí trataba de fusionar a Nietzsche con Freud al pensar que son las personalidades más singulares, "las inquietantes excepciones", las que sufren más dramáticamente el conflicto con la autoridad exterior y los imperativos de la generalidad.

Haciendo del psicoanálisis una herramienta para la revolución social, se distancia de Freud y también de Lacan que en *La ética del psicoanálisis* advierte que el conflicto psíquico no es reductible "a los desórdenes de la ciudad y los trastornos de la jerarquía". Cuando Freud le recordó a Gross que los psicoanalistas son "médicos", preservaba el lazo de la experiencia psicoanalítica con la clínica y la autonomía del campo del deseo respecto de todo ideal reformista. Algo similar hubo en la reacción de Max Weber cuando rechazó publicar un artículo de Gross expresando que ese escrito se trataba de "un sermón"[40].

El segundo punto es el de la desexualización de la dinámica

---

40 No obstante, Max Weber se mostró interesado por el psicoanálisis y hay una cierta reciprocidad de ese hacia la figura del sociólogo. Cabe destacar esta tesis de Lacan: "El movimiento en el cual es arrastrado el mundo en que vivimos promoviendo hasta sus últimas consecuencias la instalación del servicio de los bienes, implica una amputación, sacrificios, a saber, este estilo de puritanismo en la relación con el deseo que se instaló históricamente" (Lacan, 1986: 350–351). De hecho, el movimiento del capitalismo se ordenaba por una ética y una práctica puritanas. Se trata evidentemente de una referencia a Max Weber, que ligaba la emergencia del capitalismo a una represión del goce, en el cual la práctica de la acumulación suponía no gozar.

conflictual. En el ya citado trabajo del año 1913, el campo de lo sexual se presenta únicamente como el terreno en el que se produce el conflicto, pero no como su causa. Gross se acerca a Adler enfatizando el protagonismo de las relaciones de poder cuya confrontación se evidencia con mayor claridad en el plano sexual entendido como mero campo de batalla, pero cuyo rol productivo sería secundario. Anticipa entonces, junto a Adler, la desestimación de lo sexual que es tan cara a los teóricos de la izquierda analítica y que hoy sostiene la perspectiva de género bajo la rúbrica de la novedad. Carl Schmitt (2009) advierte que Gross, al igual que todos los anarquistas de su época, ve al pueblo como básicamente bueno y al magistrado como esencialmente corruptible. Así la relación amo–pueblo, al igual que la de varón–mujer, es presentada como una relación de poder y de abuso. Lo femenino sería la suma de las bondades y la dominación viril la fuente de todo mal. En “La simbólica de la destrucción” (1914) Gross plantea una violencia esencial en la relación heterosexual tal como el patriarcado la concibe. El sojuzgamiento de la feminidad es “el traumatismo más general de la humanidad, y es de ahí que nace el sufrimiento que experimenta la humanidad de ser lo que es.” Más allá del tono de prédica y reivindicación, la idea no resulta ajena del todo al pensamiento de Freud y mucho menos al de Lacan. Tiene además una resonancia especial respecto de cierto “empuje a la mujer” que a menudo se observa en la comunidad psicoanalítica. Denuncia lo que a la luz de Lacan podríamos entender como una violencia del

significante amo que lleva al sujeto a la alternativa de “violar o ser violado”, y postula lo que para él sería el fundamento de toda ética, que residiría en “el deseo de no dejarse violar y de no violar a otros”. A la luz de esta perspectiva, podríamos ver la homosexualidad como una suerte de “objeción de conciencia” similar a la de quien se niega a hacer el servicio militar y cumplir órdenes criminales. Bajo esta mirada las relaciones entre los sexos se desexualizan y son reinterpretadas como relaciones de poder. Tal es la otra brecha importante que separa a Gross de Freud y de Lacan.

También cabe defender aquí que tales afirmaciones no suponen necesariamente un punto de vista machista, ni siquiera cuando se refiere a la mujer como símbolo. En efecto, estos aspectos no son contingentes a lo que mantiene Gross: en “la concepción fundamentalmente comunista del paraíso”, al mencionar el Génesis, considera que es la mujer la que da el primer paso para crear el nuevo orden moral y jurídico (aconsejada por un principio del mal) ¿Qué psicología actúa en este cambio? La mujer espera que el cambio le sea favorable. Se trata del antiguo símbolo: “cerrar un trato”. ¿Por qué el cambio? El punto crítico del matriarcado es su complejidad social: su cohesión es (al mismo tiempo que lo establece), su condición de existencia. El creciente aprovechamiento de los recursos naturales, su acumulación, aconsejó un sistema económico descentralizado (pasaje a la propiedad privada)[41]. En este

41 A su juicio, el individualismo económico (capitalismo) se subleva

contexto de cambios e incertidumbres, la mujer, para afrontar la difícil situación de maternidad, esperaría una mayor seguridad y más fuerte apoyo si un solo individuo se responsabilizara.

El patriarcado determina así, un sujeto responsable y obligado a pagar, por tanto obliga a la evidencia de paternidad, en primer lugar con la exclusividad sexual. Esta utilización de la sexualidad (deja de ser bien de uso), como bien de cambio, es el pecado contra la sexualidad cuyas consecuencias muestra el Génesis: transformación de las sensaciones y concepción de la sexualidad con pudor. La venta de la mujer en la prostitución o el matrimonio trae como resultado el pudor sexual. La siguiente consecuencia es la conformación de la familia autoritaria. El autoritarismo como institución desplaza el centro de gravedad, del vínculo entre los individuos y la sociedad, al vínculo jurídico entre los individuos. Para que el acto sexual devenga en objeto de

---

contra la vieja moral social: es el nacimiento de la propiedad. La lucha individual por el poder, sobre todo en forma de propiedad, adquiere su forma social duradera por intermediación de un estado de equilibrios más o menos estable: el derecho. Pero, como dice Nietzsche, este es un sistema de compensación entre quienes tienen parecidos poderes. Con el desarrollo del individuo en tanto entidad económica, se pierde la posibilidad de desarrollo de la individualidad y la de relaciones verdaderas cuya condición previa es la interacción enriquecedora de dos individualidades intactas. La idea de la redención no es más que el reencuentro del ser humano consigo mismo y su renovación, a partir de la catástrofe irremediable. A lo largo de las generaciones esto se inscribe profundamente en el inconsciente y se considera como algo dado por la naturaleza.

compra, debe negarse el deseo común, y el común interés. La mujer concibe su sexualidad como algo que no desea, sólo aguanta.

El tercer punto reside en la concepción del pecado original, apreciable en el artículo “La concepción fundamentalmente comunista de la simbólica del paraíso”. Esa “concepción comunista” implicaba algo más que una idea política. De entrada, cabe recordar la referencia a la inmersión del sujeto viviente en el orden simbólico: “Si uno se imagina que se encuentra solo en un pueblo completamente ajeno y se quiere comunicar con este pueblo, entonces se verá ante el insondable problema del esfuerzo que cada niño tiene que realizar para aprender la lengua materna y que para el adulto resulta incomprensible”. Esto que se nos describe bajo la especie de una violenta alienación, deja un resto que de acuerdo con Gross se proyecta en los fantasmas acerca de lo sobrenatural, en el más allá, y en la añoranza de un paraíso perdido. Aquello que no se somete a la influencia normativa del medio exterior sería una individualidad innata que él supone como algo dado. Pero Gross había intuido de un modo agudo el rol del lenguaje en los procesos inconscientes, lo que se pone de manifiesto en la concepción que él tenía de la influencia de las cadenas asociativas en los fenómenos de la psicosis.

Comprendió desde un principio al inconsciente como un proceso de pensamiento que denominó “función cerebral secundaria”. No era, además, con toda seguridad, un

partidario del reforzamiento del yo, ni de la adaptación como criterio de salud.

En todo caso, el pecado original no fue para Gross un pecado de soberbia, ni tampoco un pecado sexual. Sostiene que una lectura atenta de Génesis III, 16, demostrará que el matrimonio y la dependencia de la mujer respecto del orden masculino son actos contrarios a la voluntad de Dios, y que la letra misma del Génesis nos estaría diciendo que el pecado fundamental residió en haberse sometido a la ley, a los resquicidios de la concepción judeocristiana del bien y del mal, al abandono del matriarcado. Porque esto, abandonar el matriarcado, siempre según nuestro autor, no significa haberle quitado el poder a la madre sino abrazar un sistema normativo, un canon de valores y de reglas, de jerarquías. En suma: en la aceptación de un padre reconocido y por lo tanto en la entronización de la autoridad paterna y la posesión sexual. Reconocemos ahí la excepción paterna que funda la regla. En cambio, lo que Gross designa bajo la rúbrica del matriarcado, y sin distinción alguna entre lo femenino y lo materno, aparece no como la transferencia de poder del padre a la madre sino como una lógica diferente de las relaciones humanas. “El matriarcado no conoce límites ni normas, no hay moral ni control en lo que concierne a la sexualidad”, asegura Gross.

Así pues, el pecado original habría sido entonces el de la expulsión radical de las divinidades femeninas, del culto de Astarté, por ejemplo, y su sustitución por un “monoteísmo

teocrático y autoritario". Reconocemos ahí la operación de la metáfora paterna, solamente que Gross la valora de un modo harto diferente. Esta posición estaba muy difundida en el pensamiento anarquista, y por eso Carl Schmitt decía a principios del siglo pasado que "...los anarquistas actuales miran la familia monógama y asentada sobre la autoridad paterna como verdadero estado de pecado y preconizan la vuelta al matriarcado..." (Schmitt, 2009: 57).

Gross se cuenta, así como el primero dentro del movimiento psicoanalítico en pensar que el pecado original reside en la exaltación del padre, en la promoción del monoteísmo y en el rechazo de lo femenino. Si bien Gross nunca dejó de considerarse un discípulo de Freud, sabemos por elaboraciones posteriores que ese pecado original pone sobre la mesa el protagonismo del régimen edípico, y sobre todo la primacía de la perspectiva del deseo sobre la del goce. De algo podemos estar seguros: si Lacan dijo que había que ir más allá del padre después de haberse servido de él, posiblemente Gross hubiera encontrado lo último como una imposibilidad, tal como muchos otros lo declararon explícitamente después y lo siguen haciendo. La enseñanza de Gross postula el imperativo de prescindir del padre de un modo radical. Pero el punto álgido que toca su artículo es la cuestión de la pluralización de los nombres del padre. Un tema acaso no completamente elucidado en lo que se refiere a la articulación entre la enseñanza de Freud y la de Lacan. En su curso Extimidad, J.–A. Miller dice que la función

del padre es lo que del judaismo se encuentra presente en la teoría freudiana, porque en esencia el judaismo residió en haber elevado al padre al rango de Dios único. Fue el paso decisivo que suprimió a las religiones maternas. Miller reconoce que este “pasaje de las religiones del goce del Otro al monoteísmo paterno repite la estructura del complejo de edipo” (Miller, 2010:195). Se muestran allí dos caminos en la tradición religiosa que de alguna manera alcanzan también al psicoanálisis: la perspectiva del goce y la del deseo. Freud jugó con la idea de que las perversiones serían una supervivencia de esos ritos metafísico–sexuales aludidos por Lacan en aquella clase singular. La idea del dominio de las mujeres esconde a menudo el fantasma del dominio materno; un fantasma prioritariamente masculino, de perfil fetichista–perverso, básicamente homosexual y, sobre todo, filial. La rebelión en contra del padre es algo muy deseado por los varones afectados por una “sensibilidad de complejo paterno” y que se ve igualmente reflejado en la idealización del goce de la transgresión, la promoción de lo queer, de la pluralidad sexual y del imperio de lo pretendidamente inclasificable y que apunta a la transgresión de una suerte de pecado “original”.

El tema de la homofobia por parte del psicoanálisis en general, y de Gross en particular, nos parece propio de un anacronismo. En principio porque ni Sigmund Freud, ni sus discípulos, ni sus herederos, ni tampoco Gross, hicieron de la homosexualidad un concepto o una idea propia del

psicoanálisis. En consecuencia, ninguna de las tendencias del freudismo, menos aún Gross, produjo una teoría específica de esta disposición sexual, que se hacía derivar de la bisexualidad propia de la naturaleza humana y animal, y que se relacionó al principio con el ámbito de las perversiones sexuales, y después con el de la perversión en general, como elemento de una estructura ternaria que incluye además a la psicosis y la neurosis. Pero, dada la transformación inducida por el psicoanálisis en la mirada que la ciencia y el saber occidentales establecían sobre la sexualidad humana, se puede afirmar que a propósito de la homosexualidad y con los medios teóricos propios de la época, el psicoanálisis rompió con el discurso psiquiátrico de fines del siglo XIX que (desde Benedict–Auguslin Morel hasta Valentín Magnan, pasando por Richard von Kraft–Ebing) consideraba la homosexualidad como una tara, una degeneración, que caracterizaba a juicio de algunos de ellos una “especie” o una “raza” siempre maldita, siempre reprobada.

Hubo que aguardar a la década de 1970, y después a los trabajos de los historiadores (desde Michel Foucault hasta John Boswel), y a los grandes movimientos de liberación sexual, para que la homosexualidad dejara de ser considerada una enfermedad, y se la viera como una práctica sexual de pleno derecho: se habló entonces de las homosexualidades y no ya de la homosexualidad, para significar que se trataba menos de una estructura que de un componente de la

sexualidad humana, suscitador de una pluralidad de comportamientos, tan variados como los de los neuróticos comunes. Desde esa perspectiva lo reconocemos ahora, pero por lo demás, el psicoanálisis había indicado el camino de ese enfoque, al derivar la homosexualidad de la bisexualidad, y remitiéndola a una elección inconsciente ligada a la renegación, a la castración y al Edipo. Dicho de otro modo, el psicoanálisis se desprendió de la sexología: lo que le interesó en primer lugar no fue valorizar, desprestigiar o juzgar la homosexualidad, sino comprender sus causas, su génesis, sus estructuras, desde el punto de vista de la nueva doctrina del inconsciente. De allí el interés en la homosexualidad latente de los heterosexuales en la neurosis, y más aún en la paranoia[42]. Por cierto, Freud conservó el término perversión para designar los comportamientos sexuales desviados respecto de una norma estructural (y ya no social), e incluyó la homosexualidad como una perversión de objeto, caracterizada por una fijación de la sexualidad en una disposición bisexual. Con este enfoque le retiraba todo carácter peyorativo, diferencialista, antiigualitario o, por el contrario, valorizador. En una palabra, contribuyó a insertar la homosexualidad en el universal de la sexualidad humana, y

---

42 Cabe añadir aquí que la noción de homosexualidad se ha construido desde un modelo sexual histórico concreto. Para una crítica de la visión hegemónica sobre la homosexualidad y su naturaleza paradójica, y contra la institucionalización de la cultura gay como estrategia de reconversión del gueto en mercado, véase N. Chaves (2009).

la humanizó, renunciando progresivamente a considerarla una disposición innata o natural (es decir biológica) o una cultura para concebirla como una elección psíquica inconsciente. Gross sigue en gran medida esos criterios al rechazar todas las tesis sexológicas sobre “el estado intermedio”, el “tercer sexo” o “el alma femenina en un cuerpo de hombre”. Según la doctrina del Edipo y el inconsciente, la homosexualidad, como consecuencia de la bi–sexualidad humana, existe en estado latente en todos los heterosexuales. Cuando se convierte en una elección de objeto exclusiva, tiene por origen en la mujer una fijación infantil a la madre y una decepción respecto del padre. No hay tampoco una utilización clínica sobre la cuestión, mostrando que era inútil tratar de “curar” a un sujeto de su homosexualidad cuando estaba instalada, y que la cura psicoanalítica en ningún caso debía realizarse con ese objetivo.

3. La idea de conflicto. Lo propio y lo ajeno

Para contextualizar las ideas más sociales de Gross es también productivo situar su producción teórica en diálogo con Freud, según el cual la cura y el tratamiento se producen vía abreacción, esto es, haciendo conscientes los contenidos inconscientes reprimidos. En efecto, el método psicoanalítico, al hacer consciente lo inconsciente, descubre aquellos

aspectos que por influencia de lo ajeno fueron apartados de la conciencia y por tanto reprimidos, y desde ese lugar emanan sus exteriorizaciones patológicas. Se trata de llegar vía asociación a aquel material que permanece oscuro y aparece como bloqueador de lo propio, la predisposición individual (Gross, 1919). La técnica psicoanalítica consistiría en "una corrección sistemática de la debilidad actual del órgano psíquico en el tratamiento, la integración y la reactivación de elementos afectivos" (íbid.). No existe pues nada innato tendente al padecimiento, sino muy por el contrario, si el yo es una función de desconocimiento y lo más propio se presenta como ajeno es debido a la compulsión externa: "Nos parece lógico suponer una armonía necesarias de todas las disposiciones innatas; nos parece absurdo no reconocer en la configuración de las disposiciones innatas, en ellas mismas, la armonía y las condiciones necesarias para un funcionamiento armónico" (íbid.)[43]. Para Gross existen componentes innatos en la temprana infancia, previos a todo conflicto. Las características

---

43 Gross acusa el positivismo de su época al propugnar el innatismo de lo propio. Traído al campo de batalla actual, el desarrollo de lo propio se mimetiza con praxis comunitarias: actividades artísticas o productivas, espacios o relaciones interpersonales, contraculturales y lejanas al autoritarismo. Lo comunitario como el desarrollo no alienado de lo propio, como el desarrollo positivo de un agregado de individualidades no coaccionadas ni coactivas; la disolución del Poder. Asimismo, el giro neoliberal al que hacíamos referencia ha ido limando el capitalismo para, partiendo de un sistema económico que impone relaciones laborales muy concretas, crear un nuevo sistema de valores que desplaza el foco de legitimidad, tornando en obvias estructuras anteriormente impugnadas, y en

principales de estos componentes innatos son una armonía y equilibrio interior (Gross, 1913) la infancia está preñada de estos componentes vitales que tienden hacia la autonomía, la libertad y la individualidad; entendiendo esta última no como algo particular sino como algo singular y colectivo. Lo innato es la tendencia a no dejarse violar ni tampoco violar a otros (Gross, 1914). Si en el fondo del alma humana reina un conflicto que rompe la unidad psíquica y que genera un padecimiento, este último no puede ser visto como algo normal ni natural por lo que es necesario intervenir y "rechazar que algo tan contraproducente se pueda concebir como un carácter propio de la especie, como una disposición innata del ser humano" sino más bien "(...) el instinto de arrimarse a los demás es tan central para la conservación de la especie como la voluntad de mantener la propia naturaleza innata".

Este componente innato de la infancia propuesto por Gross se ve prematuramente puesto en cuestión por la influencia de lo ajeno. El primer conflicto que experimenta el infante es entre lo propio y lo ajeno "Se demuestra que la verdadera esencia de estos conflictos siempre puede atribuirse en el fondo a un principio universal: al conflicto entre lo que le es propio al individuo y lo ajeno, entre lo que es individualmente innato y lo que es sugerido, aprendido e impuesto desde el exterior" (Gross, 1913). Lo ajeno, exterior, está enmarcado y propuesto desde un sociedad

---

enajenadas las posiciones críticas con pilares de la nueva moral, como la propiedad, la familia, o un modelo político jerárquico y autoritario.

patriarcal y autoritaria (Gross, 1919) en donde la infancia es vista como algo moldeable y adaptable (Gross, 1913) la mujer como objeto al servicio del hombre (Gross, 1913) y en donde la normalidad y la uniformidad pareciera ser más bien la verdadera enfermedad "¿Cómo es posible que los humanos puedan olvidar lo miserables que son –lo miserables que se hacen? Esta pregunta necesita respuesta. Es la pregunta de la psicosis de la humanidad a la que nos sentimos llamados a responder." (Gross, 1913)

La sugestión y efecto de lo ajeno se apoya en el temor del infante a la soledad, a la posibilidad de la pérdida de amor por parte del adulto, esta sensación experimentada prematuramente por el niño convierte este temor a la soledad en adaptación resultando una subjetividad compuesta mayormente por "(...) voluntades ajenas asimiladas, de una voluntad ajena a lo que se han adaptado, y perciben esa voluntad extraña como su propia personalidad" (Gross, 1914). Efecto de esta imposición, el conflicto psicopatológico lleva a sentir lo más propio como lo ajeno. Este es el sujeto uniforme, el sujeto producido en masa adaptado al orden social, que se ha ahorrado la perpetuación y gravedad del conflicto ya que se ha adaptado al desgarramiento interior. (Gross, 1914)

En cuanto al carácter problemático de la sexualidad, si hay un conflicto con la sexualidad, este es un "hecho social", no hay nada natural que justifique una lucha entre los sexos." (Gross, 1919). Si hay lucha, esta se basa en una relación de

poder. Es mediante la educación y los diversos dispositivos de coerción de los cuales se sirve el poder, el Estado, la familia patriarcal, las instituciones y el capital (Gross, 1919), sumado al desvalimiento y necesidad de contacto del niño (Gross, 1913) la razón por la cual este temprano conflicto pasa a ser vivido como algo interior, pasa a ser percibido como interior y personal. La sexualidad en tanto atravesada por la sugestión externa ha devenido conflicto. “De este proceso de represión resulta la imposibilidad de vivir la situación sexual como algo común, como una acción unificadora, es decir, resulta que en el acto sexual cada uno sólo puede experimentar al otro como instrumento para su satisfacción sexual, ya que la tendencia represiva hace que niegue y aparte de sí la posibilidad de experimentar en sí mismo la sexualidad del otro.” (Gross, 1920).

A pesar de lo que venimos mencionando anteriormente, para Gross es imposible vivir en sociedad sin pérdida, sin ningún tipo de adaptación, no hay nadie que viva en civilización que pueda sustraerse por completo y de manera total a lo impuesto; el asunto está en si dicha perdida es algo que tiene que ocurrir necesariamente a la vez en resistir y no perder del todo aquella individualidad, es decir lo singular y propio de cada uno de los sujetos. Es en este sentido que para Gross aquel conflicto psíquico, este desgarramiento interior es directamente proporcional a la resistencia ofrecida por el sujeto en mantener su propia tendencia a la individualidad,

> “Son precisamente los individuos mentalmente más fuertes y más resistentes contra la influencia sugerente en los que la lucha interiorizada de lo propio contra lo ajeno lleva a una desintegración más intensa” (Gross, 1908) es allí precisamente donde el psicoanálisis debe venir, potenciando esta resistencia, propiciando al hacer consciente lo inconsciente “(...) la anulación de los resultados de la educación en aras de la autorregulación individual. La consolidación de los valores individuales significa la curación” (Gross, 1908). Lo reprimido, que se encuentra en el inconsciente es esta tendencia natural a la libertad y el desarrollo libre del sujeto y el otro; en este sentido Gross entiende la salud como la realización de las potencialidades individuales e innatas del ser humano (Gross, 1914). Como vemos, lo innato e individual no se encuentra en oposición con la colectividad y el bien común.

En la medida en que no hay una separación tajante entre lo individual y lo colectivo, en que “La economía libidinal no es menos objetiva que la economía política, y la economía política no es menos subjetiva que la economía libidinal.” (Deleuze y Guattari, 1985: 355). No hay progreso interior que no sea exterior. No hay cura individual sino colectiva. Cualquier terapéutica que busque tratar el padecimiento está tratando con lo social. “Mediante el psicoanálisis se debería recuperar lo más genuinamente humano, aquella predisposición natural e individual (...) la tendencia que

busque la autonomía, la libertad dentro de la colectividad" (Gross, 1919).

4. Infancia y educación

Cuando Gross habla de que lo ajeno entra en el campo de lo propio, de la vida interior, no habla sólo de lo público, sino de todos los aspectos ajenos a la propia individualidad de la persona. No hablemos ya de los medios de comunicación, más cuando el primer contacto con ellos se da en el hogar, cuando los niños son muy pequeños y valiéndose estos de la permeabilidad que permite ese entorno de confianza. La disolución total de lo propio la encontramos en el plano virtual, en las redes sociales, donde para obtener la atención de los demás hay que "vender" trozos de uno mismo y de la vida interior, que pasan a formar parte de un vertedero masificado donde se desvalorizan y pierden su sentido (sin entrar en las consecuencias de que todo ese capital cognitivo, formado por subjetividades e intimidades, se convierte en propiedad del *big data* o inteligencia artificial al servicio del capital). Además, cuando usamos las redes solemos pasar nuestros pensamientos por el filtro de lo políticamente correcto o mostrar lo que creemos que se espera de nosotros. Las redes sociales por su propia configuración nos homogenizan, nos hacen más parecidos

unos a otros, nos recortan a patrón y nos meten en burbujas en las que solo coincidimos con perfiles parecidos al nuestro. Es el big data quien decide qué mensajes voy a ver, qué personas voy a conocer. Y definir al enemigo (entendido en su más amplio sentido) es el primer paso para colonizarle. La organización en el espacio laboral se complica cuando de un trabajo donde nos encontramos con iguales pasamos a ser freelances, falsos autónomos, etc. Individuos a los que se exige autosuficiencia cuando no hay tejido social, explotados y ninguneados. Lo mismo ocurre con la conquista de derechos o espacios de autonomía.

Los individuos más intensos, más conscientes o reflexivos, son los que más resisten a las influencias del exterior, por lo que su lucha es más dura, pero seguramente se den diferentes niveles de lucha, dependiendo de la etapa del desarrollo de estos niños, del tipo de relaciones con su entorno (más o menos jerárquicas), de su situación cultural o económica, de las ventajas con las que cuenten o de las estrategias que sepan desarrollar para mantener su individualidad aunque sea sólo para sí mismos (en casa, en la escuela, etc.). A este respecto, muchas veces resulta determinante el tener al menos una persona afín con la que puedan exteriorizar su singularidad y verse reforzados.

En estos casos el conflicto es más intenso porque no pueden aceptar como propios, valores e ideas que no tienen que ver con los suyos, ya formados. Quizás eso acabe jugando a

su favor. Los que se pliegan a los valores sugeridos no siempre se están plegando a unos valores concretos, sino que al renunciar a los suyos están renunciando a la reflexión y aceptan cualquier otra cosa, “lo que toque” o aquello de lo que les convenzan en cada momento (y que pueden llegar a defender con convicción). No obstante, para ello la manipulación debe relacionar esas ideas con algunas más profundas y difíciles de eliminar (el amor materno, la necesidad de identidad) aunque la relación que se trace entre una cosa y la otra al final de la cadena no tenga correspondencia demasiado coherente, eso es lo de menos. Lo importante es la relación entre los diferentes elementos de esa cadena de sentidos.

Habitualmente el niño incorpora a su forma de ser la figura paterna como forma de resolver los conflictos con la autoridad del padre. Así surge el superyó, como mecanismo de defensa que sin embargo aleja a la persona de su verdadero ser. Después, el superyó se amoldará y copiará a la autoridad, quizás reprimiendo así al verdadero yo. El superyó se va proyectando sucesivamente en distintas figuras de autoridad, que son idealizadas, ocurriendo que a la vez se va modificando. Alguien criado en una sociedad autoritaria no tiene por qué resultar autoritario, pero ha pasado por este proceso de identificación con la autoridad al menos en los primeros años de su vida, por lo que le costará más rebelarse contra dicha autoridad o evitar abusos contra sí mismo o contra otros en las situaciones del día a día.

El niño ya no podrá diferenciar entre lo ajeno sugestionado y sus propias ideas. Todo formará parte de un consenso, el consenso social prefabricado, y las ideas que se desvíen de esto y que aún puedan surgir quedarán excluidas al momento o pasarán al inconsciente, donde empezará una batalla. Esto da lugar a ese individuo extraño que no se reconoce, un individuo formado por ideas ajenas, y que a veces no siente sus intuiciones como propias, como resultado de este desligamiento ocurrido durante su crecimiento personal. A esto hay que sumarle el malestar que provoca la idea de "bien" y "mal", que supone un chantaje a la moral en construcción del individuo. Nos referimos al sentimiento de culpa que lleva a una desvinculación del yo al no poder alcanzar la versión ideal proyectada, ese ideal irreal pero que se puede presentar como más verdadero que el propio yo.

Es posible que lo único que diferencie a unos niños de otros a este respecto sea que unos han desarrollado su personalidad y afianzado sus convicciones más rápido y por eso pueden enfrentarse a los envites de lo externo. En una edad en la que los estímulos son tantos (más en la sociedad actual) y en la que el niño aún está definiendo lo que es lo propio y lo que es ajeno (de ahí la ventaja con la que cuenta este proceso de intromisión en lo propio), esta actividad cognitiva y reflexiva puede resultar agotadora para los niños, por lo que muchos abandonan y se dejan llevar.

No obstante, pueden darse repuntes en los que el indi-

viduo recupere su identidad coartada más adelante y la reconfigure, aunque esto es poco habitual. Esto suele ocurrir en la adolescencia. Puede suceder cuando aquello en lo que uno creía se muestra descaradamente como falso (aunque a veces el individuo justifica lo injustificable por absurdo que resulte para no sufrir el vacío, alejándose de nuevo de sí mismo) o cuando una idea menor que se ha "colado" dentro va creciendo al contrastar con otras "casualidades". Puede ocurrir en un corto período de tiempo y de forma inadvertida, otras veces es el resultado de un proceso largo. Las teorías de la disonancia cognitiva lo explican con detalle.

La angustia que genera la disonancia entre dos ideas incompatibles se resuelve así: obviando la idea que ha generado un conflicto con respecto a las ideas constitutivas de la personalidad (menospreciando dicha idea, caricaturizándola, atribuyéndole connotaciones falsas, todo lo necesario para no tener que pensarla en profundidad).

La disonancia también puede resolverse positivamente: aceptando la nueva idea en un marco más amplio, aunque para ello quizás haya que renunciar a algunas ideas falsas o no exactas, a las que uno se había aferrado. "Se ha descubierto que la psique humana rechaza con una indiscutible intensidad las contradicciones interiores y que cierra el campo de las asociaciones de la conciencia controlable y dominable a las experiencias que están cargadas de afectividad si son inconciliables con motivaciones a las que no se está dispuesta a renunciar" apunta Gross en

“La formación intelectual del revolucionario”. Esto anticipa en cierto modo la teoría de la disonancia cognitiva.

En cualquier caso, no hay por un lado individuos que se han “salvado” de este conflicto manteniendo intacta su forma de ser (nadie sale ileso), y por otro lado, otros completamente alienados, sino quizás diferentes niveles y múltiples zonas de sombras. Lo que sucede es que, según va acabando el desarrollo de la persona (final de la adolescencia o durante la juventud) es más difícil recuperar los aspectos perdidos; y sobre todo, que las personas que se mantienen en su individualidad, siguen poniendo en duda lo que les ocurre y reflexionando, no tienen tantos intereses ajenos interiorizados (por lo que tampoco tienen necesidad de defender lo incoherente) y pueden deshacerse de errores de comprensión, encajarlos en marcos cognitivos más amplios, ampliar sus horizontes o inquietudes etc., por lo que pueden avanzar exponencialmente. Y lo mismo ocurre con su interior, que se amplía y se refuerza. Ciertamente hay personas que aun habiendo sufrido estas contradicciones, salen bastante bien paradas y pueden desarrollar su personalidad escapando de la neurosis o del sadismo o masoquismo que afecta a otras. Esto no debería extrañarnos, pues los que lo hacen con mayor facilidad son los niños, que a menudo son los que más sufren la tensión propio–ajeno. Para ello hay que evitar caer en la resignación, así como en el victimismo, la autocompasión o el ego, pero también en la sumisión o adaptación obediente. Por supuesto no se trata de

pretender conseguir esto solo, sino apoyándose en los demás. Este también es un problema cultural y social.

Decíamos que los niños que consiguen afianzar su personalidad incluso aunque les cueste renunciar a todo lo que los chantajes sociales les ofrecen después de habérselo negado (el grupo a cambio de adaptarse, el reconocimiento social, el afecto, etc.), estos niños tienen una relación más estrecha con la realidad y no aceptan lo incoherente o lo injusto, como ocurre también con los que han recibido una educación respetuosa.

Otro aspecto para tener en cuenta es la educación formal. La escuela homogeniza, cada año educa a millones de niños con los mismos contenidos, procedimientos, referentes, valores, subjetividades regladas y empaquetadas, etc.[44] En la enseñanza superior ocurre lo mismo, sólo que con ideas y esquemas conceptuales más complejos, pero que se asientan en lo aprendido previamente, incluyendo las ideas interiorizadas.

Una persona que ha llegado a conclusiones válidas debe adaptarlas a la forma que marcan la instituciones, pues sino no será tomado en cuenta.

Esto es así porque si no, las instituciones no podrían reglar

---

44 Véase Pedro García Olivo. El enigma de la docilidad. Sobre la implicación de la escuela en el exterminio global de la disensión y de la diferencia. Virus editorial, 2009 (disponible en descarga gratuita).

y monopolizar el saber, por eso se desprestigian otras formas de expresarse, aunque sean perfectamente útiles y comprensibles[45].

“Donde el momento de la individualidad haya podido mantenerse a lo largo de la infancia, ya no podrá ser eliminado por ninguna fuerza externa” dice Gross (1908). Pero esto también sirve quizás para los que han asentado en su infancia la forma de ser que les han introyectado (y que por haberse configurado poco a poco en su interior, entienden como propia). El psicoanálisis puede ser una solución. Si la configuración de un individuo es una concatenación dialéctica, por mucho que sea compleja y conflictiva, tiene una cierta coherencia y puede ser comprendida, por lo que se puede revisar para eliminar “errores” en ella, hacer consciente lo inconsciente (que a veces no es tan inconsciente, pero ha sido codificado). Esto se puede hacer por ejemplo realizando el proceso inverso, el camino al revés, como propone Gross.

Da la impresión de que, en épocas anteriores, los niños por lo general tenían un carácter o un criterio más diferenciado, a menudo más marcado, incluso a edad más temprana, puede que se deba a motivos históricos y sociológicos evidentes. Quizás la escolarización a temprana edad haya

---

45 Josep María Esquirol (2015) afirma que el lenguaje académico es difícil precisamente para resultar incomprensible a la mayoría de la gente.

cambiado esto o quizás más recientemente se deba a la invasión de las tecnologías y sus constantes estímulos que no dan tiempo para la reflexión y la rememoración necesaria para la formación de una personalidad sólida y un criterio propio. Las nuevas tecnologías suponen una “infantilización” (aunque este es un término viciado) de los niños y por ende a largo plazo (cuando crecen) de la sociedad. Con infantilización nos referimos a una merma de capacidades humanas tales como la comprensión, la memoria, la capacidad para las relaciones, la capacidad de contextualizar, entender y crear conceptos que nos ayuden a pensar, la empatía, la tolerancia a la frustración, etc. Según Freud, lo que configura el carácter es la propia actitud tomada ante la propia sexualidad. Pero claro, la mayoría de las veces esa actitud está fuertemente influenciada por la sociedad.

Dice Gross que los niños que defienden con más ahínco su individualidad pueden desarrollar, por la intensidad del conflicto, un tipo concreto de neurosis. A veces acaban en conflictos con la sociedad, pero por el mismo motivo que podían tener problemas en la escuela. También pueden ser los que se “pierden” antes (por un proceso que se ceba especialmente con ellos, ante la única opción de plegarse al sistema prefieren abandonarse). ¿Cómo saber si un individuo se ha perdido tras años defendiendo su forma de ser o si se dejó llevar desde el principio? ¿Importa esto? ¿No se trata acaso del mismo problema?

La educación también puede enseñar dulcemente, da igual que sea así o mediante la imposición, siempre supone un ataque a la individualidad del niño. Además, este sólo interiorizará aquello con lo que se siente vinculado, puede aprender por contentar a alguien o por la presión social o la autoridad, pero ese conocimiento no le reportará el mismo beneficio, ni le será igual de propio, ni lo usará con la misma autonomía, no habrá aprendido de verdad. Esta intromisión de lo ajeno en lo personal es más sutil pero también crea una falsa conciencia.

Aquellos que no desarrollan su personalidad de manera satisfactoria tienen más difícil desarrollar sus capacidades o no pueden hacerlo conscientemente, acorde a su forma de ser, por lo que no pueden apropiarse de ellas para construirse como personas más completas y equilibradas. Esto es lo que el capitalismo busca, que crezcamos vacíos para hacerse con nuestras capacidades (físicas, intelectuales, creativas, etc.) y que las usemos para sus intereses (trabajando como asalariados) y no para los nuestros, individuales o colectivos. El papel del sistema educativo en esto es innegable, va unido a la formación y a la castración progresiva de la personalidad, en un proceso de adaptación que dura años y que a cada curso se va complejizando. A la vez, impide el desarrollo de las capacidades que no les son útiles o le pueden resultar peligrosas. La obligación de seguir las pautas nos desvincula de las prácticas desde pequeños (por ejemplo, para dibujar, escribir o hacer cálculos matemáticos hay

que seguir unas pautas dadas). Nos quitan esa libertad de creación y desarrollo como parte del currículo oculto[46], nos acostumbran a actuar siempre bajo normas, no porque lo necesitemos, sino porque necesitan que las necesitemos.

Dice Dubois–Caballero (1975) que la soledad provocada por ese conflicto entre lo propio y lo externo "significa la locura porque el pánico del aislamiento total solo puede vencerse mediante un retraimiento tan radical del mundo que el sentimiento de separación se desvanece, porque el mundo exterior ha desaparecido. Esto se consigue por la adoración, el sacrificio, las conquistas militares, la lujuria, el ascetismo, el trabajo obsesivo, la creación artística o el amor a dios" (este asunto lo ha abordado la antipsiquiatría y Laing en especial). La opción tomada dependerá de la personalidad de cada cual. Sin embargo, ninguna resulta satisfactoria en última instancia (y quizás sólo la creación artística es positiva) ya que sigue obviando el yo. Otros buscan la solución rápida en las drogas o el trance. La respuesta ya la dio Reich, en consonancia con Gross: la sexualidad libre y el

---

46 Se llama currículo oculto a aquellos aprendizajes que son incorporados por los estudiantes, aunque dichos aspectos no figuren en el currículo oficial. Según las circunstancias y las personas en contacto con los estudiantes dichos contenidos pueden o no, ser "enseñados" con intención expresa. Aunque el currículo oculto incorpora gran cantidad de conocimiento a los estudiantes, en algunas ocasiones tiene una connotación negativa dado los valores que promueve entre clases y estatus sociales. Véase Jurjo Torres (1991).

orgasmo[47] (mediante el cual se rompe con la separación entre lo propio y lo ajeno). Pues la sexualidad forma parte intrínseca de la persona y por tanto condiciona y es condicionada por la relación de la persona con lo externo. De ahí que los problemas o desviaciones sexuales (incluidos el sadismo o el masoquismo) vengan de los conflictos personales explicados por Gross.

Las personas que se salen de lo establecido están y se sienten, por lo general, “fuera” de la sociedad. Pero la relación entre individuo sano y sociedad no es antagónica por sí misma. En una sociedad como el matriarcado propuesto por Gross donde se diera el libre desarrollo de cada uno, donde las capacidades e intereses no hayan sido coartados sino potenciados, estas podrían converger con las de otros, enriqueciendo socialmente a todos, como planteaba William Morris (2014).

Vivimos en una sociedad agresiva revestida de progreso[48], sin embargo, el progreso técnico o científico nunca ha solucionado los problemas morales (Günther Anders), ni siquiera en última instancia los sociales u organizativos, que siempre vuelven a resurgir. Aquí podríamos referirnos al malestar de la cultura. Las inseguridades y las dudas morales se desvían jerárquicamente hacía el sexo, como forma de

---

47 Véase W. Reich (2010) y (2019).

48 Marcuse, Herbert. La tolerancia represiva y otros ensayos. Madrid, La catarata, 2010.

desahogarse, pero esto no evita las contradicciones ni la resolución de los conflictos morales.

La potencialidad humana de autoconocimiento, a nivel individual y social, desdibuja las líneas entre lo propio y lo ajeno. El psicoanálisis posibilita "un entendimiento recíproco, que haría superable la soledad eterna, y posibilita una nueva ética con raíces auténticas en la vida" decía Gross. Su criterio era pues unir el psicoanálisis con la crítica cultural y social y liberar las fuerzas interiores para ponerlas al servicio de la revolución. ¿Por qué no ha sucedido esto? Según Gross, "el psicoanálisis debe servir para sanar a todos, vivir en esta sociedad implica estar enfermo ya que la sociedad actual no respeta lo auténtico ni al individuo". En realidad, esta es una sociedad de individuos fragmentados. Hay un nivel de correspondencia entre el estado de salud de un individuo y la sociedad (al fin y al cabo, la sociedad es sólo un conjunto de personas). La sociedad que respeta al individuo no es esta sociedad individualista que aparentemente lo ensalza. El individuo hecho a sí mismo del que habla la ideología del sistema no existe.

La sociedad que respetaría al individuo sería la sociedad cohesionada, diversa, sin clases sociales, como aquellas de la que hablaba el antropólogo Pierre Clastres (2010)[49], a

---

49 Pierre Clastres afirmaba, basándose en sus más de diez años de trabajo de campo con diferentes pueblos indígenas de Latinoamérica, que durante la mayor parte de la historia de la humanidad las sociedades han vivido sin Estado, y explica cómo se organizaban de forma compleja sin necesidad de

quien Ángel Capelleti consideraba continuador de la obra de Kropotkin. Esa oposición entre individuo y sociedad no es real más que en esta sociedad, que está lejos de ser una libre asociación de individuos. Esa sociedad ideal en la que los intereses y la autonomía de cada cual no son contradictorios con los de la colectividad, no es el liberalismo, sino aquella que esbozaron desde Morris (2012) a Illich (2014, 2016) o Mumford (2010).

El psicoanálisis puede dar las herramientas a un individuo para cambiar, mostrando lo que la sociedad podría ser. Algo parecido observamos en los niños educados en libertad y en valores comunitarios que no han conocido la autoridad. El psicoanálisis y la educación tienen un potencial liberador increíble a nivel social, pero no el psicoanálisis o la educación manipulados y alejados de su concepción inicial. Tendríamos que hablar de un psicoanálisis como el de Gross o Reich, que tienen en cuenta el factor de clase, la libertad y la individualidad, al igual que lo hace la educación libertaria[50].

---

este, poniendo como ejemplo varias de estas sociedades en su libro La sociedad contra el Estado. Tales sociedades se han presentado por lo habitual como menos evolucionadas y además carecen de lugar en la Historia, pues la Historia empieza con la creación del Estado, y es sobre todo la Historia con relación al Estado y sus asuntos y no tanto en relación con la sociedad. Clastres es quizás el iniciador de una corriente de la antropología que han continuado otros como David Graeber. Para saber más sobre la relación entre antropología y anarquismo, recomendamos la obra colectiva *+ (2008), el libro de David Graeber (2011) y Pueblos sin Estado. Antropología y anarquismo (2020) de Thom Holterman.

50 La relación entre educación y psicoanálisis fue tratada por W. Reich

Y es que estas dos ramas son en un amplio sentido lo mismo. Sin autoridad no hay represión sexual, y sin ella no se reproduce el autoritarismo. Por su parte, Georg Groddeck, en la línea de Wilhelm Reich, entendió el psicoanálisis como inseparable del análisis de la expresión corporal (pues cuerpo y psique son uno); los trastornos y neurosis son causados por heridas en la historia personal y estas se expresan también inconscientemente mediante el cuerpo: en los gestos, los movimientos, los actos y no solo en las palabras. El cuerpo tiene su propio lenguaje. Hoy vivimos en la sociedad de la tolerancia represiva que describió Marcuse.

Gross explica que la herida primal (Janov, 2010) se da en la infancia. En la sociedad en la que él vivía, igual que ahora "el niño experimenta que su naturaleza y su voluntad innatas de amarse a sí mismo no son comprendidas ni queridas por nadie, y que no obtiene respuesta de su necesidad de mantener su propia personalidad y poder amar conforme a sus propias leyes innatas (...) Nadie puede renunciar al amor siendo todavía niño". Es increíble que un chantaje emocional de esta magnitud no sea reconocido a nivel social. Que los padres actúen así inconscientemente sólo se explica por un cierto alejamiento de la vida y de su propia infancia; y por la tradición judeocristiana, de "la pena y la culpa", que nos impide vivir las cosas propiamente, y que en última instancia acaba produciendo una alienación que nos acompaña toda

---

y Vera Schmidt en su libro Psicoanálisis y educación. Vol 1 y 2 (1973) y en la correspondencia de Reich con Neill.

la vida. Viene además reforzado por la violencia simbólica (Bourdieu) en forma de relación social donde el "dominador" ejerce un tipo de violencia indirecta, y no físicamente directa, en contra de los "dominados", los cuales no evidencian y/o no son conscientes de dichas prácticas, ya que asumen como propia la lógica dominante.

Además, este trato hacia el niño a menudo supone que pierda la confianza en los demás (y en sí mismo) e incluso se insensibilice en cierto grado, perdiendo intensidad en su capacidad de amar (aunque por supuesto pueda recuperarla) y sintiendo las relaciones sociales como algo falso, hasta el punto que se acaba por dar por falsa la realidad, por rebajar la intensidad de la propia vida[51], lo que lleva a conformarse con una forma de vida y de relacionarse con los demás muy rebajada y falsificada, al pensar que "la vida es así", lo que a su vez lleva a la insatisfacción o a actuar como policía de sí mismo, ante la inconformidad latente contra la sociedad. Lleva al individualismo, al nihilismo o al narcisismo (acaso una defensa contra el vacío). Esta insensibilización que mencionábamos, la vemos especialmente en niños, que además de lo dicho, han sufrido carencias materiales o en aquellos que han pasado por catástrofes o guerras, han quedado huérfanos, etc. El interés del poder en esto es claro, ya que no sólo coarta a futuros miembros de la sociedad, que

---

51 La antipsiquiatría ha relatado este fenómeno, véase por ejemplo a David Cooper. La muerte de la familia. Barcelona, Planeta–Agostini, 1994.

serán dependientes e incluso miedosos, sino que traza la línea divisoria que tan útil le será, para delimitar lo aceptable y el tipo de ciudadano normal en “democracia”. Incluso el Estado aparecerá como protector y garante de derechos en comparación con la vida que hayan podido llevar estas personas (como también aparenta la sociedad de mercado con sus promesas). Por supuesto, los medios de comunicación nos sugerirán de manera disimulada, convincente y atractiva, cómo sentir y cómo amar para suplir esa forma de amor propio y para que asimilemos las indicaciones del exterior como si fueran pulsiones propias, de la forma menos conflictiva posible. Dice Gross que la mayoría de las personas se componen de voluntades ajenas asimiladas.

Algo realmente positivo que tenemos como personas es que podemos influenciarnos los unos a los otros, de tal manera que una generación influye a la siguiente. Esta ha sido una de las premisas de la educación libre, hacer por ejemplo que los miembros de una sociedad consideren intolerable la injusticia porque desde que eran niños han visto a adultos reaccionar ante ella. Mediante esta práctica asientan su forma de ser. O también pueden aprender a amar a su país, si es que se puede amar a una abstracción territorial. Por supuesto también es posible que una generación influya a otra para mal, con aspectos muy negativos, dejándoles una determinada forma de ver el mundo, y de actuar, una moral concreta, hasta un sentido común determinado. Esto está ocurriendo continuamente en una y otra dirección. Cuando

una organización social concreta se impone, reproduce las ideas, concepciones, etc. que le son útiles en las siguientes generaciones, valiéndose del sistema educativo, los medios de comunicación, las leyes etc. (¿o se impone haciendo precisamente esto?).

En una sociedad de masas no consciente, donde los medios están en manos de una élite, pueden configurar el sentir de mucha gente y sentarse a ver cómo se reproduce éste. Siendo además la autoridad, algo con peso por sí mismo (en las sociedades educadas para percibirlo así), cuando el grupo dominante ha conseguido la hegemonía para constituirse por arte de magia en autoridad, pueden usar esta para imponer ideas, creencias y criterios. Así podemos ver como se extiende lo peor de la humanidad, igual que puede ocurrir lo contrario: un puñado de buenas ideas, acompañas de unas prácticas, pedagogía y voluntad, personas con ciertos principios, etc. pueden impulsar otra forma de ver las cosas. Esto funciona siempre que las ideas en cuestión estén sometidas a crítica y a los cambios necesarios y siempre que funcione de manera horizontal. Esta forma de proceder sirve para articular movimientos y movilizar a personas que permanecían inactivas, entretenidas, u ocupadas en cosas menores y que de repente creen posible un cambio. Todo movimiento social funciona así.

En la infancia, en ese camino que es el crecimiento, cuando el niño aún está entendiendo y “midiendo” el mundo, y a menudo no diferencia lo natural de lo social, percibe el

sentido común establecido por su sociedad. De este periodo, depende la resistencia de la persona, así como que se deje vencer (quizás por percibir este proceso entre lo ajeno y lo propio como una batalla imposible de ganar, que por eso mismo parece que vaya a durar toda la vida) o por el contrario, que consiga salir adelante. Esto no depende solo de una resistencia o una forma de ser innata en los individuos, y no solo de una sociedad que podríamos resumir a grandes rasgos como la occidental o globalizada. Ni siquiera, sólo de los factores económicos, sino también de un montón de aspectos particulares de la vida personal del sujeto. Y es que ciertamente, muchos niños abandonan, aunque esta es una lucha que se da a menudo en el inconsciente (o sólo parcialmente de forma consciente) por que han asimilado que todo el mundo, incluso la propia naturaleza humana, es como su familia o su entorno cercano (tal vez utilitarista, hipócrita, hostil), cuando quizás sólo lo sean gran parte de personas más cercanas, pero que constituyen el núcleo más influyente.

La escuela además tiende a funcionar de manera injusta con los niños, y no hay que olvidar que los niños perciben la escuela como representativa del mundo social. Finalmente, aunque la sociedad puede no resultar así, esa forma de comportarse socialmente ya les habrá marcado. Aunque luego se encuentren en una sociedad que les permite ciertas libertades, tras haberles configurado sus deseos, formado un criterio y unas ideas a su medida, enseñado a no actuar,

a no participar... Ninguno consentiríamos que se trate a un adulto como se trata a menudo a los niños en la escuela. A esto hay que sumarle el efecto televisión y las redes, que potencia ciertas formas de ser y ciertos valores como universales, incluso cuando hace refritos de la propia cultura, a la que muestra acorde a sus intereses (manipulación cultural). Pero depende de esto que las personas avancen hacia el tipo revolucionario o hacia el conservador.

No deja de ser insultante que una sociedad que aboga por lo individual y por el “constrúyete a ti mismo” ahogue al individuo cuando es más frágil (en su infancia) y a los más frágiles en general (ya sea por causas económicas, raciales, sexuales, etc.). Ésta siempre ha sido una de las trampas del liberalismo. Y es que como decíamos antes, esta sociedad no busca realmente la libertad colectiva (eso resulta evidente) pero tampoco la individual, pues para tener la segunda es imprescindible la primera. Al fin y al cabo, nacemos y formamos parte de una comunidad, y ésta nos condiciona para bien o para mal. La libertad no es algo que se pueda dividir para darle a cada uno un trozo, porque entonces se rompe, tampoco algo que se pueda etiquetar, “libertad para esto” o “libertad para lo otro”. Es también, por cierto, el mundo empresarial (y las instituciones dado el contexto neoliberal) lanza hipócritamente el mensaje contrario: “hay igualdad de oportunidades” o su variante “hay que trabajar por la igualdad (dentro del sistema en sí)”.

La educación debería potenciar a cada individuo y a la

juventud como grupo, para conseguir un redescubrimiento de lo que puede ser la humanidad en cada generación como apunta Gross, haciendo retroceder al menos en una generación la alienación a nivel social. Las premisas del psicoanálisis son clave en la educación para ayudar a los niños a que se conozcan a sí mismos y busquen la causa real de sus problemas, para que no proyecten en otros (dando lugar al acoso escolar), o en partes reprimidas de sí mismos, cuestiones familiares o sociales, y para que resuelvan las que provienen de ellos mismos. Esto se conoce como autorregulación, una idea de Wilhelm Reich que adoptó el pedagogo anarquista Alexander Neill. No hablamos aquí de la (tan de moda) educación emocional, que a menudo rehúye los auténticos problemas (problemas sociales, o del sujeto en el sentido profundo), buscando sólo la gestión de las emociones y no el qué las causó a nivel estructural, como quien trata sólo los síntomas de la enfermedad y no sus causas. Dicho enfoque psicologicista ahonda en la idea de resolver problemas colectivos a nivel individual, algo que por otra parte se está configurando como paradigma de la psicología actual[52].

La educación debería combinar el aprendizaje de la técnica y el cultivo de ese mundo interior (lo intelectual, la creatividad, las humanidades, las filosofías, etc.) para evitar alienación de un tipo u otro, así como la división en clases

---

52 Este paradigma es uno de los temas centrales de la antología Contrapsicologia. De las luchas antipsiquiátricas a la psicologización de la cultura (2016).

sociales, como ya apuntaba la pedagogía libertaria en nuestro país hace más de 100 años. Se trataría de potenciar el descubrimiento de la realidad y de la personalidad en diferentes ámbitos[53].

5. Antipatriarcado y comunismo matriarcal

Pero lo cierto es que Freud y Nietzsche no bastan. Las trayectorias teóricas de estos dos maestros de la sospecha se entrecruzan de hecho en la vida de Gross con las de Kropotkin y los pensadores anarquistas, pero también con las del "antropólogo" Johann Jakob Bachofen, en una síntesis de elementos aparentemente contradictorios a la que sería difícil asignarle una etiqueta de clasificación académica. La obra de Bachofen en general y en particular Das Mutterrecht [El derecho matriarcal, 1861] va a ocupar un lugar central y a desempeñar la función de un pivote organizador de esa ecléctica amalgama por cuanto provee a Gross de una suerte de marco explicativo global y de un soporte histórico–etnológico para su proyecto de emancipación erótico–política. Por resumirlo mucho, lo que Bachofen ofrecía en su libro de comienzos de los sesenta era

---

53 Se puede consultar por ejemplo VVAA (1986), VVAA (2011) y VVAA (2018).

un “modelo por etapas” de la evolución cultural del homo sapiens sapiens que permitía reducir el “ruido y la furia” de la historia de la especie a unos cuantos elementos de comprensión racional. Según parece, la obra de Bachofen había llegado hasta los medios de la bohemia muniquesa a través de Ludwig Klages, que la había dado a conocer a sus camaradas del Círculo Cósmico de Stefan George ya a comienzos de siglo. Es más que probable que a Gross se le despertase el interés por las tesis del antropólogo suizo gracias a que mantenía contacto cotidiano con varios miembros del grupo. Dicho sea en un aparte, *Das Mutterrecht* será también un recurso bibliográfico de primer orden para el Engels (2017) de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Pero esta es otra historia.

En una obra posterior que en gran medida compila su pensamiento al respecto, *El matriarcado*, Bachofen (1992) defendía que la humanidad había pasado al menos por tres estadios de evolución cultural. En el origen se encontraba lo que el autor llamaba “hetairismo” o periodo “telúrico”; una etapa que, en su opinión, estaba marcada por el simbolismo de la tierra y en la que no existían ni la agricultura, ni el matrimonio ni otras instituciones sociales que ahora tenemos por naturales. Los seres humanos se organizaban entonces en pequeñas agrupaciones nómadas en las que dominaba un comunismo tanto económico como libidinal. A esta le seguiría la etapa del matriarcado propiamente dicho (Mutterrecht). En este momento comienza la agricultura y la

domesticación de los animales y, aunque aparecen las primeras instituciones sociales en su forma más rudimentaria, siguen primando los valores igualitarios. Según Bachofen, en este segundo período domina el culto a la Madre Tierra y se glorifica el cuerpo humano. El tercer y último estadio corresponde al patriarcado, caracterizado por el culto al sol, por la exaltación del intelecto y por el control de la sociedad mediante leyes. La originalidad de Otto Gross a la que hacía alusión Freud en la carta citada destella aquí con intensidad, porque lo que Gross va a hacer básicamente es corregir y completar las teorías de la evolución ontogenética de la psique provistas por el psicoanálisis con las tesis de Bachofen sobre el desarrollo filogenético de la especie humana con vistas a desarrollar un método eficaz de terapia no individual, sino social y revolucionaria. Si es cierto –pensaba Gross– que los seres humanos han vivido en pequeñas comunidades nómadas y polígamas durante decenas de miles de años, entonces es harto probable que sus descendientes no hayan sido capaces de desarrollar todas las adaptaciones que resultarían funcionales a un régimen sometido al imperio del Nombre del Padre. El origen de las enfermedades mentales, del malestar en la civilización, se halla justamente aquí, y por eso es necesario acabar con el patriarcado –y su última figura, la sociedad burguesa– y restaurar la poligamia, la igualdad social y el predominio de la simbología femenina.

El fin de la revolución sería la abolición de todos los efectos

de la evolución desde su abandono de la sociedad matriarcal comunista de los orígenes y desde la constitución de la familia y la sociedad en base a la autoridad y la jerarquía. Una revolución que inicie la transformación desde el interior y que vuelva a encargar el entramado económico de la sociedad con el cuidado de madre y niño. Se trata de liberar en cada uno el principio interiorizado de autoridad, de la liberación de toda adaptación del espíritu a las instituciones autoritarias que fue inculcado en el transcurso de una infancia en el seno de una familia autoritaria. La liberación del mismo pecado original: la voluntad de poder. Desde esta concepción socio–histórico–económica (que no innata), Gross deduce que la sexualidad perversa polimorfa de Freud no es tal, como hecho natural, sino la consecuencia de la acción nociva externa del entorno familiar y social.

La ausencia de límites que Gross atribuye al matriarcado significa exactamente eso, “sin límites”. Siguiendo a Gross, el pecado original habría sido entonces el de la expulsión radical de las divinidades femeninas, del culto de Astarté por ejemplo, y su sustitución por un “monoteísmo teocrático y autoritario”. Reconocemos ahí la operación de la metáfora paterna, solamente que Gross la valora de un modo harto diferente. Esta posición estaba muy difundida en el pensamiento anarquista, y por eso Carl Schmitt decía a principios del siglo XX “...los anarquistas actuales miran la familia monógama y asentada sobre la autoridad paterna como verdadero estado de pecado y preconizan la vuelta al

matriarcado...” (Schmitt, 2009 p. 57). Gross se cuenta así como el primero dentro del movimiento psicoanalítico en pensar que el pecado original reside en la exaltación del padre, en la promoción del monoteísmo y en el rechazo de lo femenino. Si bien Gross nunca dejó de considerarse un discípulo de Freud, sabemos por elaboraciones posteriores que ese pecado original pone sobre la mesa el protagonismo del régimen edípico y sobre todo la primacía de la perspectiva del deseo sobre la del goce (Véase Grupo Appeler, s/f). La enseñanza de Gross postula el imperativo de prescindir del padre de un modo radical, pero el punto álgido que toca es la cuestión de la pluralización de los nombres del padre.

6. Otros usos del psicoanálisis

Pareciera que el psicoanálisis tiene que ver casi siempre con lo negativo, con descubrir aspectos oscuros de nuestro ser o de lo humano, y que la cultura es algo así como lo opuesto, lo que nos salva. Gross nos muestra que el psicoanálisis también sirve para lo contrario. En nuestra psique tenemos muchas claves para solucionar problemas personales y sociales y para entender lo que falla en lo estructural. No se trataría de reprimir las pulsiones innatas, que supuestamente desestabilizan la sociedad, como decía

Freud (en realidad desestabilizarían el control sobre nosotros) sino de hacerlas conscientes para que no nos atormenten ni sirvan a otros para la dominación. La represión sólo alarga y agranda el problema, que se acaba presentando en muchas ocasiones como social o político, o acaba desembocando en algo de gran magnitud.

Gross afirma que también hemos reprimido los valores que se relacionan con las predisposiciones innatas y que pueden referirse a la cooperación, la justicia o la valentía. Y alude a Kropotkin (2017) y a *El apoyo mutuo*, otra obra y otro autor relegados al olvido, ya que, a diferencia de este, la teoría de Darwin resultaba útil para construir la idea de "todos contra todos" en la que se asienta el liberalismo[54], perfilada ahora como neodarwinismo o darwinismo social (aunque el propio Darwin negaba que su teoría pudiera aplicarse a las sociedades humanas contemporáneas)[55]. La represión que sobre las personas se aplica genera personalidades sumisas, introvertidas o autoritarias, ya que desde pequeños estas tres modalidades son las únicas vías ante la negación o prohibición de algo deseado, pero estas modalidades no son en ningún caso parte de la forma de ser o el carácter "natural" de una persona.

---

54 Un reciente libro de Alfredo Olmeda aborda este tema: Del apoyo mutuo a la solidaridad neoliberal (2017).

55 Se puede consultar, por ejemplo: Abdalla Mauricio (2010). La crisis latente del darwinismo. Cauac.

Al enfrentarse, mediante el psicoanálisis, con el conflicto que subyacía a sus problemas, el sujeto puede deshacer el nudo original acabando, por ejemplo, con el masoquismo o el sadismo que tenía su causa en un primer conflicto localizable. El imaginario creado por la cultura hegemónica, no obstante, suele mostrar esto en el imaginario de una forma mucho más complicada y perturbadora de lo que luego es (mediante películas, etc.).

Gross también aborda el tema de la democracia representativa, dando cuenta de que hasta que no se superen nociones que tenemos muy interiorizadas como la de autoridad o representatividad (incluso después de un éxito revolucionario), volveremos a caer en las mismas dinámicas, en busca de un nuevo líder o grupo. Reich también se refería a esto, aludiendo al sentimiento de culpa heredado que se activa cuando se ha ido más allá de lo permitido, una culpabilidad que tiene su origen en la educación judeocristiana que aún reciben los niños.

El pecado original es lo que pone en marcha la moral judeocristiana. Uno de sus efectos más importantes es quizás ese mecanismo de pena y culpa que funciona como perpetuador de una moral que no toma partido por la vida ni contra las injusticias, aunque su discurso a veces haga ver que sí. Habla de compasión y piedad más que de justicia, y de resignación como virtud. Hoy estamos más bien en una indiferencia que desvincula razón y emoción. Bajo esta premisa, ser sujeto consciente de la propia vida y responsable

de ella es algo que crea inquietudes y dudas. Esta culpa se refería sobre todo a la propia sexualidad, presentada como una culpa natural de la que no podemos desasirnos. Una culpa con base en la pena, en una manipulación del afecto o del amor. Esta es una moral que además nos exime de la verdadera ética o de un compromiso social, de poner en tela de juicio lo que nos rodea y a nosotros mismos (lo que viene como anillo al dedo al *status quo*). Reich dice en *Psicología de masas del fascismo* (W. Reich. Psicología de masas del fascismo. Irrecuperables) que "la teoría freudiana se acerca más a la verdad cuando explica que el sentimiento de culpabilidad se adquiere durante la infancia, frente a todas las personas que representa el padre" y que esto explicaría el comportamiento irracional de las masas que dudan y se echan para atrás tras haber dado comienzo a una posible revolución. "Sólo que Freud no nos dice nada sobre el origen y la función sociológica de un comportamiento como este y no propone por tanto solución práctica alguna. Tampoco comprende las relaciones de esto con la represión y la deformación de la vida sexual" afirma Reich.

El eterno debate entre qué viene antes, la revolución social o la revolución interior (entendiendo ésta como una reflexión sobre los valores o principios personales, etc. y cómo la toma de posición respecto al mundo, y no sólo como algo espiritual), este debate, decimos, es falaz, pues sin la revolución interior, no está completa la social y no puede darse una si no se empieza a dar también la otra (al fin y al

cabo, la sociedad son los propios individuos). Precisamente porque lo personal influye en lo social y viceversa, es imposible resolver un aspecto separándolo del otro. Pero que quede claro: Gross carga sin miramientos contra los reformismos. Pues partir del reformismo es tratar de unir intereses contrarios, lo que se encuentra en el principio de la neurosis. Igualmente, el reformismo lleva a dejar de plantearse de forma radical (sin cortapisas al pensamiento) las cosas que vayan ocurriendo. Además de que, con el reformismo, le damos las pistas al enemigo para reajustar (acorde a sus intereses) aquello que falla en el sistema, impidiendo cambios reales. Esto llega a su máximo absurdo hoy, cuando la política queda reducida a pactos que despolitizan los conflictos o a escenificaciones preparadas en el parlamento y desligadas de su verdadero objetivo. A menudo se da un debate dicotómico, no bien planteado, acerca de que es lo prioritario, lo más importante: si tomar el poder (como si tomar el gobierno fuera tomar el poder) o formar a las nuevas generaciones de forma no autoritaria, no servil, con conciencia de clase y con autonomía.

El auto sabotaje que se realizan algunas personas, y al que se refiere Gross, como es el masoquismo o las trampas que nos impiden nuestro desarrollo o actuar conforme a nuestros deseos y pensamientos (acaso nuestra voluntad), son consecuencia de algo externo, no tanto de un trauma, sino de la educación y la cultura que nos van quitando día a día, sobre todo cuando somos pequeños, algo que Reich

definía como “coraza emocional” (2010) y que inicialmente sirve como protección del yo pero finalmente genera la neurosis y protege a esta.

Al referirse Gross a la necesidad de boicotear la familia, en especial la familia obrera, pues es la que debe emanciparse con mayor urgencia, no se refiere a acabar con ella sino a debilitar los valores que la sostienen en cuanto que familia perfilada según los intereses burgueses. Las familias actualmente están constituidas sobre la base de preceptos que no son suyos sino impuestos –intereses creados– y por tanto, es presa de una alienación grupal que además afecta a sus miembros de forma particular (Laing).

Así que la crítica a la familia que realiza Gross nada tiene que ver con la desintegración de la familia de la que avisa, histérica, la derecha más rancia. Y tampoco tiene nada que ver con la desintegración de la familia que busca el neoliberalismo, que mientras nos muestra familias felices en la publicidad, socaba con esa misma publicidad, mediante valores individualistas, a la comunidad y a la familia. Aquí se habla de evitar una familia que reproduce en los hijos el modelo de ciudadano–consumidor–trabajador que demanda el sistema, una familia que introyecta en los niños la insatisfacción, la sumisión alegre, la pena y la culpa en su versión light, mediante la amenaza no explícita, pero siempre presente de forma sutil, de la retirada de afecto. Esto ocurre en familias de derechas y de izquierdas. Esto no es determinante, se puede revertir mediante la introspección

(profundizar en el yo contra lo ajeno) y mediante relaciones sociales sanas (aunque a edades tempranas no siempre está en las manos de uno), evitando caer en la autocompasión o vivir en el pasado, y haciéndose dueño del presente, recuperando la voluntad de poder en el sentido que le da Gross. La familia puede servir para asentar la libertad y autonomía de las personas, así como su relación comunitaria con los demás, o para todo lo contrario.

Los niños son de por sí un grupo marginado a nivel social, no cuentan en el plano real con derechos más allá del papel (no sólo en el tercer mundo, tampoco aquí), ni de bienes materiales, estos los administran sus padres, con lo que a veces generan una dependencia como la de la mujer hacia su marido. Los niños están en gran medida a la suerte de su familia, del Estado o de las empresas, en un contexto cada vez mayor de desarraigo y desestructuración de lo comunitario. Esto es extensible a los adolescentes. No tienen acceso a los medios para expresarse a nivel social y a su vez, son influenciados mediante el monopolio de los medios de comunicación.

La pulsión de muerte no es algo intrínseco al ser humano, como se empeñaba en establecer Freud, sino algo que se introyecta a cada sujeto en su infancia y que como consecuencia se vive en la cultura. Una generación que rechace la autoridad, y que vaya reproduciendo para la siguiente generación unos valores completamente diferentes, asegura que estos se expandan y se mejoren.

La manipulación y valores e ideas impuestos se asientan sobre la fragmentación de la conciencia. Uno de los aportes más reveladores que hace Gross es que aquello que genera la perversión sexual es algo ajeno a la propia sexualidad, como evidencia el hecho de que la predisposición social en los sujetos les induce a todo lo contrario, “no puede haber dos pulsiones o instintos cuya predisposición natural sea enzarzarse” decía Alfred Adler (2014). Esta idea nos acerca a soluciones mucho más fáciles, pues no habría que arreglar una multitud de casos concretos habidos y por haber, sino que habría que actuar sobre nuestra cultura. Esto ya es un problema político o al menos social, algo que los seguidores de Freud evitaban decir. No obstante, el aporte del psicoanálisis aquí es de gran ayuda.

El dolor humano tiene su origen en la sociedad y esto es algo que los especialistas del psicoanálisis no reconocieron por las consecuencias que implicaba. La escuela psicoanalítica quedó, poco después de empezar su andadura, bajo la orden de miembros de la clase burguesa. Aunque en un primer momento fueron personas de todo tipo las que se vieron llamadas al psicoanálisis por sus propias inquietudes y aportaron grandes ideas y teorías, como Georges Groddeck (el auténtico creador del concepto de ello, otro revolucionario, que dejó varios libros que merece la pena conocer). Queda patente, como el poder constituido se hace con el nuevo conocimiento que surge y lo pone a su disposición, perfilándolo de una manera

concreta, fijando que lenguaje y conceptos son válidos y cuales ya no. Por ejemplo, el concepto de "alma" que antes se utilizaba en psicología como hace Gross, ha quedado fuera, así como tantos otros que hacían referencia a aspectos de la naturaleza y de otras ramas de conocimiento; ahondando así en la diferenciación y separación entre conocimientos en compartimentos estanco. También dejan fuera todo lo que no les es útil o les puede ser perjudicial. Configuran el conocimiento como una "ciencia" sobre la que tienen competencia principalmente ellos y la colocan bajo la orden de las instituciones (ahora quizás más bajo las empresas). Y dictan quienes tienen potestad para ejercer, investigar o enseñar y quiénes no. Esto se puede aplicar a cualquier rama de conocimiento: biología, medicina, sociología, psicología... hasta al arte.

La psicología se puede usar para fines liberadores o para fines de control social, como hizo esa burguesía que se apropió de la escuela psicoanalítica y marcó la corriente hegemónica de masas, desde la que se llevaron a cabo proyectos de ingeniería social, como los que trabajaron para introducir el individualismo como práctica e ideología en los años 70 en EE. UU., frente a los movimientos ciudadanos masivos de oposición, como se puede ver en el documental El siglo del yo [56] . Como colofón, a menudo acaban

---

56 Como puede verse en el documental El siglo del yo o The Century of the Self. Se trata de una realizada por Adam Curtís para la BBC que analiza el ascenso del "Yo Todopoderoso" y consumista en el siglo xx. El Yo actual

desvirtuando el sentido original del conocimiento. Con cada nuevo descubrimiento (como fue el del subconsciente) se abre una nueva ventana, pero suele cerrarse bastante rápido ya que se dan prisa en configurarlo o apropiárselo y si no aprovechamos la oportunidad, acaba beneficiando sólo a quienes detentan el poder.

La psiquiatría actual actúa sobre el individuo de un modo biologicista (y a menudo lo hace contra él). No trata al

---

es la máxima expresión de la "democracia", un ser supuestamente "libre" que sin embargo a escala de masas es totalmente controlable. ¿Pero cómo hizo el sistema para mantenernos supuestamente libres y controlados a la vez? Para ello Adam Curtís repasa el trabajo e influencia de Edward Bernays, el sobrino de Freud que inventó el trabajo de Relaciones Públicas (antes llamado Propaganda) y que utilizó los conocimientos psicoanalíticos de su tío sobre el inconsciente para crear para las corporaciones y la CIA métodos de control y dominio sobre las masas. Bernays le enseñó al sistema que ligando los productos industriales a los deseos inconscientes de los individuos, se podía lograr que estos hicieran cosas que inicialmente no querían o no necesitaban. El documental explica cómo en unos pocos años, se consiguió volver individualista a la sociedad, cambiando la forma en cómo se percibían a sí mismas las personas. Consiguieron convertir a los sujetos con gran individualidad y consciencia en consumidores, mediante el experimento de la creación de los "estilos de vida", que servían para canalizar sus pulsiones y modificar sus valores (que hasta ese momento los llevaban a tomar partido por la sociedad). Se muestra así la función política del consumo, más importante quizás que la económica y mucho menos conocida. Da cuenta de cómo una sociedad crítica como la de 1960 y 1970 en EE. UU. (con el movimiento hippie, el comunismo, los black panthers, el feminismo, el ecologismo radical, etc.), pasó a convertirse en los EE. UU. de hoy. La tercera parte del documental aborda la figura de Wilhelm Reich. En ella participa su hija, Lore Reich, para hablar de su padre, de Freud y de Anna Freud. El documental puede verse completo en youtube.

paciente en cuanto a persona. Actúa contra el efecto y no contra la causa. Al desvincular la enfermedad de su causa social, desvincula a la persona de la sociedad y establece que el problema está exclusivamente en ella: le convierte en enfermo. “Un instinto que esté sometido a la represión sólo puede manifestarse simbólicamente desde el inconsciente, es decir, creando síntomas patológicos”. De ahí la necesidad de hacerlos conscientes, por ejemplo, mediante la conversación para acabar con la “enfermedad”.

El conflicto entre lo propio y la sexualidad, dice Gross, es por tanto el conflicto entre lo propio y una sexualidad modificada, no la que le es propia a la persona, sino una que este ha tenido que ir coartando para adecuar sus impulsos a lo social, en vez de integrar éstos de forma positiva. ¿Por qué aún hoy se considera tabú la sexualidad si sabemos que somos seres sexuados desde que nacemos? ¿No sabemos diferenciar entre los peligros que pudiera conllevar la sexualidad; y la sexualidad propiamente? ¿O es que nos pesan demasiado las nociones aprendidas, especialmente de pequeños, antes de que pudiéramos razonar sobre ellas? Hemos pasado de la prohibición del sexo a su comercialización, por el camino hemos perdido el sexo libre.

Negar a los niños el hablar sobre su cuerpo es negar una realidad y por tanto cerrar un poco su conciencia sobre sí mismos y sobre lo de fuera. Reprimir la sexualidad es útil para negar o reprimir cualquier aspecto de la persona de forma efectiva –como sucede con los tabús sociales– y es

clave para limitar al individuo y crear el sentimiento de culpa (el pecado original en la interpretación judeocristiana del génesis, el sexo, lo que somos, etc.). Para ello se les impone a los niños un rol que ocupa el lugar de su personalidad y sobre el que deben desarrollar esta. La sociedad niega la sexualidad de los niños. Sexualidad que no debe entenderse como maduración o capacidad para mantener relaciones sexuales, sino como una parte que les es propia y que se está constituyendo, al igual que la emocional o la intelectual, a menudo también ignoradas. Aunque hoy encontramos más bien un condicionamiento que una represión clásica.

Menciona Gross que incluso la comprensión profunda (emocional e intelectual) de los niños por parte del adulto se reduce al mínimo y en muchos casos se da sólo como sucedáneo, como si los padres no tuvieran a sus hijos por personas conscientes y actuaran con ellos sólo como la sociedad espera, algo que a menudo también se ha hecho con las mujeres. A menudo no se trata al niño ni siquiera como una persona en potencia, sino que se actúa (y esa es la palabra) con ellos utilizando un conjunto de lugares comunes que pensamos que les son propios y a menudo sólo son propios del imaginario que la cultura ha creado para ellos, de unos referentes que no han decidido y ante los cuales no pueden oponer unos propios. Sólo cuando se ha cumplido la mayoría de edad, o se tiene trabajo etc. se considera a uno, de golpe, un ciudadano y de paso una persona (siempre que actúe acorde al sentido común

impuesto). La mayoría asume esta visión reducida al no tener otra y sobre todo, lo hace por pensar que es la que les corresponde, y se ven obligados a meter en ella sus ideas o sentimientos, quedando fuera todo lo que no encaje. El imaginario de los niños está creado en gran medida por los medios de masas en su versión infantil (dibujos animados, personajes y productos comerciales). Y la relación entre los niños y nosotros está a menudo mediada por éstos. En esas circunstancias, crecen las personas que esperamos que se conviertan en jóvenes o adultos, conscientes, reflexivos, responsables o inteligentes, por arte de magia al cumplir los 14 o los 18 años, como si el resultado pudiera ser diferente del proceso.

Por suerte, las capacidades humanas intrínsecas siguen siendo las mismas, pero el mundo mediático–cultural va en la dirección opuesta al desarrollo de éstas, hacia una in–fantilización de la sociedad[57]. Además, la energía sexual se va desplazando de la afectividad a elementos, personajes,

---

57 Véase por ejemplo lo indicado por Marcel Danesi, profesor de antropología y autor del libro Forever Young (2003), al describir este síndrome colectivo: la adolescencia se extiende hoy hasta edades muy avanzadas, generando una sociedad inmadura, unos sujetos que exigen cada vez más de la vida, pero entienden cada vez menos el mundo que los rodea. La opinión pública tiende a considerar la inmadurez deseable, incluso normal para un adulto. Como resultado, cunde una sensación de inutilidad, de profunda distorsión: se adoptan las decisiones cruciales siguiendo valores adolescentes. Va desapareciendo la cultura del pensamiento, de la reflexión, del entendimiento y es sustituida por el impulso, la búsqueda de la satisfacción instantánea.

ideas, creencias etc., de la cultura de masas, a la que vamos cogiendo confianza y simpatía, por lo que si no la abandonamos seremos cada vez más dependiente de esta. Probablemente si esta influencia no nos llegara siendo tan pequeños, nos resultaría (más) absurda después. Dice Reich que la persona es introducida en el patrón de conformidad entre los 3 y los 6 años.

Gross afirma que hay que "desvelar a la juventud los elementos del alma humana para potenciar en cada individuo la nueva generación a partir de una fuerza revolucionaria en su propio interior". Sin embargo, el sistema tiene establecidos una serie de sucedáneos (que se presentan en su forma comercial, pero cuya función es principalmente desviarles de los aspectos más auténticos de la vida). Éstos tienen por objetivo captar las inquietudes de los jóvenes y re–dirigirlas hacia un tipo de predisposición, actividad mental, formación de personalidad, ideas y valores bien diferentes a los que originaron esas inquietudes. Se presentan de forma mucho más atractivas y menos costosas. Además, están ampliamente extendidos entre la juventud. Estos sucedáneos van desde los videojuegos, a los videoclips[58] de la industria musical, la música comercial, el porno (quizás el sustitutivo más evidente), etc. que suponen una manipulación de sus intereses y valores. Por lo general estos sucedáneos están

58 La idea de los videoclips como sucedáneo y como forma de manipulación dirigida a los jóvenes se explica con gran detalle en el reciente libro de Jon Illescas (2016).

dirigidos al consumo individual (como forma de manipular la conducta y el ser) y son ampliamente despolitizadores, pero además despersonalizadores, pues les alejan de sí mismos, de esa construcción del yo ("lo propio" en Gross) y de la reflexión. En última instancia dichos sucedáneos impiden la creación de una cultura juvenil verdadera, que puedan sentir como propia, que puedan modificar, que les sirva para consecuciones superiores y que puedan transmitir a los siguientes que vengan, manteniendo así ésta su carácter abierto y su potencial revolucionario.

Si antes la escuela intentaba crear lo homogéneo, ante lo que los jóvenes se rebelaban, ahora esa función la lleva a cabo la cultura juvenil (que de juvenil sólo tiene aquellos a los que se dirige), creada principalmente desde la industria del entretenimiento, y con mucha mayor efectividad que las instituciones clásicas y casi sin crítica. Esta crea lo homogéneo a partir de una supuesta diversidad sólo aparente. Una cultura juvenil u obrera, pero con recursos, como la que supuso que en los 70 los jóvenes releyeran a Reich, podría hacer ahora cosas que en los 70 sólo se podían imaginar.

Con aceptar la desvalorización impuesta, empieza el masoquismo. Ya que el entorno del niño ignora la amplia dimensión de su yo y su subjetividad, el niño tiene que asumir esa misma posición, ignorar parte de sí en cuanto percibe que esto es lo habitual. Esto entronca con la dialéctica del esclavo.

En Psicología de masas del fascismo (2020) Reich afirmaba que:

> “La inhibición moral de la sexualidad natural del niño, cuya última etapa es la limitación característica de la sexualidad genital, hace del niño un ser angustiado, salvaje, sumiso, obediente amable y dócil en el sentido autoritario de la palabra; de este modo todo gesto vital y libre, está cargado de una fuerte dosis de angustia, que paraliza las fuerzas rebeldes en el hombre y deteriora su potencia intelectual y su sentido crítico, imponiendo la prohibición de pensar en las cosas sexuales. En una palabra, su fin es la creación del individuo adaptado al orden autoritario, que lo acepta a despecho de todas las miserias y humillaciones. El niño ha de plegarse al estado autoritario en miniatura que es la familia, cuyas estructuras ha de aceptar a fin de integrarse en el marco del orden social general.”

Gross también explica que detrás de una neurosis elemental hay una motivación personal intensa a la que el individuo no quiere o no puede renunciar. Sería tan sencillo como desligar ésta de las asociaciones producidas por las circunstancias concretas que se dieron en la vida del individuo, para que dichas motivaciones quedaran liberadas, devolviéndole al individuo una parte de sí mismo, resolviendo disonancias cognitivas y aportándole una gran libertad de acción y de pensamiento, que en realidad le pertenece. Siendo esto posible solución para el

masoquismo, el auto aislamiento o el auto sabotaje, e impidiendo ese anquilosamiento mencionado por Reich y que a nivel social resulta reaccionario y puede servir a tendencias conservadoras o fascistas. Resulta esclarecedor cómo así una persona puede “reordenarse” y enfocar su energía y su moral tanto hacia el instinto segado de conservación, como al instinto de ayuda mutua.

7. Conclusiones

Consideramos, pues, que es preciso contextualizar mejor la obra de Gross (así como el surgimiento del psicoanálisis) en vez de caer en anacronismos. Ubicar a Gross en su época implica comenzar por tener en cuenta el período previo que desembocará en la I y II Guerras Mundiales. Una época de parálisis de los movimientos revolucionarios masivos, al mismo tiempo que de gran efervescencia en pequeños círculos militantes de intelectuales en busca de nuevos horizontes. Flotaba en el aire la utopía de un mundo nuevo, quizá con más fuerza en tanto la socialdemocracia había perdido su fuerza. Era un mundo regido por una alianza entre la oligarquía industrial agraria, industrial, y financiera y un estamento militar que sostenía al Imperio. Las conclusiones que se extraen son claras: el patriarcado (al

cual Gross vincula el capitalismo) y la autoridad son devastadoras. La transformación radical de la sociedad es un imperativo innegable que no puede ser omitido.

En definitiva, Gross nos muestra la necesidad de una psicopatología de la civilización burguesa para tener presente el origen de eso que llaman “enfermedad mental” y recordar a cada instante que no es más que el producto del sufrimiento al que nos somete una sociedad autoritaria y patriarcal, recordar que no es un problema individual sino social. Además, esa psicopatología es esencial para la construcción de producciones teóricas en las que se conozca cada cual a sí mismo y para alcanzar mayor efectividad epistemológica, así como para cualquier ruptura con el orden existente es imperativo tener un análisis bien fundamentado de los prejuicios que suelen ser interiorizados al margen de lo consciente. Otto Gross en su obra abre la radical denuncia que vincula una sociedad patriarcal, capitalista y autoritaria con la destrucción de los individuos, algo que cada vez se puede pasar menos por alto ante un mundo tremendamente medicalizado y farmacologizado que busca soluciones culpabilizando al individuo y no hallando la auténtica raíz del problema: el orden existente.

8. Bibliografía citada

ABDALLA, M. (2010). La crisis latente del darwinismo. Editorial Cauac.

ADLER, A. (2014). Comprender la vida. Barcelona, Paidós.

BACHOFEN, J.J. (1992). El matriarcado: una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica. Madrid, Akal.

BRIEVA, M. (2017). Lagran aventura humana. Pasado, presente y futuro del mono desnudo. Barcelona, Reservoir Books.

CHAVES, N. (2009). La homosexualidad imaginada. Vigencia y ocaso de un tabú. Madrid, Maia.

CLASTRES, P. (2010). La sociedad contra el Estado. Barcelona, Virus.

DANESI, M. (2003). Forever Young. Toronto, University of To– ronto

DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (1985). El Anti–Edipo, Capitalismo y esquizofrenia, Buenos Aires, Paidós.

DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (2006). Mil mesetas. Murcia, Pre–textos.

DUBOIS–CABALLERO (1975). Nuevas técnicas sexuales. Barcelona, ATE.

ENGELS, F. (2017). El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. Madrid, Akal.

ESQUIROL, J.M. (2015). La resistencia íntima. Madrid, Acantilado.

FREUD, S. y JONES, E. (2001). Sigmund Freud/Ernest Jones, Correspondencia completa 1908–1939, Madrid, Síntesis.

FREUD, S. y JUNG, C.G. (1978). Correspondencia. Madrid, Taurus.

FREUD, S. (1929) El malestar en la cultura. Obras completas. Tomo VIII. Madrid, Biblioteca Nueva.

GRAEBER, D. (2011). Fragmentos de antropología anarquista. Barcelona, La Llevir–Virus.

GRUPO APPELER (S/F). LOS orígenes Otto Gross: el discípulo incómodo de Freud. https://grupoappeler.wordpress.com/2016/02/26/otto–gross – el–discípulo–incomo– do–de–freud/

GUATTARI, F. (1972). "Máquina y estructura", Félix Guattari, Psicoanálisis y transversalidad. Buenos Aires, Siglo XXI.

HERNANDO, A. (2018). La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno. Madrid, Traficantes de sueños.

HEUER. G. (2001). "Jungs twin brother. Otto Gross and Carl Gustav Jung". Journal ofAnalytical Psychology, 46,655–688.

HEUER. G. (2012). "A most Dangerous –and revolutionary– method: Sabina Spielrein, Carl Gustav Jung, Sigmund Freud, Otto Gross, and the birth of intersubjectivity". Psy– chotherapy and Politics International, 10(3), 261–278.

HOLTERMAN, T. (2020). Pueblos sin Estado. Antropología y anarquismo. Madrid, La neurosis o a las barricadas.

HURWITZ, E. (1979): Otto Gross: Paradies–Sucher zwischen Freud und Jung. Leben und Werk. Zurich, Suhrkamp.

ILLESCAS, J. (2016). La dictadura del videoclip. Barcelona, El Viejo Topo.

ILLICH, I. (2012). La convivencialidad. Barcelona, Virus.

JANOV, A. (2010). El grito primal. Madrid, Edhasa.

Jones, E. (1990). Free Associations. New Brunswick–Londres, Transaction.

JUNG, C.G. (1999a). "Las relaciones entre el yo y lo inconsciente", en CG Jung, Obras completas de Carl Gustav Jung, Vol. 7. Madrid, Trotta

JUNG, C.G. (1999b). Recuerdos, sueños, pensamientos. Barcelona, Seix Barral.

KALASZ, C. (2004). "Los orígenes de la antipsiquiatría. Más allá del diván. Apuntes sobre la psicopatología de la civilización burguesa de Otto Gross", Revista de libros, 87.

KERNBERG, O. (2005). La teoría de las relaciones objétales y el psicoanálisis clínico, Barcelona, Paidós.

KROPOTKIN, P. (2018). El apoyo mutuo. Logroño, Pepitas de Calabaza.

LACAN, J. (1981). El seminario 1959–60, libro 7. La ética del psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós.

LACAN, J. (1986). Le Séminaire, livre VII: l'éthique de la psy–chanalyse. París, Éditions du Seuil..

LACAN, J. (1995). De los Nombres del Padre. Buenos Aires, Paidós.

LACAN, J. (2010). “La tercera”, en Intervenciones y textos 2. Buenos Aires, Editorial Manantial.

MÉNDEZ, M. (2015). “Otto Gross, sombra de Carl G. Jung”, Revista GPU n° 11; 3: 247–250.

MICHAELS, J. E. (1983). Anarchy and Eros. Otto Gross’ Impact on Germán Expressionist Writers: Leonard (sic) Frank, Franz Jung, Johannes R. Becher, Karl Otten, Curth Corrinth, Walter Hasenclever, Oskar Maria Graf; Franz Kafka, Franz Werfel, Max Brod, Raoul Hausmann and Berlín Dada. Nueva York, Peter Lang.

MILLER, J.–A. (2010). Extimidad. Buenos Aires, Paidós.

MORELLA, J.M. (2016). Como caminos en la niebla. Barcelona, Stella Maris.

MORRIS, W. (2014). Trabajo y comunismo. Madrid, Maia.

MORRIS, W. (2016). La era del sucedáneo y otros textos contra la civilización moderna. Logroño, Pepitas de calabaza.

MOUSSAIEFF, J. (1993). Juicio a la psicoterapia: la tiranía emocional y el mito de la sanación psicológica. Santiago, Cuatro Vientos.

MUMFORD, L. (2010). El mito de la máquina. Logroño, Pepitas de Calabaza.

OLMEDA, A. (2017). Del apoyo mutuo a la solidaridad neoliberal. Madrid, La neurosis o Las barricadas Editorial.

PÉREZ GAY, J.M. (2011). La profecía de la memoria. Ensayos alemanes. México, Editorial Cal y Arena.

REICH, W. (1995). Análisis del carácter. Barcelona, Paidós.

REICH, W. (2010). La función del orgasmo. Barcelona, Paidós.

REICH, W. (2015). Psicología de masas del fascismo. Bilbao, DDT Banaketak. [Hay una versión ampliada en Madrid, Enclave, 2020).

REICH, W. (2019). La revolución sexual y otros escritos [Incluye Materialismo dialéctico y psicoanálisis]. Irrecuperables.

REICH, W. (2020). Psicología de masas del fascismo [tercera edición ampliada]. Madrid, Enclave de libros.

REICH, W. y SCHMIDT, V. (1973). Psicoánalisis y educación. Vol 1 y 2. Barcelona, Anagrama.

SCHMITT, C. (2009). Teología Política, Madrid, Trotta.

STEIN, M. (2004). El mapa del alma según Jung. Barcelona, Luciérnaga.

TORRES, Jurjo (1991). El currículo oculto, Madrid, Ediciones Morata.

VON FRANZ, M.L. (1984). “El proceso de individuación”, en C.G. Jung, El hombre y sus símbolos. Barcelona, Caralt, 157–228.

VOWINCKEL, U. (2017). Contra la vida administrada. De Munich a Monte Veritá: arte, anarquía y contracultura en la Europa de principios del siglo xx. Sevilla, El paseo.

VVAA (1986). Escritos anarquistas sobre educación. Madrid, Zero–Zyx.

VVAA (2008). Anarquía y antropología. Relaciones e influencias mutuas entre la antropología social y el pensamiento libertario. Madrid, La Malatesta.

VVAA (2011). La (A) en la pizarra. Madrid, La Malatesta.

VV AA (2016). Contrapsicología. De las luchas antipsiquiátricas a la psicologización de la cultura. Madrid, Dado eds.

VVAA (2018). Educación sin propiedad. Con Escuela o sin escuela, nunca nos dejan hacer. Y el poder es su ley. Madrid, Volapuk.

VVAA (s/f). Raros. Otto Gross (1877–1920) (Amputaciones amputaciones.blogspot.com – Las Semejanzas Salvajes) extraído del blog lokuraproletaria.blogspot.com.

AGRADECIMIENTOS:

Esta edición se basa en la selección de textos realizada por Franz Jung con ocasión de la campaña de liberación de Otto Gross, así como en la selección realizada por Edition Nautilus para su libro *Von geschlechtlicher Not zur sozialen Katastrophe,* que fue traducido y prologado por Horst Rosenberger para la editorial Alikornio. Además, agradecemos a la Otto–Gross–Gesellchaft su colaboración en la presente obra, en la página web de esta asociación (www.ottogross.org) están todos los textos que se conservan del autor en el idioma original, así como abundante información de Otto Gross y sobre los simposios internacionales que se celebran anualmente en torno a la actualidad de su pensamiento. Asimismo mostramos nuestro agradecimiento al maquetador de las cubiertas y al diseñador de la portada, por su trabajo y su paciencia. Por último, hemos incluido dos cartas inéditas de Gross, a modo de cierre de sus escritos, por lo reveladoras que son y por el hecho de aportar otra forma de escritura, más personal. Se habían publicado en el libro de José María Pérez Gay, *La profecía de la memoria*. Ensayos alemanes

(México, Editorial Cal y Arena, 2011).